



PRIMER LIBRO DE LA SERIE
SUÑO AMERICANO

BRADLEY

EMMA
MADDEN

D.J.57

BRADLEY

Primer libro de la serie Sueño
Americano

EMMA MADDEN

Quarterback

Quarterback (QB) (mariscal de campo)

Es un anglicismo utilizado para una posición en el fútbol americano y en el fútbol canadiense.

Los quarterbacks son miembros del equipo ofensivo y se sitúan justo detrás del center, en el medio de la línea ofensiva. Son los líderes del equipo ofensivo, responsables de decidir la jugada a realizar. Inician prácticamente todas las jugadas recibiendo el balón del center mediante un *snap* (aunque a veces este puede ir dirigido hacia otro jugador). Una vez que el quarterback recibe el balón, puede correr con él, dejárselo en mano a otro jugador o intentar un pase.

—No sé nada de fútbol americano.

—Da igual, tú ve allí, pégate al resto de reporteros, asiste a la rueda de prensa y evita que alguien te plaque, punto. Tengo que irme.

—¿Qué alguien me plaque? ¿qué quiere decir con eso?

—Hay mucha gente la noche de la Súper Bowl, Martina, ... ¿te llamabas Martina, no?

—Sí, señor Harrison, Martina.

—Vale, Martina, solo quiero decir que no estorbes mucho. Ahora coge un avión y vete a Atlanta ya. ¡Vamos!

Martina Fernández agarró sus cosas y bajó corriendo a buscar un taxi, pensando en que no llevaba apenas dinero para hacer ese dispendio, pero prefirió no darle muchas vueltas al asunto y se subió al primer taxi que encontró viendo como desde la redacción le confirmaban con un mensaje de móvil su reserva de vuelo y de una noche de hotel en el Hilton Garden Inn de Atlanta.

Afortunadamente, allí las cosas funcionaban bien a nivel de intendencia y habían resuelto lo del viaje muy rápido, y cerró los ojos pensando en qué demonios hacía ella cubriendo la final de la Súper Bowl, exactamente la 53ª final de la NFL y la 49ª de la era moderna, en el Mercedes-Benz Stadium de Atlanta, si no tenía idea de deportes, y mucho menos de fútbol americano.

Llegó al Aeropuerto Kennedy y entró corriendo en la zona de vuelos nacionales, pasó el exhaustivo control policial con paciencia y llegó a tiempo para embarcar con la hora pegada, muy justa, pero a tiempo. Un verdadero milagro teniendo en cuenta que Nueva York un sábado por la tarde era una verdadera locura de tráfico.

Se sentó en su butaca del avión y sacó la Tablet dónde había descargado toda la información que encontró sobre los dos equipos que iban a disputar la tarde del domingo 3 de febrero, a las 18:30, hora de la costa este, la final de la Súper Bowl, a saber, los New England Patriots de Massachusetts y Los Angeles Rams, lógicamente de la ciudad de Los Ángeles.

Dos equipazos que contaban con unos jugadores de élite, los mejores de los Estados Unidos, entre los que se encontraban unos chicos realmente guapos, pensó viendo las fotografías en baja resolución que acompañaban sus respectivas biografías. De todos ellos solo conocía a Tom Brady, el marido de la modelo

Giselle Bündchen, una información que para el caso era absolutamente irrelevante.

El avión despegó y de repente se sintió agotada, muy frustrada porque no alcanzaría a aprender nada sobre el tema en las dos horas y media de vuelo. Era imposible, así que decidió hacer caso a su jefe: llegar allí, pegarse al resto de la prensa e intentar que no la placaran.

Cerró los ojos y se durmió.

1

—¡Madre mía! ¡¿qué haces?!

Le gritó esa mole de dos metros echándosele encima y Martina, con los ojos desorbitados, retrocedió, pero ya demasiado tarde, perdió pie y cayó hacia el foso principal del estadio con todo el equipo. El anorak se le subió hasta la cabeza y su mochila saltó por los aires, pero afortunadamente no soltó el teléfono o eso hubiese sido un suicidio profesional instantáneo.

Quiso levantarse, pero antes de intentar hacer el esfuerzo, ese chico tan grande la agarró por el brazo con una mano y la levantó de un salto.

—¡¿Cómo se te ocurre ponerte por en medio?! ¿estás bien?

—No sabía que estaba por en medio, y estoy bien, gracias.

—Ok, pues fíjate un poco y mantente más atenta...

—¡Bradley! —gritó uno de sus compañeros y se le subió a la espalda para seguir celebrando el triunfo. Martina lo miró a los ojos y él le guiñó el suyo antes de perderse dentro de los vestuarios.

—¿No tienes nada roto, preciosidad? —le preguntó uno de los reporteros mirándola de arriba abajo—. Si te ha roto solo una uña podrías demandarlo, es Bradley Williams ¿sabes?

—Estoy perfectamente —se agachó para ignorarlo y recoger sus cosas.

—Tú no sueles hacer esto ¿verdad?

—¿El qué?

—Cubrir el fútbol.

—No, el redactor de deportes de mi periódico tuvo un accidente y me mandaron a mí como último recurso.

—¿Eres del Daily News? —ella asintió—. Yo estaba con Bob cuando chocamos con el taxi, gracias a Dios a mí no me pasó nada.

—Vaya... me alegro por ti.

—Peter, Peter Robinson, del Times.

—Martina Fernández, encantada.

—¿Tú eres la belleza española que tiene a medio periódico encandilado?

—No es un comentario muy apropiado, Peter... debería ir a la rueda de prensa.

—Tranquila, hombre, que estamos entre colegas, y no te preocupes, no hay

rueda de prensa, nos hablaran en los vestuarios, como siempre, lo interesante está allí abajo, con los chicos eufóricos por triunfo.

—Gracias.

—Y ¿tu fotógrafo?

—Estaba por ahí, supongo que me esperará en los vestuarios.

—Átalo en corto, Martina, necesitas buenas fotos o tu jefe te dará puerta, por muy guapa que seas.

Frunció el ceño y respiró hondo, ignoró el comentario completamente fuera de lugar (y hasta denunciado según los tiempos que corrían) y siguió al mogollón de gente camino de los vestuarios dónde había otro mar de personas afines a los New England Patriots, que habían ganado la Súper Bowl por 3-13, celebrando el dichoso triunfo tras un partido que a ella se le había antojado larguísimo y aburrido.

Sacó el móvil y localizó la grabadora acercándose a los jugadores y a sus allegados, que saltaban y se empujaban y se felicitaban de forma bastante brusca para su gusto, y buscó un rinconcito para tomar nota mental de lo que se hablaba y se decía por allí. Todo eran tópicos y gritos de macho alfa bastante previsibles y bufó sintiéndose completamente ajena a toda la fiesta y a toda esa parafernalia de la que no entendía nada.

Lástima que no estuviera allí alguien más capacitado, y más entusiasta que ella, alguien mucho más informado cubriendo el evento. Seguro que había mucha gente en la redacción del periódico que hubiese matado por estar en su lugar, pero ya era tarde para lamentaciones, y se recriminó por ser siempre tan lanzada e incapaz de negarse a nada en el trabajo.

Habría bastado con decirle a su jefe que ella no era de deportes y que le daba exactamente igual la Súper Bowl, pero eso, igual, le hubiese costado un despido inmediato. Al fin y al cabo, ella solo era una becaria más, encima extranjera, de la que podían prescindir en cualquier momento, y eso no lo podía permitir, no podía, porque su sueño era trabajar en Nueva York y vivir del periodismo. No se había pasado media vida estudiando y otra media convenciendo a sus padres para que la dejaran aventurarse en los Estados Unidos sin un céntimo para luego mandarlo todo al garete por...

—¡Me cago en...! —gritó en español sintiendo el potente chorro de agua en plena cara... agua no, champagne, comprobó de inmediato, y trastabilló perdiendo el equilibrio.

—¡Joder! —exclamó quién acababa de agredirla y se le acercó agarrándola del brazo para evitar que se cayera— ¿Siempre tienes que ponerte por en medio,

muchacha? Te dije que te mantuvieras atenta.

—¿Yo? Si yo estaba tranquilamente aquí ¡Mierda! Mira cómo me has puesto —primero observó su ropa empapada y luego subió los ojos para mirar a ese hombretón, Bradley Williams, a la cara. Él iba vestido solo con una toalla enrollada alrededor de las caderas y le sonrió conciliador.

—Estamos celebrando la Súper Bowl, aquí hay champagne y gente en movimiento, cariño, es tu culpa si no...

—¿Mi culpa? Yo no he hecho nada, si yo...

—¿Martina? —Fred, su fotógrafo, se acercó muerto de la risa y la sujetó por el brazo izquierdo, porque el tal Williams no le soltaba el derecho— ¿Estás bien?

—Empapada y no tengo ropa, no he traído equipaje, ni...

—Ok, ok, lo siento, yo me ocupo —Bradley Williams chascó los dedos y de la nada apareció una asistente—. Ocupate de la señorita, Paula, que la lleven a casa.

—Estoy trabajando ¿sabes?, no puedo irme, y mi avión no sale hasta medianoche.

—¿Avión? ¿adónde vas?

—Nueva York —miró sus ojazos color turquesa y de repente le empezó a caer bien, a pesar de ese aire de matón que tenía. Era enorme y tenía un cuerpo estupendo, el pelo rubio mojado y una sonrisa de anuncio de dentífrico. Respiró hondo y le ofreció la mano— ¿Qué hay? Me llamo Martina Fernández y soy del Daily News de Nueva York. Enhorabuena por el triunfo.

—Martina Fernández —repitió con un acento pésimo y dio un paso atrás para observarla mejor—. Nunca te había visto en los partidos.

—No suele ser mi área de trabajo.

—¿Y cuál es tu área de trabajo?

—De momento de todo, aunque...

—Vale, debo irme, si puedo hacer algo para compensar... —señaló su ropa—, dímelo.

—La verdad es que sí que puedes —le soltó antes de que se girara del todo y él se detuvo y le clavó los ojos—. Unas declaraciones, por favor.

—No hay declaraciones, para eso está el cuerpo técnico.

—Ok, pues, muchas gracias.

—Solo si me das tu número de teléfono —le guiñó un ojo y ella entornó los suyos pensando que estaba bromeando, pero él volvió a llamar a la tal Paula y le pidió que tomara nota—. Hazme un favor y apunta su número, Paula.

—¿Señorita? —ella recitó su número y la mujer lo anotó en su móvil antes de mirar otra vez a Williams—. Ya lo tengo.

—Gracias. Cinco minutos y te veo aquí mismo, voy a vestirme. No te muevas de aquí, señorita Daily News.

2

—Kim quiere cien mil para reformar la casa de Cabo.

—Con eso se puede comprar una casa nueva en Baja California. Ni de coña.

—Brad...

Tom, su hermano y abogado, lo siguió a la piscina climatizada y esperó pacientemente a que se hiciera un par de largos antes de volver a hablar.

—Si no sueltas la pasta sabes lo que pasará con Edward, Brad, dale el maldito dinero y...

—¿Y qué? ¿debo dejar que me extorsione eternamente con mi hijo? Si quiere volver a los tribunales lo haremos y entonces yo sacaré la artillería pesada y ella se irá a tomar por el culo.

—El acuerdo de custodia se revisa dentro de seis meses y si a ella le da por pedirla, pues...

—No, Tommy, no pienso pagar para que deje de incordiar, no tiene cinco años, y si quiere pedir la custodia que lo intente, aunque ya sabes que no le interesa.

—Tienes toda la razón, si yo solo quiero facilitar las cosas.

—¿Con cien mil dólares?

—El dinero es dinero y tú tienes de sobra.

—No se trata de eso, se trata de que ya estoy harto de chantajes, y cómo me lo empiece a poner difícil yo se lo pondré peor, díselo de mi parte.

—Ok.

—La casa no necesita reformas y si quiere hacerlas que trabaje, como todo el mundo.

—La casa es de Edward, al final será para él, así que...

—¿Estás de su parte? —lo miró a los ojos y Tom bajó la cabeza.

—Por supuesto que no.

—¿Ya has averiguado quién es el nuevo novio?, porque si está disfrutando de mi casa me gustaría saber quién coño es.

—No sé nada, no quiere decírmelo.

—Vale... —miró la hora y salió de la piscina—. Voy a recoger a Eddie al partido.

—¿Qué pasa con...? —Tom señaló la segunda planta y Brad entornó los ojos recordando que no estaba solo. Acabó de vestirse y movió la cabeza.

—Es Amanda, dile que se vaya, por favor, vuelvo dentro de una hora con Eddie y no quiero encontrarla aquí.

Su hermano asintió y se giró hacia las escaleras del dúplex en silencio. Paula, su ayudante personal, también andaba por allí, así que dio por hecho que Amanda Wells, su última amiga “especial”, estaría fuera de apartamento antes de que regresara con su hijo, al que no mezclaba jamás con sus conquistas, algo que su madre, lamentablemente, solía hacer con bastante normalidad.

Llegó al *parking*, se subió al 4X4 y enfiló hacia el colegio de Edward, que esa tarde tenía entrenamiento de fútbol, con la idea de pedir pizza para cenar. Quería que los días de entrenamiento fueran especiales para el pequeño, que acababa de cumplir ocho años y que a veces remoloneaba un poco a la hora de hacer deporte.

Su entrenador decía que era porque ser hijo de uno de los quarterbacks más famosos del país era más una carga que otra cosa, que eso lo abrumaba de cara a sus compañeros y amiguitos, así que pretendía facilitarle un poco las cosas y convertir el fútbol en una fiesta, en una como la que él había vivido toda la vida en casa de sus padres.

Jugaba al fútbol desde los seis años. Siempre había jugado en el cole, en el instituto y en la universidad. El fútbol le había conseguido una beca deportiva completa para estudiar en Columbia y le había dado la oportunidad de tener el mejor trabajo del mundo, en el equipo número uno de los Estados Unidos, los New England Patriots. El fútbol se lo había dado todo, y no es que pretendiera que Eddie siguiera sus pasos, simplemente aspiraba a que lo acabara amando tanto como él. Era lo mínimo que un padre podía pedir.

—Hola, Theresa —respondió al teléfono mirando como la lluvia atacaba sin piedad los cristales del coche.

—Hola, Brad, hemos cerrado la campaña con Nike, la producción está hecha, así te quieren en Nueva York el lunes para hacer la sesión de fotos...

—¿No pueden venir a Boston?

—No, cielo, la primera sesión de fotos será entre Manhattan y Brooklyn, después vendrán a Boston para hacer el spot principal. Es todo lo que he podido conseguir.

—Ok.

—Tienes unos días completamente libres con el equipo, ya lo he hablado con John Newman, así que no hay problema ¿No te apetece volver a casa?

—No es eso, es que mientras pueda evitar viajar en avión, pues... estoy harto de aeropuertos.

—Lo sé, pero así ves a tus padres, puedes llevarte a Eddie.

—¿Cuántos días necesitan para las fotos?

—Dos o tres, cuenta con cuatro días como mínimo en la Gran Manzana.

—Vale, hablaré con la profe de Edward y me lo llevo conmigo, mis padres estarán encantados.

—Eso es.

—Te dejo, Theresa, estoy llegando al colegio. Adiós y gracias.

Su agente colgó y él aparcó dónde pudo mientras veía a los demás padres correr hacia el interior del cole, lo que quería decir que se habían llevado a los niños a entrenar al gimnasio por la lluvia. Muy mal, porque un jugador se curte bajo la nieve, el agua y sobre el barro, también bajo el sol abrasador, no podían protegerlos de esa manera y decidió que lo iba a hablar personalmente con el entrenador. No le parecía la mejor política tenerlos entre algodones, como tampoco le parecía bien que los equipos no ganaran ni perdieran, y que todos los jugadores recibieran estrellitas por participar.

Era absurdo. Estaban convirtiendo a los niños norteamericanos en una masa pusilánime de quejicas y conformistas, y el país se iría al carajo si un niño no podía jugar bajo la lluvia, ni competir, ni machacar al contrario. Eso no podía ser. El esfuerzo, la rivalidad y el sacrificio habían hecho grande a los Estados Unidos y no pensaba consentir que a su hijo lo llevaran por el camino equivocado.

Llegó al gimnasio ya bastante cabreado y caminó hacia las gradas sintiendo los ojos de muchos padres encima. Afortunadamente, muchos jugadores de su equipo llevaban a sus hijos a ese mismo colegio, sin embargo, seguía llamando la atención del público y saludó un poco incómodo a los curiosos, metiéndose la gorra hasta las orejas.

—Hola, Bradley ¿estás tan enfadado como Pete? —le dijo Britt, la mujer de su compañero Peter Cunningham, uno de sus receptores, en cuanto se le sentó al lado.

—Qué bien lo sabes.

—Ya está hablando con el entrenador Smith, pobre hombre, se quiere morir cuando os ve aparecer por aquí.

—Es que es increíble —localizó a Cunningham discutiendo con Smith y buscó a Eddie con los ojos, él lo vio y lo saludó con las dos manos—. Voy a sumarme a la fiesta.

—Es causa perdida, relájate y disfruta del partidillo, hombre.

—De eso nada —se puso de pie y saludó a su hijo antes de hacer amago de

bajar a charlar con el entrenador, pero una llamada de Paula lo detuvo y decidió esperar y volver a sentarse— ¿Qué pasa, Paula?

—Me ha dicho Theresa que vamos a Nueva York el lunes, tenemos hotel confirmado, pero imagino que querrás ir a Hempstead a ver a tus padres.

—No, llámalos y diles que se acerquen ellos a Manhattan, son muy pocos días y encima voy a trabajar, apenas tendré tiempo, así que mejor que alojen con nosotros en la ciudad y así se quedan con Edward.

—Perfecto ¿has hablado ya con la profesora de Eddie para avisar que se va de viaje?

—No, le mandaré un email en seguida.

—Muy bien, yo le enviaré otro y... ¿quieres que llame a esa chica? ¿la de Atlanta? ¿Martina Fernández?

—¿Quién? —entornó los ojos y de repente se acordó de esa belleza morena de inmensos ojos oscuros—. Ya, claro, la chica del Daily News.

—Me dijiste que cuándo fuéramos a Nueva York te recordara que teníamos su número de teléfono.

—Sí, pero con Edward por en medio, pues...

—Vale, como quieras. Nada más, me voy a casa, es viernes y tengo un compromiso.

—Claro, disfruta y dile a Lupe que puede irse a la cama, o a dónde quiera, pediremos unas pizzas para cenar.

—De acuerdo, adiós...

—¡Eh! Un momento...

Se restregó la cara con una mano y decidió que quería volver a ver a esa periodista tan guapa, y tan sexy con su ligero acento extranjero, a la que había tirado primero al foso y luego había empapado de champagne en la final de la Súper Bowl. Ya habían pasado dos semanas de aquello, pero aún recordaba esos ojazos y esa sonrisa cuando le había dado unas declaraciones y unas fotos que ella había publicado al día siguiente como una exclusiva en su periódico.

Era lista y preciosa, a él le encantaban las mujeres de belleza mediterránea y ella, que era española, le contó, era una muestra perfecta de ese tipo de mujer, así que no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de volver a verla.

—Llámala, llama a la señorita Daily News, por favor, e invítala a cenar, seguro que mis padres me facilitarán una noche libre.

3

—Será capullo —colgó el teléfono, salió de su habitación y miró a Cindy, su compañera de piso, con los ojos muy abiertos—. La gente es idiota.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quieres saber quién acaba de llamarme? Paula Driver, la asistente personal del señor Bradley Williams, de los New England Patriots.

—¿Qué quería?

—Invitarme a cenar.

—¿En serio? ¿le van las chicas?

—Ella no, su jefe quería invitarme a cenar y en vez de llamar él, la hace llamar a ella.

—Bueno, esa gente funciona así, pagan una fortuna a sus asistentes para que se ocupen de todas sus cosas.

—¿Incluso de invitar a cenar a alguien?

—Está visto que sí.

—Pues me parece de una arrogancia supina, paso de semejante gilipollas.

—¿No me dijiste que era muy majo?

—Me equivoqué, se cree un semidios, y conmigo no va a colar.

—Pues yo no le diría que no a semejante ejemplar, aunque me llamara su abuela en su lugar. Está buenísimo.

—Tú es que eres mejor persona que yo.

—Mi padre y mis hermanos matarían por conocer a Bradley Williams en persona, si fuera a cenar con él me harían la ola durante varios días.

—Para mí como si es el Papa de Roma, este gesto me parece de lo peor. Me voy a la cama. Buenas noches.

Entró a su cuarto y se metió en la cama pensando en lo arrogante que podía llegar a ser esa gente que triunfaba en algo y ya se creía que todo el mundo los adoraba. Por culpa del trabajo le tocaba tratar a diario con muchos así, hombres y mujeres, sobre todo en los Estados Unidos, donde la fama y el dinero se valoraba tanto.

Cerró los ojos y pensó en ese tipo espectacular, Bradley Williams, uno de los quarterbacks más famosos del mundo, estrella de los New England Patriots, un ídolo de masas, un héroe nacional, y reconoció que le encantaría conocerlo

mejor y salir una noche con él, pero el método empleado para invitarla a cenar le parecía desde todo punto de vista inaceptable, y seguro que no volvía a tener noticias suyas después de rechazarlo a través de su ayudante.

¿Qué se creía el muy arrogante? ¿Qué saldría corriendo para verlo en Nueva York? Estaba loco si pensaba que ella era de esas.

Para ser justos, seguro que él estaba acostumbrado a que un guiño de ojos o una llamada de su ayudante pudiera poner el mundo de una mujer patas arriba. Estaba claro que su universo funcionaba así y que el método le producía grandes beneficios, pero con ella había tocado hueso. A ella le daba igual que fuera una estrella de un deporte que ni entendía ni le gustaba, o adorado por sus millones de fans, eso le importaba un pimiento, eso era lo de menos, porque ella valoraba otras cosas como la buena educación y el respeto, y de eso él parecía saber poco.

Encendió el móvil y miró sus fotos y las de sus ex. A sus treinta y cuatro años había estado casado una vez, apenas dos años con una súper modelo de Victoria's Secret con la que tenía un hijo, Edward John, de ocho años. Lo demás eran muchas historias con mujeres espectaculares que él mantenía a raya porque, según sus propias declaraciones en diversas entrevistas, su prioridad era la felicidad y la estabilidad de su hijo, del que tenía la custodia exclusiva desde hacía seis años.

Al parecer el señor Williams era un padrazo y se desvivía por su niño, con el que vivía en un enorme dúplex del centro de Boston, en el Downtown, y al que dedicaba todo su escaso y valioso tiempo libre.

La noche que lo había conocido en Atlanta, tras la final de la Súper Bowl, ella había visto al pequeño, que era rubito y guapísimo, y que andaba con sus abuelos celebrando el triunfo mientras su padre se ocupaba de otras cosas, no obstante, Bradley Williams no lo perdía de vista e incluso mientras contestaba a su entrevista no había dejado de mirarlo de vez en cuando para comprobar que andaba cerca. Ese gesto le había gustado mucho, y eso que en ese momento no tenía ni idea de que además ejercía de padre soltero, y aquel había sido un detalle que la había hecho pensar que el famoso quarterback era un verdadero encanto.

Aquella noche había sido muy majo con ella y muy divertido, muy bromista, adorable, y no se había arrepentido de darle su teléfono a la ayudante, Paula, para que Bradley la pudiera llamar cuando estuviera menos liado.

Había regresado a Nueva York agradecida e impresionada por ese hombre y había esperado dos semanas enteras a que la llamara. Nunca llamó, claro, y encima cuando al fin lo hace había sido a través de una tercera persona, y con eso sí que no podía tragar.

Ella no sería una súper modelo, ni una actriz famosa, ni una reina de belleza, solo era una humilde becaria española en Nueva York que compartía piso con tres chicas más y que apenas llegaba a fin de mes, pero era una tía adulta de veintiséis años, con mucho amor propio y sentido común, y no pretendía tolerar que la trataran así, aunque fuera el mismísimo Bradley Williams de los New England Patriots.

—¡Hostia puta...! —exclamó Bradley Williams en persona y la agarró de la muñeca un segundo antes de tirarla al suelo— ¿Eres tú? No me lo puedo creer.

—¿Qué hace, señorita?! —dos personas corrieron y la agarraron por la cintura para sacarla de allí en volandas, pero Martina se resistió y se arregló el abrigo con mucha dignidad.

—Estoy trabajando, no me toquen.

—¿Trabajando?

—Vengo a cubrir un rodaje de...

Se quedó quieta y por primera vez observó la parafernalia que rodeaba el Rockefeller Center.

Como siempre, su jefe de redacción la había mandado con prisas para cubrir el rodaje de algo secreto, pero muy importante, del que no le había dado ningún detalle, y ella se había presentado a ciegas, a la carrera y había interrumpido sin querer el misterioso trabajo de esa gente.

Respiró hondo y quiso matar a alguien cuando se dio cuenta de que el dichoso rodaje tenía que ver con la única estrella del fútbol americano que no quería volver a ver.

Él, Bradley Williams, guapísimo vestido con traje y corbata, estaba realizando un reportaje fotográfico rodeado de un equipo enorme de personas, y se la quedó mirando muerto de la risa cuando ella subió la vista y lo miró con los ojos entornados.

—Estás deseando que te mate, señorita Daily News.

—Yo... lo siento... —se dio la vuelta y vio que a punto había estado de tirarla escaleras abajo porque ella se había cruzado en su camino sin mirar.

—No puedes estar aquí —un chico con un pinganillo en la oreja y una carpeta en la mano, la sujetó con fuerza por el codo—. Es un reportaje fotográfico privado, no puedes quedarte.

—Soy periodista, me han mandado...

—Te habrán dado un soplo, pero esto no puedes fotografiarlo, ni contarlo, es exclusivo y la imagen del señor Williams está protegida por...

—Ok, ok, no hace falta el contacto físico —intervino Bradley apartando al

joven de su lado, obligándolo a que la soltara—. La conozco, es una amiga ¿de acuerdo?

—Perfecto, Brad, pero no puede quedarse aquí, Nike no quiere ver ni una sola imagen filtrada, hemos firmado un contrato de confidencialidad y... —intervino una mujer muy elegante mirándola de soslayo—. Lo siento, bonita, tendrás que verlo más tarde, esto es privado.

—No pueden impedirme hacer mi trabajo.

—Sí podemos —el chico del pinganillo volvió aún más enfadado y llamando con la mano a los guardias de seguridad—. Fuera de aquí o llamaré a tu periódico y haré que te despidan ¡Vamos!

—Oye, oye ¿tú de qué vas? —Bradley lo miró desde su altura y el chico reculó—. Ya se marcha, yo se lo pediré con educación, no hace falta que le hables así.

—Lo siento, pero es que estamos hasta el gorro de tener que andar espantando a los buitres de la prensa, hay mucho dinero en juego y la imagen y la...

—¿Buitres de la prensa? —intervino ella caminando hacia ese impresentable—. Bien que os valen los buitres de la prensa cuando queréis promocionar o vender algo.

—¡¿Qué?!

—Vale, está bien —Bradley Williams la agarró de la cintura y la alejó de esa gente, aunque ella les siguió clavando los ojos—. Échame una mano y no te pongas borde tú también. Todo el mundo anda muy tenso y será mejor que te vayas.

—Es que es increíble, no me pueden impedir que haga mi trabajo.

—Es un reportaje privado, *top secret*.

—Si me lo he encontrado estoy en mi derecho a cubrirlo.

—No, no lo estás, así que, por favor —le indicó el camino hacia la calle y ella bufó—. Si haces una sola foto le caerá un puro a tu periódico, así que mejor déjalo correr.

—Me han mandado ellos y no puedo volver sin haber hecho nada, encima seguro que la gente no tarda en reconocerte y empezar a hacer fotos con el móvil, os estropearán la exclusiva igualmente.

—Mírame —Por primera vez lo miró a los ojos y se dio cuenta de que eran enormes y preciosos. Había sol y brillaban muchísimo, lo mismo su pelo claro y bien cortado. Inconscientemente reculó y se cruzó de brazos—. No tengo mano en esto, solo sé que no puedes estar aquí, lo siento.

—Vale, gracias por... en fin... por evitar que me echaran a patadas. Me voy, pero que conste que no me parece justo.

—La vida es injusta.

—Adiós... —lo rodeó y se encaminó hacia la calle, pero su voz la detuvo, se giró y volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué no has querido salir a cenar conmigo?

—Porque no me llamaste tú, sino tu ayudante.

—¿Por eso? —sonrió iluminando todo Manhattan y ella tragó saliva— ¿Y si te lo pido ahora directamente?

—Hazlo.

—¿Quieres salir a cenar esta noche conmigo?, creo que tengo un par de horas libres.

—¿Dónde y a qué hora?

4

Entró en el The Old Homestead Steakhouse y el maître lo salió a recibir a la puerta, le dio la mano y se ocupó de su chaqueta antes de llevarlo a su reservado de siempre.

No miró nadie, a pesar de sentir muchos ojos encima, y se sentó en su mesa comprobando la hora, las siete en punto. Solo esperaba que la señorita Daily News fuera puntual porque no tenía toda la noche libre, de hecho, Eddie se había quedado protestando en el hotel porque lo había dejado con los abuelos, así que solo podía invertir dos horas en la cena, o mejor solo una y la otra en llevarla a un sitio más privado para estar a solas.

—Hola —un minuto exacto y ella ya estaba allí vestida de negro y con el pelo recogido, guapísima. Se puso de pie y le apartó la silla para que se sentara.

—Eres puntual, estupendo.

—No soy puntual, siempre llego antes a todas partes, estaba haciendo hora ahí fuera.

—¿Ahí fuera? ¿en el bar?

—No, en la acera, solo he entrado al restaurante cuando te he visto llegar en tu coche con chófer.

—Vaya, pues no hacía falta, podrías haber entrado.

—Estoy bien, gracias. Bonito lugar.

—No te pregunté si comías carne.

—Me encanta la carne.

—Genial, porque las hamburguesas de aquí son estupendas.

—Vale, me pediré una hamburguesa.

—¿No habías venido nunca?

—No, me temo que este sitio se pasa bastante de mi presupuesto.

—Señor Williams —interrumpió una camarera muy elegante— ¿Lo de siempre?

—Sí, Rose, gracias, a mí lo de siempre y a la señorita... ¿quieres pedir entrantes, Martina?

—No, mejor directo al primer plato. Lo mismo que ha pedido él estará bien, gracias —decidió como era habitual, en un santiamén, y Bradley Williams sonrió satisfecho. Un punto más para ella.

—¿Para beber?

—Yo agua sin gas, gracias.

—Yo agua sin gas y un buen batido de chocolate —pidió él sin poder quitar los ojos de encima a esa jovencita tan guapa, y se apoyó en el respaldo de la butaca— ¿No bebes alcohol? Si te apetece una cerveza o vino...

—No, nunca bebo alcohol, tú tampoco me imagino.

—No.

—Lo que nunca asimilaré es que los estadounidenses comáis la hamburguesa con batidos, es... insólito.

—Es la costumbre, está muy bueno, deberías probar.

—Algún día. ¿Sueles llevar chófer? ¿no es un poco incómodo?

—En Manhattan llevo coche con conductor porque me lo ponen, y porque aquí el tráfico es imposible, pero en Boston no tengo chófer, me encanta conducir ¿Tú conduces?

—Tengo el carnet, pero no me gusta demasiado y aquí es imposible.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiséis.

—Y ¿Qué haces tan lejos de casa?

—Estudí periodismo en Madrid, hice un máster, pero mi sueño era venir aquí e intentar hacer prácticas en un medio neoyorkino.

—¿Por qué neoyorkino?

—Mi sueño de toda la vida era vivir en Nueva York y además dedicarme a la crítica cultural: cine, teatro, literatura... y aquí se hace la mejor del mundo, al menos para mí.

—Vaya... chica independiente y decidida.

—Si no lo eres te come la rutina, y yo no quería acabar en una redacción española lamentándome por no haberlo intentado.

—¿Y estás aprendiendo mucho?

—De mi área poco, de momento soy la chica para todo, incluso para cubrir la final de la Súper Bowl, aunque no sé ni lo que es un receptor.

—¿Ah no? —se echó a reír a carcajadas.

—No ¿Tú por qué elegiste dedicarte al fútbol profesional?

—Juego desde los seis años, siempre me ha gustado. En casa somos cuatro hermanos y todos hemos jugado al fútbol desde pequeños. Ha sido una gran suerte poder vivir de lo que más me gusta en la vida.

—¿Tú eres el único profesional? —preguntó mirando el plato con la enorme hamburguesa que le ponían delante y él sonrió.

—Sí, el único ¿Podrás con todo eso?

—Con todo no, pero con una gran parte sí, tiene una pinta estupenda.

Era delgadita y no muy alta, tal vez un metro sesenta y cinco, calculó por encima, sin embargo, comía como una campeona y aquello lo cautivó. Estaba harto de salir con mujeres que tomaban sopa vegana y un vaso de agua para cenar, y que luego se pasaban horas y horas lamentándose por haber probado un trozo de pan, así que ver a esa preciosidad disfrutar con ganas de la mejor hamburguesa de Nueva York le pareció saludable y muy sexy.

Ella era guapa y muy sexy, tenía un cuerpazo, pero además se comportaba como un ser humano corriente y moliente, y aquello era muy esperanzador, decidió siguiendo con la boca abierta su charla animada y divertida, su risa, y espiando sin mucho disimulo cómo bebía de su copa de agua, se arreglaba el pelo detrás de la oreja o se pegaba al respaldo de la silla para prestarle atención.

Sabía escuchar, parecía inteligente e inquieta, nada frívola, de hecho, iba vestida con mucha sencillez y sin apenas maquillaje, y eso le encantó, así que cuando se cumplió una hora de cháchara y empezó a imaginársela desnuda encima de una cama, tiró la servilleta sobre la mesa y le habló directamente y sin paños calientes.

—¿Nos vamos a tu casa?

—¿A mi casa?

—Si quieres podemos ir a mi hotel, pero tengo a mi hijo en la suite de al lado durmiendo con mis padres —pidió la cuenta y se puso de pie— ¿Dónde vives?

—Vivo con otras tres chicas, no puedo invitarte a mi casa.

—¿Compartes habitación?

—No, pero... —también se levantó y lo miró un poco perpleja— ¿Ya está? ¿directo al grano?

—No suelo tener mucho tiempo, así que prefiero ir al grano. No entiendo el concepto de calma o de espera ¿Te molesta?

—No sé... yo...

—Somos adultos y nadie invita a cenar a nadie si no es para aprovechar bien la noche, y ya empieza a hacerse un poco tarde, así que...

—¿Ah no? Debo ser un poco rara, porque pensé que solo querías que nos conociéramos mejor.

—Claro, en el más amplio sentido bíblico del término —se echó a reír, pero ella no le siguió la gracia y él empezó a sentirse un poco incómodo.

—Vaya... creo que nunca había estado tan ilusionada con una cena. He tardado cuatro horas en elegir qué ponerme y he venido aquí media hora antes, muy emocionada, para intentar calmar los nervios. Jamás imaginé que solo me

ibas a conceder una hora de tu valioso tiempo antes de invitarme a la cama.

—Es bastante evidente que nos gustamos, a mí tú me gustas muchísimo, si no nos estaríamos aquí, ¿para qué perder el tiempo?

—Tienes razón y, en serio, lamento mucho haberte hecho perder el tiempo, pero ni esta hamburguesa tan deliciosa, ni este restaurante tan caro, van a conseguir que me acueste con un tío la primera noche que salgo con él. Lo siento mucho, en el más amplio sentido del término —lo parafraseó y se dio la vuelta haciendo amago de irse—. Muchas gracias por la cena y adiós.

—¡Eh! —la siguió ceñudo, se despidió del maître con la mano y la detuvo en medio de la acera—. Espera un segundo ¿adónde vas?

—Voy a comprarme un helado y a dar un paseo antes de meterme en el metro. No me ha dado tiempo ni a pedir un postre, y me encantan los postres, así que... en fin... hasta nunca, chaval.

Lo último lo dijo en español y él frunció el ceño muy perdido. Agarró el móvil y llamó al chófer, que estaba en un *parking* cercano esperándolo con el coche. Miró al cielo y respiró hondo aceptando que era la primera vez, en al menos quince años, que se le resistía una cita.

Muy bien, susurró buscándola con los ojos, pero ella ya se había perdido entre el mar de gente. Tú te lo pierdes señorita Daily News. Serás muy guapa, pero una oportunidad como esta no se tiene todos los días, y mucho menos en Nueva York.

Tú misma, bonita.

Vio aparecer el coche y se acercó a la acera para montarse en él olvidando de inmediato la experiencia.

5

—Miró tres veces la hora durante la segunda mitad de la cena, además de observarme como al pavo de navidad... fue muy incómodo —susurró hablando en español con Celia, su mejor amiga que estaba en Madrid—. Jugamos en otra liga, el tío vive un universo paralelo que no entiendo, ni quiero conocer, así que ya está, ya pasó.

—Seguro que tampoco fue para tanto, tú eres muy susceptible.

—¿Susceptible yo? Me invita a cenar, me da una hora escasa, se pone de pie y me dice que hala, a buscar una cama y ¿soy susceptible? Perdona si esos códigos de comportamiento no van conmigo. No soy una mojigata, pero me sentó fatal.

—Si hubiese sido más listo ¿no te lo hubieras llevado al huerto?

—Por supuesto que sí, pero al menos un poco de paripé, hombre, que apenas nos conocemos. En realidad, no nos conocemos en nada, y el aquí te pilló aquí te mato pues como que no, gracias.

—Qué lástima, estuviste a punto de tocar el sueño americano.

—¿Qué parte del sueño americano?

—Ya sabes, la parte de acostarse con un jugador de fútbol americano —se echó a reír y Martina se movió para entrar en una rueda de prensa del ayuntamiento.

—Muy graciosa, pero no creo que eso entre dentro del sueño americano. Te dejo, tengo trabajo, adiós.

Su amiga le colgó y ella entró al salón de actos donde se reunía una nube de reporteros para cubrir un evento cultural y solidario promovido por el ayuntamiento de Nueva York. Buscó con los ojos un sitio libre y localizó uno justo al lado del guaperas del Wall Street Journal, Jake Romano, que era el tío más sexy que había conocido en toda su vida. Se le acercó y él le sonrió con ese aire melancólico que tenía antes de ofrecerle un asiento a su derecha.

—Ciao, cara —le susurró con un acento italiano pésimo y ella le sonrió.

—Bien ¿y tú?

—Aquí, haciendo esta mierda de noticia mientras los demás se comen la Bolsa.

—Vaya, lo siento.

—Mi jefe me tiene manía ¿no sabes si en tu periódico están fichando gente

para economía o negocios?

—Soy la nueva, no tengo ni idea, pero puedo preguntar.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Ocho meses.

—Ya, claro, me lo habías dicho.

Movió la cabeza y Martina se perdió en esos ojazos negros, esas pestañas espesas y ese pelo abundante tan bonito que tenía. Era guapísimo el chaval y era imposible no mirarlo con atención.

Mezcla de italianos, griegos e irlandeses, Jake Romano era la prueba irrefutable de que el mestizaje solo podía mejorar la sociedad. Le sonrió un poco avergonzada, porque se dio cuenta que se le caía la baba, y empezó a calibrar la idea de invitarlo a tomar un café, ¿por qué no? Allí en los Estados Unidos las mujeres llevaban la mayor parte del tiempo la iniciativa y necesitaba, como todo el mundo, tener un amigo con derecho a roce y distraerse, sobre todo tras la desagradable experiencia con la estrella de los New England Patriots.

En realidad, pensó concentrándose en sus cosas, Bradley Williams no era ni desagradable, ni parecía mala persona, al contrario, parecía un tipo amable y bastante simpático, simplemente no había actuado como ella habría esperado y no lo podía crucificar por eso. Él solo había sido natural y directo, no había intentado engañar a nadie, y ella había cometido el error de creer que una mega estrella del fútbol era una persona accesible con la que podría coquetear, divertirse y salir como si fuera uno de sus amigos del trabajo.

Y no lo era.

Ya le habían advertido sus compañeras de piso que se había sacado la lotería si un tipo como ese había bajado del Olimpo de los dioses, se había fijado en ella y la había invitado a cenar. Eso, en sí mismo, era una especie de milagro que tendría que haber aprovechado al máximo, pero, claro, ella no lo podía ver de ese modo. Para ella solo era un tío majo al que darle una oportunidad, le era indiferente si se trataba de un quarterback famoso, un fontanero o san Pedro bendito.

—Mi madre quiere conocerte.

—¿Perdona? —miró a Jake Romano y él asintió—. Le encanta España, tiene amigos allí, le he hablado mucho de ti y dice que un domingo te vengas a misa a nuestra iglesia y luego a comer a casa.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta.

—Porque eres católica ¿no?

—Bautizada y hecha la primera comunión, pero no soy practicante. ¿Tú sí?

—Qué remedio, mis padres son italoamericanos, Martina, no he podido escabullirme.

—Si no estás cómodo, claro que puedes escabullirte.

—No conoces a mi familia.

—¿Tú qué edad tienes?

—Perdona ¿tú eres Martina Fernández?

La voz de una mujer los interrumpió y ella se giró para mirarla a los ojos. En seguida le sonó la cara, pero no pudo ponerle nombre hasta que ella le ofreció la mano y le hizo un gesto para que la acompañara fuera del salón.

—Soy Theresa Manning, la agente de Brad Williams, nos vimos en el Rockefeller Center.

—Ah sí, claro ¿qué tal? ¿puedo hacer algo por ti?

—Te he llamado al periódico esta misma mañana, queremos recuperar el bruto de la entrevista que te dio Brad en la final de la Súper Bowl, para revisarla y difundirla a través de nuestras redes sociales.

—Era una exclusiva.

—Una primicia que te dio a pesar de que la consigna era no hacer declaraciones. El caso es que nos gustó el texto y queremos los audios para hacer uso de ellos.

—Ya salió hace un mes, no creo que haya problema en dároslo, pero tienes que hablar con el periódico, a ellos les pertenece el contenido de mi trabajo.

—Ya he hablado con Robert Graham, el consejero delegado, él me derivó a tu jefe, tu jefe a tu redactor jefe y finalmente él me dijo que el bruto de la grabación lo tienes tú y que yo podía hacer lo que quisiera con él. ¿Lo tienes?

—Creo que sí.

—¿Creo que sí?

—Sí, estará en un pendrive, en casa. Si el periódico me da el ok te lo hago llegar en seguida.

—Bien, habla con ellos y ya me llamas —le pasó una tarjeta muy elegante—. Sería mejor que me lo llevaras personalmente, si no te importa. Mi despacho solo está a una manzana de tu trabajo.

—No hay problema —la miró a los ojos— ¿Has venido a buscarme solo para eso?

—No, qué va —soltó una carcajada—. Te he dejado un mensaje en tu buzón de voz del periódico. No he venido por ti, he venido porque mi empresa, y sus grandes estrellas neoyorkinas, apoyan esta campaña del alcalde. Te he visto por casualidad y pensé en hablarlo contigo directamente.

—Muy bien, en cuanto acabe de trabajar busco la grabación y os la llevo.

—Genial, ya nos veremos.

—Adiós.

Se giró para volver al salón de actos y Martina no pudo evitar admirar su ropa y sus zapatos, unos Louis Vuitton de infarto. Sin querer se detuvo en su bolso y en su elegante peinado, y pensó en que esa dama, que debía estar cerca de los sesenta años, pero que era igual que una modelo de alta costura de treinta, debía ser muy rica, y muy exitosa en su trabajo.

Era guapísima y tenía mucho estilo, no podía disimularlo, y sonrió interiormente imaginándose la tratar con estrellas del deporte y ejecutivos de clubs de élite, entre puros y vasos de wiski de primera calidad.

—¿Qué pasó finalmente con Brad? —le preguntó y Martina saltó en su sitio—
¿Os visteis después del rodaje?

—Sí, una hora para cenar.

—¿Solo una hora?

—Sí —entornó los ojos y ella le sonrió.

—Bien, ya nos veremos, llámame lo antes posible, por favor, es importante.

6

Domingo de Pascua y un tiempo perfecto para disfrutar en Hempstead, en casa de sus padres, con Eddie y el resto de la familia.

Se asomó a la terraza del ático y pudo admirar con calma el lago despejado de embarcaciones. No hacía demasiado frío y en el jardín los pequeños estaban jugando un partidillo de fútbol entre risas y bromas, levantó la mano y saludó a su hijo, que lo miró y perdió la pelota por culpa del placaje de uno de sus primos.

—¡Vamos, hombre, no te distraigas!

Le gritó y el pequeñajo lo ignoró para salir corriendo detrás de los mayores. Se lo pasaba en grande con los primos, los tíos y los abuelos, era un chaval muy familiar, le encantaba el bullicio y el *overbooking* que solía reinar en casa de los abuelos Williams y se lamentó, solo unos segundos, por tener que vivir los dos solos en Boston.

Era una lástima tener a la familia un poco lejos, pero a cambio tenían muchos amigos y vivían en el centro de una de las ciudades más bonitas del país, no se iba a quejar por eso, mucho menos si su estancia en Massachusetts se debía al trabajo, que era lo más importante del mundo.

Sintió vibrar el teléfono y comprobó que era Paula, que se había quedado en Boston con su familia. Se apoyó en la barandilla y le contestó sin perder de vista a Eddie, que acababa de darse un buen golpe contra su tío Mark.

—Hola, Paula.

—Hola ¿qué tal todo por ahí?

—Muy bien, hemos pillado muchos huevos de Pascua esta mañana ¿y tú?

—Me alegro. Nosotros bien, tranquilos en casa. Te llamo porque tengo la agenda de mañana.

—Ok, dispara.

—A las dos puede ir la estilista a casa de tus padres con el *smoking* y...

—No necesito una estilista para ponerme un *smoking*, Paula.

—Ok, pues haré que te lo hagan llegar por la mañana. A las cuatro te recoge un coche y a las seis empieza la gala en el MoMA, luego, a la hora que quieras, te pueden llevar de vuelta a casa.

—No estoy de acuerdo con nada.

—Vaya, habíamos quedado en...

—Que un coche nos venga a recoger a las dos y nos lleve al Four Seasons Downtown, pueden llevarme el *smoking* allí. Mi madre y Edward se vienen conmigo y pasaremos los tres la noche en Manhattan. Mi madre se viene con nosotros a Boston el martes por la mañana porque he conseguido que Fred, el fisio del equipo, le eche un vistazo a su cadera.

—Genial, no sabía nada.

—Lo acabamos de decidir.

—Ok, perfecto, me pongo con ello. Mañana a las dos el coche estará en tu puerta. Adiós.

—Adiós.

Bajó las escaleras y salió a la parte trasera de la casa para sumarse al juego de la familia. Llegó corriendo y agarró a Eddie en brazos para correr con él y hacerlo marcar un *touchdown* antes de que el equipo contrario pudiera siquiera parpadear, y el niño se puso tan feliz que se cayeron al suelo muertos de la risa.

Lo inmovilizó sobre la arena para hacerle cosquillas y entonces oyó como su hermano Tom contestaba el teléfono a una tal Kim, a la que luego pasaba a llamar cariño un poco nervioso. Dejó que Eddie se escabullera y prestó atención a la charla de Tom, que de pronto estaba pálido y bastante apesadumbrado.

Se puso de pie viendo como él se alejaba de la familia y lo siguió con decisión para saber qué demonios estaba pasando.

—¿Qué ocurre? —llegó hasta él y Tom colgó sin despedirse.

—¿Qué quieres, Brad?

—¿Te has echado novia?

—Más o menos, pero no tengo quince años, así que no creo que sea asunto tuyo, hermano.

—Lo es si se trata de la bruja de mi ex.

—¡¿Qué?! —se sonrojó hasta las orejas y dio un paso atrás.

—Mira, me importa una mierda si te acuestas con ella o si ya sois novios, incluso para mí mejor, porque así Edward estaría contigo cuando tenga que verla a ella, pero no se trata de eso. Kimberly es una zorra interesada y egoísta, es una mala persona. Es la madre de mi hijo y quisiera poder decir algo bueno de ella, pero lamentablemente es imposible. Te hará trizas y te sacará hasta el último dólar, Tom, es una mujer muy cara, lo sabes.

—¿Qué te hace pensar que se trata de Kimberly?

—La has llamado Kim y te ha entrado el pánico cuando has visto que te había oído, sin contar con que desde hace unos meses cada vez que la menciono no

puedes ni mirarme a la cara.

—Estás errado, hermano, y no pienso seguir hablando de esto contigo, menos aquí.

—Los dos sois solteros y ella siempre te ha gustado, nadie se asustará de que te hayas liado con la madre de tu sobrino, es bastante habitual, aunque a papá y mamá nos les hará ni pizca de gracia. Solo digo que tengas cuidado y que, con respecto a mí, espero que no hables de nada, en absoluto, con ella.

—Además de tu hermano soy tu abogado, yo jamás...

—Espera —lo señaló con el dedo agarrando el teléfono móvil—. Tengo que contestar, pero seguiremos hablando. Sharon ¿qué hay?

—Hola, gran hombre, yo estoy bien ¿y tú?

—Celebrando la Pascua en familia.

—Que tierno, si es que eres un bombón.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Mañana voy a la gala del MoMA, mi agente dice que tú eres uno de los promotores, y me preguntaba si quieres recogerme en casa y llevarme en tu coche a...

—No, voy con el tiempo muy ajustado, pero ya nos veremos allí.

—Yo hablo de entrar por la alfombra roja juntos y armarla bien. Sería un bombazo acudir como pareja a un evento como ese.

—No, gracias, Sharon.

—Joder, que duro eres. Kim se moriría del disgusto si ve que llegas conmigo del brazo.

—A mí me da igual lo que le pase a Kim, Sharon, ya lo sabes.

—Lo sé, solo era una idea para divertirnos un poco, pero vale, te veo allí. ¿Luego te vas conmigo a la cama?

—Claro.

—¿Te acuerdas de mi amiga Irma, la rusa de la nueva campaña de Dolce&Gabbana?

—Sí... —miró al cielo y vio que empezaba a llover y que la familia entraba corriendo en la casa, él se entretuvo un poco mirando el lago y luego hizo amago de entrar también para ponerse a resguardo.

—Está loquita por ti y se muere por tirarse a una estrella del fútbol americano, está conmigo en el piso de nuestra agencia, así que mañana dos por el precio de una ¿Ves como se cuidar bien de ti, bomboncito?

—Me parece estupendo, cuenta conmigo. Ahora, debo dejarte.

—Te veo mañana en el MoMA y nos vamos prontito, no pienso tragarme los

discursos y las buenas intenciones de nadie. Llego, me hago la foto, te secuestro y nos marchamos a follar como animales ¿qué te parece?

—Tengo que dar un pequeño discurso al inicio de la cena, pero, después, supongo que me parece bien.

—Solo de hablar contigo se me humedecen las bragas, Brad, salvo que no llevo bragas...

—Vaya, amiga, no me pongas cachondo.

—Me sentaré en tu cara mientras Irma te folla. Me lo imagino y me empiezo a correr.

—¿Estás desnuda en casa? —sonrió y se quedó quieto en la terraza.

—Completamente y me estoy metiendo un consolador que pone Bradley Williams en el frontal... tiene los colores de la bandera americana.

—No seas irrespetuosa con un símbolo sagrado, Sharon —soltó una carcajada y ella bufó.

—Soy un alma libre, cariño, me importan una mierda tus símbolos sagrados —gimió y él notó que estaba empezando a empalmarse, movió la cabeza y trató de mantener la calma.

—Estoy rodeado de gente, guapa, mejor déjalo para mañana.

—Te vamos a follar hasta dejarte en carne viva, tío bueno. Adiós, amor.

Le colgó y él se quedó inmóvil, pensando en ese cuerpazo de escándalo que tenía Sharon, una de las modelos más guapas, y más famosas del mundo, la sucesora de Kimberly, su ex, que desde que había tenido a Eddie había decidido dejar de trabajar para dedicarse a gastar tumbada desde casa.

Sharon la admiraba y la odiaba a la vez, mientras Kim la despreciaba con toda su alma. Esa combinación de amor odio mutua, había hecho que la joven top model de California lo buscara, lo encontrara y se lo llevara a la cama de forma constante y metódica. Se veían siempre que podían desde hacía cuatro años y era la leche porque Sharon era una tía divertida y sexy, muy, muy sexy, y se entendían de maravilla en lo referente al sexo, aunque en todo lo demás no compartían nada en absoluto.

Ni falta que hace, pensó y entró en la casa, ni falta que hace compartir algo más que unos buenos polvos a cualquier hora del día con una mujer guapa. Ya había intentado algo más y le había salido fatal, así que el sistema establecido de relaciones superficiales y calientes, en el que Sharon Leigh reinaba como la que más, era el elegido y el que no pensaba variara jamás, nunca más, en lo que le restara de vida.

7

—Gracias a Dios que me libré de ir a la gala del MoMA —respiró hondo y observó a Jake Romano, que estaba cortando la lechuga como quién está realizando una operación a corazón abierto—. Estoy harta de que me manden a chorradas para justificar mi sueldo. A veces creo que mi jefe me toma por idiota.

—Pues yo hubiese ido muy a gusto. Helen, la de Sociedad y Cultura, dice que se come muy bien en esas galas.

—No hay cena para las pringadillas como yo.

—Eso no lo sé... —levantó esos ojazos preciosos y bordeados de unas larguísimas pestañas, y le sonrió—. Llegará un buen día que se pelearan por invitarnos y tenernos en sus asuntos importantes. Tú tranquila.

—Si tú lo dices.

—Voy a ir a Italia en agosto, me he buscado un curso de italiano cerca de casa para no ir tan perdido y poder hablar con mi familia.

—Eso es genial ¿cuántos días de vacaciones tienes?

—Una semana.

—Qué suerte.

—¿Tú no tienes nada?

—Yo ni un día y trabajaré más que nunca porque media redacción andará de vacaciones.

—El año que viene seguro que te dan una semana.

—Si sigo aquí, porque a veces no sé que hago en Nueva York pasando miserias, en serio. En Madrid, si consiguiera un trabajo, ganaría poco, pero al menos tendría vacaciones y puentes, estaría cerca de mi familia y podría vivir con mis padres.

—¿Volverías a vivir con tus padres?

—Al principio sí, para ahorrar un poco.

—¿No les importaría?

—Qué va, estarían encantados.

—Me alegro —volvió a sonreír y se apoyó en el respaldo de la silla— ¿Sabes qué? Después de la cena te llevaré a probar el mejor café de Nueva York, la gente hace colas de media hora por conseguir uno, no está muy lejos, y a estas horas de la noche seguro que no está tan lleno como por las mañanas.

—Genial, Jake, muchas gracias.

—El Joe the Art of Coffee en Central Station ¿no has ido nunca?

—Me temo que no.

—Tranquila, yo te llevaré esta noche.

Le guiñó un ojo y ella sintió un frío helado en la espalda. Cada día le gustaba más ese chico, era atento y el único colega que no le daba de lado (aunque trabajara en la competencia) y le hacía algo de caso, pero en el fondo de su corazón sabía que no compartían ninguna química, y eso le daba mucha lástima.

Seguro que sería una pareja perfecta, porque era familiar y muy dulce, pero cuando no había electricidad, no se podía forzar, y lo mejor era no intentar provocar situaciones que no la llevarían a ningún sitio, a ningún sitio feliz, al menos, y de repente sintió que Jake Romano para lo único que era candidato era para mejor amigo, que tampoco era un mal plan.

—Dos “Cup of Joe’s”, por favor, Ramón.

Pidió Jake a uno de los camareros del Joe the Art of Coffee, que se deshizo en sonrisas cuando lo vio junto a la barra, y Martina se entretuvo en mirar el local, que estaba lleno se gente a pesar de ser las diez de la noche.

Solo los frikis adictos al trabajo se metían un café a esas horas de la noche, decía su hermana, pero en Nueva York, la ciudad que nunca duerme, la cosa era bastante más habitual que en España, y no solo costumbre de los currantes perpetuos como ella. Algo muy reconfortante.

Giró para mirar al público que entraba y salía para hacer su pedido y luego miró el tablón de anuncios donde estaban los horarios de las clases y talleres que se daban sobre el café y sus secretos, algo muy interesante y tal vez digno de un reportaje, pensó, tomando nota mental antes de volver sobre sus pasos para buscar a Jake.

—Señorita Daily News —oyó a su espalda y no se movió, pero el susodicho insistió con la broma y no le quedó más remedio que mirar a su lado y levantar la vista para encontrarse con los ojos claros de Bradley Williams—. Gracias a Dios que no te estoy tirando al suelo...

—Muy gracioso.

—Esa es la historia de nuestra vida ¿Qué haces aquí? —la miró de arriba abajo y ella a él, porque iba guapísimo vestido de *smoking*.

—Mmm, no sé, ¿tal vez comprando café?

—Ya.

Sonrió y se dirigió al chico de la barra ignorándola de inmediato, ella llamó a Jake con la mano y él, que se había entretenido charlando con el tal Ramón, le hizo un gesto para que lo esperara fuera si quería, así que asintió y salió a la calle

viendo la limusina que seguramente esperaba a la estrella de los Patriots, el último mortal que le apetecía ver en Nueva York.

Se alejó de la puerta dando la espalda al local y bajó la cabeza rogando porque su amigo no tardara demasiado. No quería saludar y menos tener que charlar con Bradley Williams, el tipo que la había humillado en esa estúpida cena a la que nunca debió haber ido, porque así se había sentido, humillada y ninguneada, cosificada, y prefería mantener a machos alfa como ese, encima famosos y millonarios, lo más lejos posible de su vida.

—Señorita Daily News... —el muy idiota se le acercó por la espalda y ella se giró muy seria.

—Martina, me llamo Martina, o señorita Fernández si lo prefieres.

—¿Estás sola? ¿te puedo llevar a alguna parte? —preguntó ignorando su comentario y quiso asesinarlo, pero se calló y se apartó de él.

—No, gracias, estoy esperando a un amigo.

—¿Segura?

—¿Puedo no estar segura ante una pregunta tan simple?

—Calma, calma, solo intento ser amable.

—No hace falta, gracias.

—Vamos a una fiesta a casa de mi amiga Sharon, si te apetece, pues...

—No, gracias.

—Oye ¿yo a ti te he hecho algo?

—¡Martina! No te imaginas quién estaba comprando café... —Jake apareció por una puerta lateral y cuando la vio hablando con Bradley Williams en persona, se quedó mudo y la miró con los ojos muy abiertos.

—Ya, me imagino ¿nos vamos?

—¿No me presentas?

—Jake Romano este es Bradley Williams. Señor Williams este es mi amigo Jake.

—Encantado —se dieron la mano y Brad sonrió de oreja.

—Vamos a una fiesta a casa de una amiga aquí cerca, si queréis os podéis venir, tengo un coche ahí mismo.

—Yo no...

—Sí, claro —interrumpió Jake muy entusiasmado—. La noche es joven, Martina, no me digas que no, por favor...

La miró suplicante y ella no pudo negarse, así que respiró hondo, asintió y siguió a ese armario de tres cuerpos, Bradley Williams, que lucía espectacular vestido tan elegante, hasta la limusina donde había más gente esperando. Entró,

saludó y se le sentó enfrente, él le guiñó un ojo y le hizo un gesto para que se tomara su café, a lo que ella respondió concentrándose en el paisaje que se podía ver a través de los cristales tintados de ese vehículo ridículamente grande.

Muy descolocada, empezó a planear cómo escabullirse de esa gente tan perfumada en cuanto pudiera volver a pisar la calle. Iban cuatro chicas preciosas y vestidas de noche, con pinta de modelos, y tres tíos trajeados y tan enormes como Williams, lo que la hizo suponer que se trataba de otros deportistas famosos, pero no se molestó en comprobarlo porque le interesaban una mierda y porque pensaba perderlos de vista en cuanto fuera posible.

No se podía estar más fuera de lugar que ella en esa limusina, estaba claro, y cuando buscó con los ojos a Jake y comprobó que él sí se estaba integrando a las mil maravillas con la tropa, decidió que la huida sería a solas y de forma inmediata, porque a ese no lo apartaba ya nadie del grupito de súper estrellas.

—¿Cómo puedo salir a la calle desde aquí? —preguntó a una de las chicas dentro del *parking* del edificio donde los dejó la limusina, y ella la miró desde su metro ochenta y cinco de estatura con los ojos muy brillantes.

—No lo sé, yo siempre entro y salgo por el *parking*.

—Pero habrá alguna salida de peatones, digo yo.

—Ni idea —Martina buscó con los ojos la dichosa salida sin ningún éxito, hasta que las puertas del ascensor se abrieron y Jake la empujó dentro.

—Vamos, Martina, no me seas aburrida —le susurró y ella vio como Bradley Williams no le quitaba los ojos de encima.

—¡Venga todos dentro! ¡Fiesta!

Gritó Sharon, la dueña de la casa, abriendo la puerta del apartamento de par en par, y el grupito entró muy animado para tirarse encima de unos sofás carísimos que estaban llenos de ropa. Sería muy rica y muy supermodelo, calculó mirando el desastre, pero esa chica era una desordenada y aquello ya le echó aún más para atrás, porque hasta ropa interior usada había por los rincones, y encima de la mesa de centro.

Le dio grima sentarse o tocar algo, y se acercó a la ventana más grande para admirar el paisaje de Manhattan. Las vistas eran espectaculares y se quedó allí un rato meditando sobre el momento de irse, hasta que descubrió a través del cristal los ojos del *quarterback* de los New England Patriots valorándole el trasero, se dio la vuelta y lo miró de frente.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, solo estaba mirándote —contestó, sacándose la pajarita y abriéndose los botones de la camisa blanca— ¿Cuánto mides?

—¿Y tú?

—Uno noventa y cinco, noventa y cinco kilos de peso, todo está en la Wikipedia.

—Me lo imagino. Debería irme, mañana trabajo.

—Entras más tarde, me lo ha dicho Jake.

—Entrar más tarde para mí son las nueve de la mañana, normalmente entro a la siete...

—Vale, son las diez y media, tienes once horas para divertirte un poco ¿No te gusta trasnochar?

—A las diez y media en Madrid estamos cenando, no lo consideraría trasnochar, pero prefiero irme y descansar un poco, tengo cosas que hacer —de repente vio como limpiaban la mesa de centro de un manotazo y una de las modelos sacaba una especie de pitillera llena de cocaína—. Y esto ya no me interesa nada.

—¿Qué? —él se giró para mirar lo que estaban haciendo y movió la cabeza—. A mí tampoco, pero no tenemos que mezclarnos con ellos ¿quieres tomar algo?, vamos a la cocina.

—No, mejor me voy, no sé ni para qué he venido —dio un paso y él la sujetó por el brazo, fuerte, pero con delicadeza, tiró de ella y se la pegó al cuerpo.

—No te vayas sola, te llevaré dónde quieras —se inclinó y le olió el pelo, le rozó la cabeza con la nariz y ella percibió como se empezaba a disolver por dentro, cerró los ojos y aspiró su aroma varonil y tan agradable.

Lo siguiente fue salir de allí sin mirar a nadie, ni siquiera a Jake, que estaba probando la cocaína con una de las supermodelos en las rodillas. Entraron en el ascensor y Bradley Williams la agarró por la nuca, se inclinó y le pegó un beso. Uno de verdad, muy caliente, con la lengua entrando sin esperar a que ella le diera permiso o lo animara a nada. No, no le hizo falta, porque a la par que empezaba a besarla con tanto descaro, deslizó la mano y la subió por debajo de su falda hasta alcanzar sus braguitas y tirar de ellas provocándole casi un orgasmo que hizo que se humedeciera entera.

Siguió besándolo sin parar, mordiéndolo, bajó la mano y le acarició la entrepierna con la mano abierta, él ya estaba erecto y lo sintió temblar y soltar un pequeño ronroneo cuando le abrió la camisa y le lamió ese pecho marcado, perfecto y que olía a las mil maravillas, sin soltar su cremallera.

Llegaron al aparcamiento, salieron del ascensor y él la agarró de la mano y la metió dentro de la limusina casi de un empujón, se sacó la chaqueta y le dio una orden al chófer antes de echarsele literalmente encima para sacarle la blusa y el

sujetador, y concentrarse en sus pechos con tanto ímpetu que le provocó el primer orgasmo antes de salir a la calle.

Lamía, succionaba, besaba, olisqueaba y ronroneaba contra sus pezones tal como ella había soñado siempre, y cuando ya no pudo soportarlo más lo apartó, lo obligó a sentarse y lo inmovilizó con los muslos hasta que liberó su miembro, lo acarició y provocó que la penetrara así, ella encima de él, frente a frente y mirándose a los ojos.

Sentir a ese tipo tan varonil, y tan grande dentro, la hizo pensar que hasta ese mismo instante nadie le había hecho realmente el amor, y se aferró a él balanceando las caderas sin dejar de suspirar, mientras él la sujetaba con fuerza por el trasero y la dejaba llevar la voz cantante hasta que llegaron juntos a un clímax descomunal que la hizo gritar pegándose a su cuello.

—Pura dinamita, señorita Daily News —susurró buscando sus ojos, le apartó el pelo revuelto de la cara y la besó—. Nunca me equivoco, sabía que en la cama serías una fiera. Solo lamento una cosa.

—¿Qué?

—Que hayamos tardado tanto tiempo en hacerlo.

—Bueno, nunca es tarde si la dicha es buena, dice mi abuela —se desplomó en la butaca buscando su ropa y él también empezó a vestirse—. Madre mía, qué calor.

—¿Dónde vives? —abrió un poco la ventana y ella lo miró de soslayo sin creerse lo que acababa de hacer con un tipo que, en teoría, no podía ver ni en pintura.

—Washington Heights.

—A Washington Heights, por favor —pulsó un intercomunicador y le habló al chófer—. Un momento ¿O prefieres venir conmigo a mi hotel?, aún es pronto y está más cerca de tu trabajo.

—¿A tu hotel?

—Quedan diez horas para que tengas que presentarte a trabajar, no pienso desaprovecharlas. En tu casa o en la mía, pero esta noche no te dejaré en paz.

—... —guardó silencio y lo miró con atención, era guapísimo, tenía unos ojos preciosos y una sonrisa muy sexy, le gustaba mucho y en realidad, tampoco le apetecía separarse de él, así que asintió—. Mejor a tu hotel.

—Andando... llévenos directo al Four Seasons Downtown —volvió a dirigirse al chófer— Y rapidito, por favor.

—Que alegría esto de no tener que coger el metro —sonrió y Brad Williams estiró la mano y la posó sobre su muslo.

—Por lo que a mí respecta, señorita Daily News, cuando estés conmigo no tendrás que coger el metro, nunca más —deslizó suavemente los dedos por debajo de su falda hasta rozarle la ingle con el dedo meñique—. Una chica tan guapa no debería usar el transporte público.

Martina soltó una carcajada y se le acercó, volvió a montarlo y a mirarlo a los ojos. Él respiró hondo y le tocó los pezones por encima de la blusa, luego se la abrió y se hundió en sus pechos penetrándola sin ningún preliminar.

Antes de llegar al hotel ya habían compartido un segundo polvazo y Martina Fernández, entre borracha de deseo y satisfacción, supo, en ese mismo momento, que jamás, nunca más, podría prescindir de ese hombre.

8

Salió de la ducha y se puso el albornoz estirando los hombros. Tenía un pequeño tirón en el trapecio izquierdo, una lesión recurrente a la que no solía hacer mucho caso, pero que le incordiaba cada vez con más frecuencia.

Se miró en el espejo y se peinó el pelo con los dedos antes de salir del cuarto de baño y mirar la enorme cama donde Martina dormía muy relajada y desnuda debajo de las sábanas. Su primer impulso fue acostarse a su lado, pero se contuvo y se sentó en un sillón junto a la cama para observarla con calma y deleitarse un poco con la estupenda visión que le regalaba. A saber, el pelo largo y oscuro suelto sobre la almohada, como el de una ninfa, y esa piel sedosa y perfecta deslumbrándolo como siempre, como siempre desde que la había tocado por primera vez hacía ya dos meses en la limusina que los había sacado del piso de Sharon.

Suspiró, se inclinó, agarró la sábana con los dedos y la destapó. Ella no se movió, ni protestó, así que se apoyó en el respaldo del sillón para seguir comiéndosela con los ojos, porque era preciosa, y lo tenía completamente embelesado.

Había salido con muchas mujeres guapas a lo largo de su vida, tal vez demasiadas, pero Martina Fernández tenía algo nuevo, algo diferente, algo único que los dos llamaban química, porque lo habían hablado, los dos se deseaban con locura ciega y aquello solo podía ser fruto de la química, la magia o como quisieran llamarlo, porque esencialmente, y con la cabeza, eran dos personas completamente diferentes que tenían muy poco en común.

Miró sus curvas perfectas y suaves, porque no era angulosa ni tan delgada como las modelos con las que solía acostarse, no, ella tenía un cuerpo precioso, pero redondeado a pesar de su esbeltez, con un culito muy sexy y respingón, y unos pechos turgentes y abundantes, llenos y naturales, que lo tenían completamente tarumba. Se detuvo en esos pezones suaves y compactos, integrados en la aureola rosa, y una erección monumental lo paralizó de inmediato, se lamió los labios y decidió esperar, alargar el momento y dejarla dormir un poco.

Eran las once de la mañana y ella había estado trabajando toda la noche en un miserable turno de doce horas que él no podría comprender jamás.

Podía entender que era becaria y nueva, que la mayoría de sus colegas la

miraban con desconfianza porque además de ser extranjera era guapa, pero distante, era lista, muy inteligente, brillante y muy trabajadora. Una combinación perfecta para ser el centro de la envidia y las putadas de un medio tan competitivo como el del periodismo.

Eso le había contado su amigo Jake Romano, que Martina era la “españolita cañón” que nunca decía que no a un trabajo y de la que todos tiraban sin importar si tenía vida propia o tiempo libre, empezando por su jefe, que le había tirado los tejos en cuanto pisó la redacción y con él que ella no se reunía jamás a solas porque todo el mundo sabía que era un ligón sin remedio.

Cada vez que lo pensaba quería ir al puto periódico y partir a ese capullo por la mitad, pero, obviamente, no podía hacerlo. Jake le había contado eso a modo de confidencia y tampoco podía inmiscuirse en la vida de una chica tan orgullosa e independiente como Martina. Esa intromisión representaría el final de todo y lo último que le apetecía en ese momento era perderla, porque cada vez la deseaba y añoraba más.

Sintió como suspiraba y miró su cara preciosa y esa boquita de caramelo que tenía y que era la más juguetona del mundo, y la peor hablada, porque ahí dónde se la veía, delicada como un lirio, a veces se expresaba como un camionero, cosa que le hacía mucha gracia y que solía ponerlo muy cachondo.

Sonrió y volvió a repasar mentalmente la propuesta que tenía para ella y que esperaba expresar con calma y sin mucha pasión, porque si llegaba a darse cuenta de que a él le iba la vida en ello, recularía y se pondría a la defensiva.

En ocho semanas hablando a diario por teléfono y viéndose con regularidad, sobre todo el último mes, en el que él había buscado cualquier excusa para presentarse en Nueva York, había aprendido a conocerla un poco y le había quedado claro que ante la presión salía huyendo, ante el compromiso o ante la realidad de que se estaban enamorando, sacaba la armadura y corría en la dirección contraria.

Exactamente igual que él, o como siempre había sido él con las demás mujeres, así que tendría que ir con pies de plomo si no quería cagarla del todo.

Miró su teléfono móvil y leyó un mensaje de la niñera diciéndole que Eddie estaba pasándose muy bien con su madre y que esa tarde lo llevarían al cine. Genial, una preocupación menos, decidió, poniéndose de pie y sacándose el albornoz.

Al menos estaban en Boston, porque no quería que Kim se lo llevara a California, y ella había accedido sin rechistar a pasar el fin de semana con él en su casa, seguramente convencida por Tom, su hermano, con el que sin dudas se

estaba acostando, aunque él se lo siguiera negando a todo el mundo.

Se acercó a la cama, se subió y se puso frente a su preciosa ninfa malhablada, le acarició los tobillos, los muslos y le separó las piernas con cuidado, se acercó y le tocó la vagina lamiéndole un pezón, ella gimió, pero no se despertó, sin embargo, se humedeció de inmediato contra sus dedos, así que la penetró sin más, notando esa descarga eléctrica que siempre lo estremecía cuando estaba dentro de su cuerpo, y ella empezó a tener un orgasmo en sueños, uno muy caliente sin abrir los ojos, hasta que los abrió diciendo su nombre.

—¿Brad?

—¿Quién iba a ser, cielo?

—Ven aquí.

Lo agarró por el pelo y buscó su boca para besarlo con ansiedad, sin dejar de moverse, atrapándolo con sus rodillas, cada vez más excitada, tanto, que lo sorprendió provocándole un orgasmo casi instantáneo.

Eyaculó dentro de ella y se acurrucó contra su cuello.

—No tienes paciencia, Martina.

—Es que estaba soñando contigo ¿Cuándo has llegado?

—Estás hablando en español.

—¿Qué? —se sentó y lo miró con una sonrisa radiante, él estiró la mano y enredó los dedos en su pelo largo—. Lo siento.

—Siempre te pasa al despertar.

—Ya, lo siento —le dio un beso en los labios y se le acurrucó en el pecho—
¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora, me he dado una ducha y he descansado un poco antes de saludarte.

—Y vaya saludo ¿Qué tal se quedó Edward?

—Bien, él adora a su madre, aunque sea una... en fin, es igual ¿Has descansado bien?

—Habré dormido cuatro horas, me acosté a las ocho. Tuvimos un montón de trabajo, al final no veía las letras del ordenador, debería revisarme las gafas.
¿Qué tal tú?

—Bien, ya te lo he contado todo por teléfono.

—Vale... —guardó silencio y respiró hondo—. Voy a darme una ducha y podemos salir a comer algo ¿quieres?

—Claro, escucha... —la sujetó por el brazo y ella se detuvo y le acarició la cara con los dedos—. Me encontré con Arthur Peel, uno de los jefazos del Boston Globe y un fan apasionado del equipo, y le hablé de ti.

—¿De mí? Tú no le hablas a nadie de mí.

—No es cierto, Martina —ella se bajó de la cama y se lo quedó mirando muy atenta— ¿Qué pasa?

—Nada, sigue, por favor.

—Le dije que llevabas casi un año en el Daily News, que eras muy buena, y muy trabajadora y... bueno, me dijo que tenía un puesto libre en el área de Sociedad y Cultura si querías probar suerte.

—¿Un enchufe?, vaya... —se echó a reír y él se puso serio—. Nunca me han enchufado, en ninguna parte, es un poco raro ¿Por qué querría irme al Boston Globe si tengo trabajo aquí?

—Porque se trata de un puesto como periodista en un área que te gusta, porque ya no serías becaria, porque Boston es una ciudad estupenda para vivir...

—Sabes que me encanta Nueva York.

—Nueva York siempre estará aquí ¿No te apetece tener un sueldo y un horario decentes?

—¿No lo tengo? Estoy aprendiendo, no me importa ganar poco y matarme a trabajar si a cambio estoy ganando experiencia y fogueándome en una ciudad como esta.

—Vale, no he dicho nada. Vístete y nos vamos a comer dónde quieras.

—¿Le pediste trabajo para mí?

—Me encontré con él, ese tipo me adora, solo tuvimos una conversación, cielo, no seas tan susceptible.

—No me conoces en absoluto, pero no pasa nada, es igual... —se giró y se fue al cuarto de baño, él tragó saliva y la siguió.

—¿Cuál es el puto problema?

—El puto problema es que me estás mintiendo, seguro que le pediste un trabajo para mí —le soltó poniendo en marcha la ducha—. Y no quiero que nadie interceda por mí, menos tú, que eres un puñetero héroe en este país. Seré una pringada y una reportera de mierda en un empleo donde me explotan, pero es lo que tengo, lo he conseguido por mi esfuerzo. Siento mucho si te parece mal.

—Solo quiero lo mejor para ti, cariño.

—Ya haces lo mejor para mí viniendo a verme, dejando que me quede contigo en esta suite y pasando tiempo conmigo, Brad, no necesito nada más de ti.

—¿Y si yo necesito algo más de ti?

—¿Qué? —la empujó dentro de la ducha y se metió con ella.

—Me gustaría tenerte cerca, que vivieras conmigo y sé que no te irás de aquí

para no hacer nada en Boston. Necesitas un buen trabajo y tengo contactos, es cierto, pero no le pedí trabajo a Peel, solo le dije que una amiga estaba siendo desaprovechada en Nueva York y me lo puso en bandeja.

—¿Vivir contigo? ¿qué pasa con Edward?

—Lo arreglaremos, de eso no te preocupes.

—Nos conocemos desde hace solo dos meses.

—En realidad desde febrero —sonrió—. Da igual el tiempo, no quiero esperar. No somos unos críos, ni unos universitarios sin un duro, Martina, podemos hacer lo que queramos, cuando queramos, y no quiero pasarme el tiempo en un avión para verte solo unas horas. Este mes empezamos los entrenamientos más duros, da comienzo la pretemporada, la NFL empieza en septiembre y después no sé cuándo podré venir a verte, y yo necesito verte, preciosa.

—Madre mía... —se la pegó al cuerpo y ella lo apartó—. No, no me toques, que si me tocas ya no puedo pensar con claridad.

—Cielo...

—Ni cielo, ni preciosa, ni cariño, por favor ¿puedes dejarme sola?

—Ok...

Salió de la ducha y se fue al dormitorio a buscar ropa. Abrió la maleta y se pasó la mano por la cara sintiéndose fatal, porque estaba mintiendo como un bellaco, pero no le podía decir la verdad, no le podía decir que había llamado a Arthur Peel directamente para que le consiguiera un puesto y que ese hombre le había dicho que lo que quisiera cuando quisiera. Le daba igual si era periodista o extraterrestre, solo quería congraciarse con él.

No podía confesarle eso y aceptar que solo lo movía el interés y la necesidad egoísta de tenerla cerca. Era una pequeña mentira que no iba a ninguna parte, al contrario, porque si ella aceptaba el cambio sería el despegue definitivo de su carrera y el inicio de una nueva vida más segura y placentera.

En el fondo era por el bien de los dos y eso no podría reprochárselo nadie.

—Bradley.

—¿Qué? —la miró de soslayo poniéndose los pantalones.

—Mírame y contesta con sinceridad, por favor, es lo único que te pido.

—Dispara —se enderezó y la miró a los ojos.

—¿Me propones esto por el bien de mi carrera o porque quieres que me vaya contigo?

—Principalmente por tenerle conmigo, pero también por tu carrera. Aquí no avanzas y lo sabes.

—Hace dos meses no nos conocíamos apenas, yo ni te soportaba, y lo que

tenemos ahora es... solo es una relación sexual dependiente, aunque sea de primera.

—¿Dependiente?

—Estamos genial juntos, no podemos prescindir de lo que tenemos, nos echamos de menos porque nos deseamos un montón, pero eso no garantiza...

—No se trata de una decisión de vida o muerte, Martina, se trata de darnos una oportunidad, nada más, y si no funciona, yo mismo te ayudaré a volver a Nueva York.

—¿No me vas a pedir que me quede embarazada y deje todo aparcado?

—¿Qué?

—Es lo que se dice de los deportistas de élite, ya sabes, familia, niños, casa, una vida conservadora, y yo no sirvo para eso.

—Por supuesto que no.

—Vale... déjame pensarlo, hacer mis cálculos y te daré una respuesta lo antes posible.

9

¡Mierda!, se sentó mejor en la butaca del avión y miró a su alrededor un poco confusa. Vio que una azafata se acercaba por el pasillo con una sonrisa y ya empezó a situarse con claridad. Iba en un vuelo directo a Boston, solo una hora y diez minutos de viaje y sin embargo se había quedado profundamente dormida.

Miró la hora, solo faltaban quince minutos para aterrizar, así que se fue al cuarto de baño a lavarse la cara y peinarse un poco.

Era increíble lo diferente que eran los lavabos de primera a los de turista, reconoció mirando aquello, y se entretuvo en lavarse las manos, echarse crema en la cara y recogerse el pelo con total calma, pensando en que ese día, el viernes 2 de agosto, su vida empezaba de cero y, al contrario que todo su entorno, no tenía ni pizca de miedo o inquietud. Siempre había sido una lanzada, siempre había seguido a su corazón, y sabía que la decisión de dejar Nueva York y mudarse con Bradley a Boston era una buena oportunidad, al menos una que valía la pena aprovechar.

Volvió a su asiento y cerró los ojos. Estaba agotada porque en el Daily News la habían hecho trabajar hasta última hora. Ni un adiós, ni una palabra de despedida, de eso no había habido nada, pero sí mucho trabajo, y había dejado la redacción en silencio, entregando su identificación y sus claves al redactor jefe, que la miró sin interés antes de darle la espalda para seguir con sus obligaciones... como si no se hubiese pasado los últimos doce meses dejándose la piel por ellos.

En junio Brad le había hablado por primera vez del trabajo en Boston y de mudarse a su casa. Era una locura porque solo llevaban dos meses juntos, bueno, juntos a medias porque encima vivían a más de una hora de avión, y su relación se basaba primordialmente en la atracción física casi obsesiva que sentían el uno por el otro, así que había sido una ocurrencia muy precipitada, casi absurda, pero al final había decidido tomarlo en serio. Muy en serio, tanto, que se había liado la manta a la cabeza y ahí estaba, camino de una de las ciudades más bonitas y antiguas de los Estados Unidos para trabajar y para compartir su vida con un hombre al que apenas conocía.

No había podido negarse porque estaba loca por él. Lo que había empezado solo como unos polvos soberbios, se había transformado en una relación muy intensa. Se entendían bien, hablaban mucho, se reían juntos, él era detallista y

atento, muy protector y cariñoso, a veces posesivo, y por alguna extraña razón aquello le encantaba.

Contra todo pronóstico empezó a disfrutar de esa forma algo dominante de tratarla.

En su vida profesional Bradley Williams llevaba el mando, era el jefe, tenía el poder absoluto y, aunque con ella era respetuoso y muy dulce, a veces le salía ese ramalazo de autoridad, sobre todo en la cama, que la ponía a cien y la hacía sentirse femenina y adorada. Su hermana y su amiga Celia decían que se había vuelto completamente loca, porque ella no era así, ni reaccionaba así, al contrario, siempre había sido independiente y controladora, pero es que con Bradley todo era diferente y de momento, pensaba dejarse llevar y disfrutarlo.

Independientemente de esa locura de amor y pasión en la que se había convertido su vida de la noche a la mañana, lo que había acabado por convencerla de la mudanza había sido la oferta de trabajo en firme del Boston Globe.

A principios de julio viajó a Boston para hacer la entrevista de trabajo y le había encantado el periódico, y el gran potencial de la sección a la que podría incorporarse el lunes 5 de agosto si la aceptaban. Y la aceptaron.

En cuarenta y ocho horas el acuerdo estaba cerrado, viajó otra vez para firmar el contrato y conocer a sus nuevos compañeros, y dio avisó en el Daily News de que se marchaba. Una noticia que no emocionó a nadie, aunque tuvo que trabajar hasta el último día que la obligaba la ley, ese viernes 2, con las maletas hechas y el billete de avión quemándole en las manos.

Por su parte su familia no se había tomado muy bien las novedades, porque se suponía que su sueño era vivir en Manhattan. Nadie entendía nada, y sus padres la presionaron por Skype hasta que confesó el motivo real que la había empujado a tomar una decisión tan inesperada: Bradley Williams, quarterback de los New England Patriots, con el que llevaba tiempo manteniendo una relación y con el que se iba a instalar en Boston.

A su hermano Marcos casi le da un pasmo cuando se enteró de quién era su novio, porque él sí seguía la NFL desde Madrid, y convenció a sus padres de que su hija había dado un “pelotazo” porque Bradley Williams era una estrella mundial del fútbol americano, una especie de Cristiano Ronaldo millonario y famoso, un deportista de élite serio y estable, y no un artista callejero que iba a frenar su carrera y hacerla vivir en una pocilga, como se temieron ellos al principio.

Controlado ese frente, aunque a su madre y a su hermana la historia de vivir

con alguien y cambiar su vida por él nos las convencía en absoluto, y seguían mostrando sus dudas y desconfianzas a diario, se centró en otro frente mucho más importante, el pequeño Eddie, el hijo de ocho años de Bradley, al que tras cuatro meses de relación seguía sin conocer.

Desde la primera noche que pasaron juntos Brad había dejado claro que su prioridad en la vida, por encima de cualquier otra cosa, era Edward. Le había costado un mundo conseguir la custodia exclusiva del niño y estaba empeñado en que creciera rodeado de estabilidad y sin sobresaltos, le explicó.

No quería que fuera el típico hijo de famoso, el niño de papá fruto de una familia desestructurada, eso lo horrorizaba, así que había creado un hogar seguro para él, uno protegido y lo más normal posible. Uno que compartían solo los dos y en el que no había cabida para nadie más. Nunca había conocido a una de sus novias o ligues, nunca lo había hecho compartir tiempo con ninguna mujer. A todos los efectos él ejercía de padre soltero y esa premisa siempre le había funcionado, así que Martina seguía sin entender cómo iba a entrar en esa casa de repente y sin haber visto y tratado antes con su hijo.

—¿Sigues sin hablarle a Eddie de mí? —le había preguntado en su último viaje a Boston para firmar su contrato de trabajo y él le había sonreído sin decir nada—. Estoy preocupada por eso ¿cómo vas a explicar mi presencia en vuestra casa?

—Poco a poco, cielo... cuando te conozca se enamorará de ti, no te preocupes.

—Pero...

—Déjalo en mis manos ¿ok? Está todo bajo control.

De esa forma solía zanjar el tema y ella había estado dos veces en Boston y solo había visto su casa por fuera. Un precioso dúplex, en un espectacular edificio del centro histórico de Boston, en el que iba a vivir desde ese día sin haber hablado antes con la persona más importante de la vida de Brad.

Una verdadera locura.

—Hola... —vio a un hombre muy elegante, vestido con un traje oscuro, portando un cartelito con su nombre en la zona de llegadas del aeropuerto, y se le acercó empujando a duras penas el carro con sus dos enormes maletas.

—¿Señorita Fernández? —preguntó en español y ella asintió—. Buenas noches, soy Charly Tabares, seguridad de los New England Patriots, he venido a recogerla.

—¿Dónde está Brad? —preguntó muy desconcertada, y un poco desilusionada, y él agarró el carro y le hizo un gesto para que lo acompañara.

—Reunión de última hora con el cuerpo técnico. Sígame, por favor.

—Gracias, señor Tabares.

—Me encanta su acento, mi abuelo era asturiano.

—¿Ah sí? ¿y usted nació en Boston?

—San José de Puerto Rico, pero llevo quince años trabajando aquí —llegaron a un enorme 4X4 y le abrió la puerta para que se subiera mientras él acomodaba las maletas—. La llevaré directa a casa.

—Gracias...

Miró la hora y comprobó que eran las ocho y media de la noche. Se moría de sueño y de agotamiento tras unas semanas de locos entre el trabajo y la mudanza, pero más se moría por ver a Bradley, y suspiró lamentando no tenerlo delante, porque llevaba días soñando con un abrazo de los suyos.

Se puso el cinturón de seguridad y observó como el señor Tabares salía del *parking* camino del centro de la ciudad, con una sensación extraña en el pecho. De pronto la euforia que la había empujado en emprender toda esa aventura se convirtió en tristeza y tuvo ganas de echarse a llorar y volver a su casa, pero se contuvo y observó la carretera en silencio hasta que sintió vibrar el teléfono en el bolsillo de los vaqueros y lo contestó.

—Hola.

—¿Llevas braguitas o ya te las quitado para mí? —oír su voz grave y cálida la reconfortó un poco, pero suspiró sin decir nada— ¿Martina?

—¿Estoy aquí?

—¿Va todo bien? ¿qué tal el vuelo? ¿Charly está contigo?

—Sí, ya vamos camino de tu casa ¿Dónde estás?

—Aquí, he llegado a tiempo para cenar con Eddie, ahora estamos viendo un rato la tele. Me muero por verte, preciosidad.

—Y yo...

—Ok, voy a meter a Eddie a la cama y te prepararé un tazón de helado antes de meterte a ti en la tuya.

—Genial, estoy agotada. Hasta ahora.

Le colgó y siguió el trayecto hasta el barrio de Downtown en silencio. Charly Tabares parecía ser un hombre muy simpático, pero también muy discreto, y no tuvo necesidad de darle palique hasta que llegaron al precioso edificio estilo colonial americano dónde vivía Bradley, y aparcaron en la acera.

—¿No entramos por el parking? Creía que Brad subía al dúplex desde el aparcamiento —le preguntó y él se encogió de hombros.

—Me han dicho que entremos por aquí, tengo sus llaves —se las enseñó,

bajaron las maletas y entraron por el portal principal, que era precioso y muy elegante, para coger el ascensor—. Nos quedamos en la segunda planta. Suba, por favor.

—¿En la segunda planta?

Él no dijo nada y subieron hasta el segundo piso dónde se encontró con un rellano también precioso y con dos puertas, una frente a otra. Charly Tabares se encaminó hacia la que estaba a su izquierda y entró pulsando de inmediato las claves de una alarma, encendió las luces y le hizo una pequeña reverencia para que pasara.

—Ya estamos en casa, señorita Fernández, aquí tiene sus llaves y la clave de la alarma es la de su cumpleaños, me la ha dicho Bradley, pero puede cambiarla. Cualquier cosa que necesite este es mi teléfono —le pasó una tarjeta y ella lo miró sin entender nada—. Trabajo para Brad, por lo tanto, también para usted, así que para lo que sea, estoy a su entera disposición.

—No sé... ¿qué está pasando aquí?

—¡Martina!

Bradley apareció a la carrera, vestido con un pantalón de chándal, una camiseta sin mangas y descalzo, y estiró los brazos hacia ella, pero ella reculó completamente desconcertada.

—¿Cielo? ¿estás bien?

—Bueno, yo me marchó. Hasta mañana —susurró Charly y se fue cerrando la puerta, Martina miró a su alrededor y luego a Brad con la boca abierta.

—¿No te gusta el piso?

—¿No voy a vivir en tu casa?

—Esta es mi casa, todo el edificio es mío, cariño, pensé que lo sabías.

—¿Qué? —fue igual que recibir un puñetazo en el estómago y retrocedió buscando un punto de apoyo— ¿Voy a vivir en tu edificio, pero no en tu casa? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Seguro que estarás más cómoda siendo independiente. Yo vivo justo arriba y puedo entrar y salir todo el tiempo...

—¿Entrar y salir a tu picadero?

—No hables así.

—¿Ah no? Suena muy mal, porque la verdad es que todo esto me parece una mierda, Brad.

—¿No quieres tener tu propio espacio, pero estar juntos?

—Esta no es mi idea de vivir juntos, en realidad, no creo que sea la idea de nadie. No sé por quién me has tomado, tío, en serio. Yo me largo, voy a pedir un

Uber.

—No —le quitó el teléfono y ella intentó recuperarlo, pero fue imposible ante esa mole de casi dos metros—. No, así no. Hablemos.

—Hemos tenido dos meses para hablarlo, casi ocho semanas planeando mi mudanza a Boston y nunca, jamás, mencionaste que tu plan era que fuera una inquilina de tu edificio ¿Qué pasa? ¿te avergüenzas de mí? ¿nunca voy a poder conocer a tu hijo? ¿Es eso? ¿qué le vas a decir a todo el mundo, que soy tu Au Pair?

—Solo quiero ir poco a poco, no puedo imponer a Edward...

—Sé que no puedes imponer a Edward mi presencia, por eso he intentado que nos fuéramos conociendo y tú no has querido. No has querido porque desde el principio tenías claro que yo iba a vivir en el piso de abajo.

—Me parece la opción más óptima para todos.

—Genial, pero deberías habérmelo consultado antes y yo podría haber decidido si quería esto o no. No tengo ocho años, yo no soy tu hijo, Bradley, ni uno de tus jugadores de campo, soy una persona adulta que ha dejado su vida entera en Nueva York solo para estar contigo. Dame mi teléfono, por favor.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes, no soy una inútil.

—Cielo —quiso tocarla y ella saltó, tiró las llaves al suelo, le quitó el móvil, cogió las dos maletas y las arrastró hasta el ascensor—. Martina, no seas niña... Martina...

Estaba muerta de cansancio y las lágrimas le nublaban la vista, pero no pensaba rendirse y dejarse ningunear de esa manera, así que salió a duras penas del ascensor y del portal, llegó a la calle y buscó la aplicación de Uber para pedir un coche.

De todo lo que le había pasado en la vida eso era de lo peor, pero no podía hundirse, y empezó a discurrir muy rápido a dónde ir. No conocía a nadie allí, pero buscaría una pensión para pasar la noche y ya decidiría si quedarse e ir a trabajar el lunes al Boston Globe o volver a Nueva York dónde por lo menos tenía casa, porque no había querido dejar su piso definitivamente, gracias a Dios, y lo tenía pagado hasta octubre.

—Ok, ya me ha quedado claro que eres una rebelde indomable —escuchó su voz a la espalda, pero no lo miró y siguió intentando pedir un coche, aunque los dedos le temblaban del disgusto que tenía encima—. Estoy loco por ti, Martina, por favor, hemos llegado hasta aquí, no me dejes ahora tirado.

—Esta no es mi idea de una relación saludable y honesta.

—Dime qué es lo que quieres y lo tendrás.

—No es lo que quiera yo, es lo que quieras tú, Brad —se giró y le clavó los ojos llenos de lágrimas— ¿Qué quieres? ¿quieres que esté a mano para follar todos los días? ¿Es eso? Porque no es lo único que yo quería compartir contigo ¿sabes? Si he venido hasta aquí y hemos llegado a este punto es porque se suponía que íbamos a empezar una nueva vida juntos, o al menos yo lo entendí así.

—Estaremos juntos, pero Edward no sufrirá ningún cambio en sus rutinas, ni en su casa, creí que lo entenderías en seguida y que incluso estarías contenta de tener tu propio piso.

—Tendríamos que haberlo hablado antes, en Nueva York, y no esperar a que esté en Boston para revelarme tus verdaderas intenciones.

—Mis verdaderas intenciones son las del principio, estar contigo, vivir juntos, solo varía un poco la logística, cielo, no te cierres en banda y reconsideralo... por favor.

—No me puedo creer que esté pasando por esto —lo observó con atención y él se puso las manos en las caderas bufando.

—Lo siento, cariño, siento mucho que lo veas tan mal y que no lo comprendas, pero, por favor, no te vayas así, al menos duerme un poco y mañana lo discutimos con calma.

—No puedo, tengo que volver a mi casa... —se echó a llorar y él se acercó y la estrechó contra su pecho. Ella se aferró a él oliendo ese aroma inconfundible de su pecho y se dejó mecer un rato hasta que se apartó limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Estaba claro que esto no era una buena idea, lo sabía, lo sabía, pero...

—Ok, me he pasado cuatro pueblos decidiendo por los dos, pero no lo tires todo por la borda, vamos a intentarlo. Sé que esto es lo mejor para los tres, confía en mí. Eddie y yo estaremos arriba, no te daremos la lata, tú podrás disfrutar de tu espacio y estar tranquila hasta que te adaptes a tu nuevo trabajo, a tu nueva ciudad, y en resumen estaremos juntos e irás conociendo al niño poco a poco.

—Ni siquiera le has hablado de mí ¿verdad?

—Aún no.

—¿Y a tu familia y amigos?

—No te oculto de la gente, Martina, solo intento facilitar las cosas a mi hijo, que ya ha soportado bastante las locuras y las parejas de su madre.

—Tendríamos que haberlo discutido antes.

—Tienes razón, lo siento, sinceramente creí que te haría ilusión tener tu propia casa.

—Si quieres algo de mí no me lo impongas, simplemente háblalo conmigo.

—Lo prometo —se hizo una cruz con el dedo sobre el corazón, mirándola con esos ojos claros tan hermosos, y ella movió la cabeza—. Vamos, sube conmigo a casa, ni siquiera la has mirado, te va a encantar.

—¿Vive más gente en el edificio?

—En el bajo el doctor Chang tiene una consulta de siquiatria, en el primero vive mi hermano Tom y tenemos un despacho para la administración de mis asuntos, y en el segundo hay un piso para mis padres, que está siempre vacío, y tu casa. El tercero y el cuarto los ocupa mi dúplex.

—¿Me dejarás conocerlo algún día?

—Por supuesto, cariño —se acercó y la agarró por la cintura— ¿Quieres subir ahora? puedo prepararte la cena, Eddie ya está durmiendo.

—No, gracias, no tengo hambre y apenas puedo tenerme en pie... Bradley... —lo cogió por un brazo al ver que hacía amago de coger las maletas y él le prestó atención— ¿Por qué quieres que me quede?, en serio, ¿por qué quieres complicarte la vida con todo esto?

—Porque estoy seguro de que nos irá de maravilla.

10

Viernes 30 de agosto, habían acabado la pretemporada el día anterior y el entrenador había decidido organizar una cena para todo el equipo, y sus respectivas parejas, en uno de los restaurantes más exclusivos de Boston. Un compromiso de esos ineludibles a los que no se podía faltar bajo ningún concepto, y del que no había hablado con Martina a pesar de que desde que había llegado a la ciudad apenas habían podido salir juntos.

Se sentó en una de las mesas pensando en llamarla y pedirle que se acercara, pero al final decidió que lo mejor era cenar rápido, escaquearse y volver a casa pronto para estar con ella el resto de la noche. Eddie estaba durmiendo en casa de su mejor amigo, no tenía que recogerlo hasta el sábado a mediodía, Lupe se había pedido la noche libre, y por lo tanto tenían el ático a su entera disposición y para los dos solos más de doce horas. Un plan genial para un viernes por la noche.

Ella ya llevaba casi un mes en Boston y lamentablemente se habían visto bastante poco por culpa del trabajo. Una circunstancia que él no podía controlar y que ella había aceptado sin una sola queja, aunque a veces la notaba distante y silenciosa, y eso le preocupaba un poco.

Era una chica muy joven, decía su hermano Tom, y tal vez tenía razón, aunque desde su punto de vista Martina era la mujer más madura y sensata con la que había tratado en toda su vida, y estaba seguro de que comprendía su trabajo y el tipo de vida que les tocaba compartir, y que no podía modificar porque dependía de decisiones que escapaban completamente a su control.

Confiaba en ella, en los dos, y en que el tiempo lo pondría todo en su sitio. Acabarían siendo muy felices, no le cabía la menor duda, y estaba haciendo todo lo posible por cuidar de ella y demostrarle que apenas podía respirar si no la tenía cerca.

Tragó saliva pensando en sus ojazos oscuros, en su boca, en su pelo largo esparcido sobre la almohada cuando hacían el amor, y se excitó de inmediato. Se movió en la silla incómodo y mejor pensó en la pretemporada, que había empezado el 8 de agosto en casa, pero que lo había llevado la tercera y cuarta semana fuera de Boston.

Ella había asistido al primer partido en el Gillette Stadium, en Foxborough, la sede del equipo, como una espectadora más, pero al segundo partido decidió no ir y él respetó su decisión. Charly Tabares se había ocupado de llevarla la primera vez y se había quedado con ella en las gradas, lejos de los palcos destinados a las familias y los allegados a los jugadores, dónde sí se encontraba Tom con Eddie, y le había dicho que aquello no había sido una muy buena idea porque la había notado triste y fuera de lugar.

Martina por supuesto no se quejó, pero obviamente se había sentido desplazada (rara le dijo ella cuando se lo preguntó) y era lógico, pero tampoco podía cambiar eso, no mientras Eddie no conociera su verdadera relación, no mientras no fuera oficialmente su pareja. No quería incomodar al niño y tampoco quería dar carnaza a su entorno para que hablaran de ella, le empezaran a hacer fotos por la calle y terminaran convirtiendo su historia en un espectáculo público. No estaba preparado para eso, aún recordaba con horror los ríos de tinta que había generado su relación con Kim, y no pretendía repetirlo. Lo primero era asentar su vínculo con Eddie y en eso estaban dando pasos de gigante.

Al poco de llegar se la había presentado como una amiga, lo había bajado a su piso y habían hablado un poco en español, que era la segunda lengua que él estudiaba en el colegio, y habían pasado un rato estupendo viendo la tele y comiendo palomitas. Se habían entendido a las mil maravillas y el enano le había dicho después que era la chica más guapa que había visto en toda su vida.

Desde entonces se veían un rato a diario, Martina era muy prudente y lo trataba como a una persona mayor, que era algo que Edward agradecía muchísimo, así que estaban haciéndose amigos, les encantaba ver fútbol europeo en la tele, hablar de esos jugadores del Real Madrid o el Barcelona, e incluso se había quedado con él las dos noches que le había tocado jugar fuera de Boston, así que no podía estar más esperanzado con el sendero que estaban tomando las cosas.

Ese flanco se estaba cubriendo con éxito y dentro de no mucho podría contarle que era su novia. Igual se ponía celoso al principio, decía Paula, pero bromas aparte, sabía que ella era la única persona con la que dejaría convivir a su hijo, porque era una chica muy responsable, cabal e inteligente, y no le costaba nada imaginársela viviendo con ellos de forma normal y completamente natural.

—¿Tienes una Au Pair? —le preguntó una voz de mujer sacándolo de sus cavilaciones y él la miró ceñudo.

—¿Cómo dices?

—Eddie le ha contado a Leo que tenéis una chica española en casa.

—No es nuestra Au Pair, es una amiga, de hecho, trabaja en el Boston Globe.

—¿En serio? —Pam Nelson, la mujer de uno de sus cañoneros, lo miró con los ojos muy abiertos, él frunció el ceño y se quedó en silencio—. Pensé que tenías Au Pair y te iba a preguntar de dónde la habías sacado porque estoy decidida a contratar una, pero quiero que sea una chica europea.

—No es mi Au Pair.

—¿Y la tienes alquilada? —preguntó alguien más de la mesa y él empezó a cabrearse por el marcaje tan descarado.

—¿Por qué? ¿necesitas alquilar en el centro?

—No, solo es una pregunta.

—Igual nuestro Bradley se ha enamorado —bromeó otra de las esposas entrometidas y él negó con la cabeza—. Si es la chica que acompaña últimamente a Eddie a los partidos del colegio, es un bellezón, uno muy joven y lozano.

—Sin comentarios —tiró la servilleta y se puso de pie—. Con vuestro permiso.

—No estará tan enamorado si la tiene escondida y no nos la presenta, así que seguro que es un calentón sin importancia. Cuando estaba con Kim se la llevaba a todas partes.

Quiso matar a alguien, pero forzó una sonrisa, se giró y caminó con decisión hacia la mesa del entrenador, se le acercó y se despidió disculpándose porque necesitaba marcharse, él le dijo adiós con la mano, y salió de allí dando por hecho que le estarían haciendo un traje entre todos sus compañeros y las ociosas de sus mujeres, lo que venía a reforzar su teoría de que Martina, mientras más lejos de todo ese mundillo, mucho mejor.

Llegó a su casa, entró por el *parking*, subió a la segunda planta deseando abrazar a su preciosa ninfa y hacer el amor con ella toda la noche, y en cuanto abrió la puerta de su piso supo que algo no iba bien. La alarma estaba conectada y no había ni una sola luz encendida. La llamó un par de veces y se acercó al cuarto de baño para ver si estaba en la bañera con los cascos puestos, pero tampoco la encontró, volvió sobre sus pasos y entonces vio una nota pegada en la pantalla de la tele:

“Me he ido a Nueva York, vuelvo el lunes. M”.

A punto estuvo de perder el equilibrio y sacó el móvil con un desconcierto enorme subiéndole por el pecho. Buscó su número y la llamó apoyando una mano en la pared. Tres tonos y ella respondió con total calma.

—Hola.

—¿Dónde coño dices que has ido?

—He venido a Nueva York ¿no has visto la nota? También se lo dije a Lupe...

—A mí no me habías dicho nada.

—No creí que fuera relevante, Brad, tú estabas ocupado y...

—¿Qué?!

—No voy a discutir contigo y menos por teléfono ¿ok?

—¿Ah no?

—Mira, me enteré en la redacción de que hoy teníais una cena de parejitas del equipo en The Capital Grille. Tú no me habías dicho nada, igual que cuándo la barbacoa familiar en casa de tu jefe, de la que me enteré por los periódicos, así que di por hecho que tenías tus propios planes en los que, siguiendo tu línea, no contabas conmigo, con lo cual me he venido a Nueva York para celebrar el cumpleaños de Cindy y de paso hacer un reportaje de una compañía de teatro de Boston que...

—¿En serio? ¿intentas vengarte de mí?

—¿Vengarme?

—Coge un puto vuelo y vente ahora mismo o voy a empezar a cabrearme de verdad, Martina.

—¿Tú con quién crees que estás hablando?

—No puedes largarte así y sin consultarme.

—¿Consultarte? ¿en serio?

—¿Te gusta provocarme? ¿de verdad quieres verme cabreado?

—Ya te estoy viendo cabreado, no me hace falta más. Adiós.

—¡Martina! —gritó y luego respiró hondo—. Ok, puedes hacer lo que te venga en gana, no tienes ningún compromiso conmigo, pero si es así cómo van a funcionar las cosas tal vez es mejor que no vuelvas.

—Estoy de acuerdo —notó perfectamente como se le quebraba la voz y trató de recuperar la calma.

—Escucha... esta noche la teníamos para los dos, solo he pasado media hora por famosa la cena, no pensaba quedarme, solo pensaba en estar contigo y luego aquí y no te encuentro y...

—Es así como me siento yo bastante a menudo, Brad.

—Vale, encajo el placaje, ahora ve al aeropuerto y coge el primer vuelo...

—No, necesito distraerme, estar con gente conocida y trabajar, el domingo tengo que ir al teatro para hacer un artículo de esa compañía bostoniana que está triunfando en Broadway y...

—Me importa un carajo la puta compañía bostoniana.

—Genial, muchas gracias, voy a colgar.

—¿Dónde estás? ¿en qué hotel?

—Estoy en mi casa, en casa de las chicas, mañana es el cumpleaños de Cindy y lo celebraremos aquí. El lunes voy a Boston, hablamos y si hace falta recojo mis cosas, dejo tu precioso piso y me busco la vida, por mí no hay problema, Bradley, pero no vuelvas, nunca más ¿me oyes?, nunca más, a dirigirte a mí en ese tono.

Le colgó y él se quedó mirando el teléfono móvil con cara de idiota, lo sujetó y lo estampó con todas sus fuerzas contra la pared.

11

—No es como las demás personas, lo sé, vive en un mundo diferente, no tiene paciencia, ni la necesita. Todo es para ayer y rápido. A veces no me puedo creer que haya dejado todo tirado por irme a vivir con alguien al que conocía de apenas cuatro meses, pero para Brad las cosas son así de urgentes y te arrastra y...

—Ok, no llores —Cindy le sirvió más café y le cogió las manos—. Estás loca por él y lo normal es que te dejaras arrastrar. Solo tienes veintiséis años y tienes que experimentar estas locuras de amor a esta edad o si no qué aburrido todo ¿no?

—Es un tío increíble, me he enamorado de él hasta las trancas, haría cualquier cosa por él, pero me preocupa empezar a bajar la guardia y acabar encerrada en su piso del segundo sola, esperando a que aparezca para acostarse conmigo.

—Suenas muy sexy —la miró muerta de la risa y Martina frunció el ceño—. Es broma, mujer.

—No me relaciono con nadie de su entorno salvo con su asistente, su hermano, su hombre de seguridad y su ayudante, a su hijo me lo presentó una semana después de haber llegado a Boston. Sé que mucha gente cree que soy su Au Pair, me lo ha dicho Lupe, y él vive ajeno a todo, ocupado con su equipo y la NFL, y toda aquella maquinaria que parece tan importante y tan trascendental, mientras yo vivo en la inopia sin saber lo que hace o deja de hacer, y esperando como una idiota a que aparezca para pasar la noche conmigo. A veces siento que he perdido completamente el norte y que debería largarme de allí antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para poder superarlo rápido y no salir muy tocada de todo esto.

—Si tan mal lo ves quédate, no vuelvas a Boston, puedo ir yo a recoger tus cosas.

—¿Lo harías por mí? —Cindy asintió convencida—. Gracias.

—¿No hay nada bueno que sacar de toda esta aventura, Marti?

—Por supuesto que sí, estar con él lo compensa todo, y su hijo es adorable, y mi trabajo estupendo, por primera vez en la vida estoy ganando dinero y ahorrando. Me gusta la ciudad, el piso y Bradley es el hombre de mi vida, no

tengo ninguna duda al respecto... pero por otra parte... no sé...

—¿El sexo?

—El sexo es increíble.

—Vale, ponlo todo en una balanza y piénsalo tranquilamente. Si quieres quedarte, estupendo, si quieres volver, también estupendo. A veces hay que dar tiempo a que las cosas se asienten y se acomoden. Las relaciones son jodidas, Martina, pero encontrar algo como lo que tú tienes con él es muy difícil, igual vale la pena esperar un poco y tener paciencia. No te agobies.

—Tienes razón, pero ahora tendré que esperar a ver si él piensa lo mismo y quiere seguir intentándolo, porque anoche estaba furioso y no suele ser de los que se baja del burro.

—Es guapo, sexy, varonil, rico y un dios en la cama... démosle el derecho a no bajarse del burro —se echó a reír y ella sonrió—. Vamos a tomarnos esto con calma y a disfrutar del fin de semana ¿Qué te parece? Esta noche te quiero sin lágrimas en mi fiesta.

Asintió, se levantó y le dio un beso en la mejilla antes de volver a su dormitorio, que ahora le parecía minúsculo y tan poco acogedor, para ducharse, cambiarse y empezar a ayudar con la fiesta de cumpleaños.

Con Brad no había vuelto hablar desde que le había gritado por teléfono la noche anterior, y no pretendía hacerlo, porque ella también tenía derecho a cabrearse y a salir corriendo, y a ofenderse porque la había excluido de la famosa cena de parejas de los Patriots, que solía celebrarse antes de que empezara la temporada, y de la que ni siquiera le había hablado.

Un mal rollo más después de que también la mantuviera al margen de la tradicional barbacoa familiar que el dueño del equipo organizaba dos veces al año para todo el mundo en un rancho cercano a Boston.

De ambas cosas se había enterado en el trabajo y se había ofendido un poco, normal, si no estabas acostumbrada a que las personas te ocultaran cosas y te intentaran hacer invisible al resto del universo.

Lo de la barbacoa lo encajó mejor porque él iba con Edward y el pequeño seguía sin saber que ella era la novia de su padre, pero lo de la cena de parejas no lo entendería jamás, sobre todo el hecho de que no se lo contara y pretendiera quitarle hierro y no darle ninguna explicación, como si fuera una loca poco comprensiva, cuando encima llevaba un mes viéndolo poquísimo, mucho menos de lo que lo veía cuando vivía en Nueva York.

La pretemporada y la temporada abducían completamente a los jugadores, era consciente de eso, no era idiota, sabía perfectamente que las estrellas

relevantes y con muchas responsabilidades como Bradley entraban en un bucle de estrés e hiperactividad que los alejaba de los suyos, y ella estaba preparada para eso, sin embargo, para lo que no estaba preparada era para que la excluyera de su vida social, llegara después de cenar a solas con su hijo, quisiera sexo de inmediato y a toda cosa, y a mitad de la noche se marchara corriendo porque tenía que amanecer en su cama. Eso costaba sobrellevarlo, y dolía, y empezaba a hacer mella en su carácter, y en su talante de normal comprensivo y conciliador.

Lupe, la asistente, que llevaba catorce años cuidando de él, le había comentado que el hecho de que Brad la llevara a vivir a su edificio y permitiera que se relacionara con Eddie era la muestra irrefutable de que la quería y era una persona importante para él, porque nunca antes había llevado a una mujer a su casa estando su hijo presente, pero eso no era demasiado consuelo cuando te dabas cuenta de que en realidad sí parecías la Au Pair de Eddie y que en casi treinta días en Boston no habías despertado ni una sola mañana junto a tu novio, que vivía una planta por encima de ti.

Lo único positivo, y realmente importante, era que la dejaba relacionarse con el niño, algo muy natural en cualquier pareja con hijos de otras relaciones, pero que, en el caso de Bradley Williams, era una especie de muestra sobrenatural de confianza.

Él siempre había criado solo a Eddie, porque su madre nunca se había ocupado del bebé y luego, cuando se separaron, se marchó a Europa y no volvieron a verla durante un año hasta que regresó reclamando la custodia, así que era un padre extraordinariamente celoso de su intimidad y su espacio.

Al parecer Kim, que era una modelo mega famosa y muy deseada cuando él la conoció, no pudo asimilar nunca la maternidad. Durante el embarazo había tenido que ser ingresada en un hospital para recibir alimentación intravenosa porque se había negado a comer, y nunca aceptó a su hijo, algo de lo que Martina se había tenido que enterar por Lupe y por la hemeroteca, porque Bradley no solía hablar de eso y solo se había limitado a decirle una vez que esa mujer no se merecía ser la madre de su hijo. Así de duro.

Leyendo e investigando en Internet recuperó fotos y reportajes del romance de la pareja, dónde él parecía un niño asustado junto a esa mujer adorada por los focos, y que era bastante más mayor que la entonces emergente estrella de los New England Patriots.

Gracias a la prensa descubrió como había sido la relación, el embarazo y la boda multitudinaria en Boston. Los problemas matrimoniales, sus vacaciones de ensueño, sus fiestas y sus apariciones públicas, la separación, el divorcio y la

vida poco recomendable de Kim, a la que le había arrebatado la custodia compartida del niño sin muchas trabas, porque en realidad ella nunca había mostrado interés por el pequeño.

Kimberly Hamilton, que era una especie de Cindy Crawford, pero muchísimo más delgada, escribió después del divorcio un libro de memorias donde decía que jamás había querido ser madre y que el embarazo no había sido interrumpido porque Bradley la había obligado a seguir adelante. También se refería a él como “paleta infantil e inmaduro”, un pobre crío absorbido por su trabajo y su familia, rígido en todos los ámbitos de su vida, dominado por sus entrenadores y su entorno. Un tipo que nunca había estado a su altura y que le había arruinado la vida y la carrera.

Leyendo sobre eso descubrió que Brad había conseguido retirar judicialmente los ejemplares del libro para proteger el honor y la intimidad de su hijo, y que desde ese momento la batalla entre ambos era cruenta y sin tregua.

Él tenía veintiséis años cuando nació Edward y ella treinta y seis, estaba en el cénit de su carrera como súper modelo, pero lo seguía culpando a él de sus adicciones, sus trastornos alimenticios, sus depresiones y su retiro profesional. Solía hacer entrevistas en la televisión dónde siempre acababa hablando de su ex. Decían que imponía por contrato que le preguntaran por Bradley Williams para poder despacharse a gusto en su contra y, aunque su hijo ya se enteraba de todo, ella seguía machacándolo públicamente siempre que podía. Algo que Brad no le podía perdonar y que lo empujaba a llevarla continuamente en los tribunales.

Lupe y Paula, su ayudante, le confirmaron que a pesar de todo le pasaba una pensión y le había comprado una casa en Baja California como compensación por el divorcio. No le había dado la mitad de su dinero porque se había casado, aconsejado por los abogados del equipo, con un contrato prematrimonial blindado, pero ella lo sangraba de vez en cuando amenazando con reclamar la custodia de Eddie, algo imposible y que seguramente sería desestimado, pero que podía acabar llevando al pequeño delante de un juez o a pasar por valoraciones psicológicas o sociales que era precisamente lo que él se mataba por impedir.

Su único afán era proteger y mantener ajeno a las locuras de su madre al niño, le dijo Paula una mañana delante de un café, y ella empezó a entender un poco mejor ese celo extremo y esa preocupación constante que él desplegaba sobre su hijo.

En realidad, su faceta como padre la enternecía y lo quería aún más por ser

así. Se había acabado de enamorar de él viéndolo con Edward, observando lo buen padre que era, a veces firme y muy exigente, pero muy cariñoso y divertido. Los dos se entendían a las mil maravillas y se parecían mucho. Ella se había deshecho con el niño nada más conocerlo y mirarlo a los ojos, esos ojos entre verdes y azules tan bonitos, y tan parecidos a los de su padre.

Se le partía el alma pensar que dejaría de verlo si dejaba Boston.

En uno de sus días malos, hablando de Edward con su madre por Skype, ella le había recordado que ese niño no era suyo y que no asumiera funciones que no le correspondían, ni nadie le estaba pidiendo, y que se protegiera un poco y mantuviera las distancias emocionales. Fácil decirlo, pero imposible hacerlo.

Como sicóloga, su madre siempre salía con ese tipo de comentarios que querían ayudar, pero que en la práctica jamás podía aplicar porque era mucho más emocional y blandita de lo que parecía. Ella quería distanciarse, pero ya se había enamorado del pequeñajo con el que pasaba bastante tiempo libre.

Una semana después de llegar a Boston, una tarde, Bradley había bajado con él para presentarlos y el flechazo había sido instantáneo. En seguida habían empezado a charlar y a practicar español, él a preguntarle por el fútbol europeo y por Rafa Nadal, que era su tenista favorito, y sin saber cómo se habían hecho amigos, así que desde ese día se veían un rato todos los días, compartían una película o una cena, y la máxima muestra de que todo iba bien fue cuando Bradley tuvo que viajar con el equipo y le pidió que se quedara a pasar la noche con él.

Esa primera vez no se atrevió a dormir en el dormitorio principal, aunque nadie le dijo que no lo hiciera, pero se instaló en el de invitados y organizó una velada genial con el pequeño. Eddie era adorable, muy educado, su padre lo ataba en corto y se notaba en seguida, porque era correcto y cariñoso, obediente. Lo habían pasado estupendamente y al día siguiente lo había llevado al partido de fútbol del cole con Charly Tabares, que era su escolta oficial.

¿Cómo no querer a ese niño maravilloso si además era hijo del hombre que amaba? Imposible no hacerlo.

Dos noches fuera había pasado Bradley en la pretemporada y las dos ella se había hecho cargo del niño, desplazando a Tom, el hermano pequeño de Brad, que además era su administrador y abogado, en el cuidado de su sobrino. Un paso de gigante a ojos de todo el mundo.

Tom era otra historia, era agradable y muy cortés, pero no hablaban más de cinco minutos seguidos cuando se veían y siempre tenía prisa. Brad lo solía tratar como lo que era para él, su hermano pequeño, y eso parecía incomodarle

cuando estaban delante de los demás, o eso intuía ella, así que no hacía nada por forzar una amistad que tampoco era necesaria. Encima Paula le había contado que al parecer estaba saliendo con Kim, su excuñada, y eso la echaba bastante para atrás a la hora de abrirse con él.

No tenía nada contra Kim, bueno, nada justificado porque no la conocía personalmente, pero no quería acercar posiciones con ella ni a través de terceros. Era consciente de lo que había hecho, y seguía haciendo sufrir a Bradley, y eso la posicionaba claramente en su contra. Lo primero era Brad y no sería ella la que confraternizara con personas que él no podía ni nombrar en voz alta.

—¡Cielo, ¿estás lista?! Han empezado a llegar los invitados.

—Voy...

Salió del cuarto de baño y de pronto se dio cuenta de que su toda su vida ya giraba alrededor de Brad. En un mes se había olvidado de Manhattan, su vida de soltera, sus maratónicas horas de trabajo, las amigas, la independencia, la libertad absoluta, y se había centrado en Bradley Williams y todo lo que venía con él. Todo su mundo lo llenaba él, el mejor tío que había conocido nunca, y lo cierto es que no se arrepentía porque a veces se sentía la mujer más afortunada y feliz de la tierra, pero también, seguramente, había llegado la hora de parar un poco el carro y recuperar las riendas de su corazón y sus pensamientos, o acabaría hundiéndose en una depresión.

Siempre le pasaba igual cuando se enamoraba o se aficionaba algo, lo entregaba todo, se olvidaba de ella y priorizaba en los demás, y solía acabar agotada y rota, a veces escaldada, a veces desilusionada, y no podía permitirlo. Esta vez no, esta vez quería que todo saliera bien, si aún tenía tiempo de hacerlo mejor y Brad no había dado por acabado aquello que tenían y que no sabía ni como calificarlo.

Si había otra oportunidad, y lo sabría el lunes cuando regresara a Boston, pensaba hacerlo de otra manera, una mucho más relajada y saludable, menos intensa, y trataría de tomar distancia y poner también sus propios límites con Bradley.

Lo quería, sí, quería a su hijo, sí, estaba dispuesta a adaptarse a su vida, también, pero necesitaba ciertas concesiones, como dejar de ser la quinta en su lista de prioridades o la que siempre tenía que entender y tragar con todo. Se consideraba comprensiva y madura, fuerte, podía con muchas cosas, pero con lo que no podía seguir tirando era con su papel de amiga anónima. Lo amaba, era su novio, el hombre de su vida, y no pensaba seguir ocultárselo a todo el mundo.

—¿Qué tal el ambiente de trabajo?

—Bien —miró a Jeff, el novio de Cindy, y le sirvió un vaso de ponche—. Es menos estresante que el Daily News, pero igual hay mucho trabajo, la diferencia es que ahora tengo una mesa, un puesto decente y cuento con el respeto de mi jefa, que es una tía genial.

—Me alegro un montón, Martina, iban a acabar contigo en ese antro, bueno, lo mismo que le pasa a Cindy en el hospital, es increíble como...

De repente el salón de la casa, que estaba lleno de gente hablando, empezó a silenciarse y las voces altas dieron paso a un murmullo muy extraño. Martina miró a Jeff y vio que observaba la puerta principal con cara de sorpresa, siguió sus ojos y entonces vio el motivo de tanto asombro: uno de los quarterbacks más famosos de los Estados Unidos, Bradley Williams en persona, estaba allí preguntando por ella.

—¡Hola, Brad! Bienvenido a mi casa, pasa, ahí está tu chica —Cindy se apresuró a saludarlo, lo agarró de la mano y le indicó el rincón de las bebidas donde ella estaba sirviendo el ponche—. Pasa, por favor.

—Martina...

—¿Qué haces aquí? —dejó los vasos y se arregló el pelo sin poder creerse que lo tenía delante.

—¿Tú que crees? —dio un paso y le pegó un beso en la boca— ¿Podemos hablar?

—Claro.

Miró a todos los invitados de Cindy, que los seguían observando con mucho descaro, algunos con la boca literalmente abierta, y cuadró los hombros roja como un tomate, lo agarró de la mano y se lo llevó a su habitación, lo metió dentro y cerró la puerta.

—Menudo espectáculo les acabas de regalar.

—¿Qué? —giró mirando la habitación y luego le clavó esos ojos tan claritos que tenía—. Da igual, ven aquí, dame un beso.

—No, no me toques —se apartó con las manos en alto—. Sigo enfadada por cómo me hablaste anoche ¿sabes?

—Y yo sigo cabreado porque te largaste sin avisar.

—Te dejé una nota.

—¿Y eso te parece normal?

—Mira, yo...

—Escucha, no te dije nada de la dichosa cena porque quiero protegerte. Ser mi novia oficial acarrea muchos inconvenientes, cariño, desde la prensa pegada a

tus faldas, a convertirte en la comidilla y el entretenimiento de mis compañeros y, sobre todo, de sus mujeres. Ya pasé por eso, sé de lo que hablo y créeme, lo mejor que podemos hacer es seguir manteniendo una relación discreta y solo nuestra.

—Lo que de verdad me molesta no es que me mantengas al margen de tu vida, es que no lo hables conmigo, que me ocultes cosas y que luego tenga que enterarme de lo que pasa en el trabajo.

—No hablo de chorradas irrelevantes, no es que esté intentando ocultarte algo, y mucho menos mantenerte al margen de mi vida, no digas eso.

—Es lo que parece —se cruzó de brazos y le sostuvo la mirada—, lo sabes perfectamente.

—No es así, solo estamos caminando despacio y sentando unas bases con calma para...

—Eres la persona con menos calma que conozco. Eres resolutivo y muy impaciente, para ti todo es urgente y tiene que resolverse rápido, incluso nuestra relación ha sido así desde el principio, todo con prisas, pero pisé Boston y todo se detuvo. Disculpa si a veces no entiendo muy bien qué está pasando y hacia dónde va mi vida.

—Tu vida va exactamente hacia dónde queremos los dos, solo te pido un poco de paciencia. Cielo... —quiso tocarla y ella saltó.

—No me toques, si me tocas no puedo pensar.

—Vale.

Esperó unos segundos, pero finalmente se le acercó, estiró la mano, la sujetó por el cuello y la estrechó contra su pecho. Martina cerró los ojos y lo abrazó con mucha fuerza, oliendo su aroma, que despertaba en ella tantas sensaciones que ya no podía discurrir con claridad.

—Te quiero ¿lo sabes? —le dijo pegado a su oído y ella se apartó y lo miró con los ojos llenos de lágrimas— ¿Tú me quieres?

—Sí.

—Perfecto, ya tenemos todas las cartas sobre la mesa. Ahora recoge tus cosas, nos volvemos a casa.

12

Semana 7 finiquitada y no se podía quejar, el equipo iba bien, las lesiones lo estaban respetando y todo marchaba en paz y armonía, también en casa, donde su ninfa seguía llenándole las noches de pasión desenfrenada, y los días de dulzura y mucho amor.

Estaba totalmente loco por esa mujer, concluyó y se detuvo en un semáforo sintiéndose culpable.

Tras ir a buscarla a Nueva York a finales de agosto y decirle que la quería (algo que no había dicho a una mujer al menos en nueve o diez años), se la había traído de vuelta a Boston con la promesa de avanzar y mejorar en su relación de pareja. Estaba convencido de que no podía perderla, de que ese frenesí sexual que lo cegaba era mucho más que una brutal atracción física, porque de verdad la amaba, no pensaba callárselo y así se lo había comunicado a ella, pero, casi dos meses después de aquello, seguía sin poder hacer oficial su romance por miedo al agobio mediático, y también porque su familia no se lo ponía nada fácil.

El incauto de Tom seguía saliendo a escondidas con Kim. Sus padres, como todo su entorno, lo daban por hecho y estaban al borde de un infarto. Ya le habían dicho que les estaba quitando la vida al liarse precisamente con esa mujer que le sacaba doce años, que era una persona horrible y que además era la nefasta madre de su sobrino, pero él hacía oídos sordos e incluso la había alojado en su casa a escondidas un par de noches. ¡En su propiedad y sin su consentimiento!

Dos noches enteras que, por cierto, ella no había aprovechado para ver a su hijo... pero eso era otra historia.

El *affaire* de Tom y el divorcio de Chris, su hermano mayor, tenía a la familia patas arriba y no quería empeorar las cosas sumando a las novedades la presencia de Martina, que compartía mucho tiempo con Eddie, pero que podía seguir pasando tranquilamente como una buena amiga, tal vez un ligue, pero nada más. Nada más de momento.

Ella no se quejaba y vivía muy inmersa en su trabajo. En el periódico estaba haciendo amigos y salía con ellos cuándo él no estaba en Boston o incluso alguna noche dejándolo aparcado en casa, algo que no podía impedir porque,

aunque se enfadara y la reclamara a su lado, ella había decidido vivir con alguna libertad y no podía prohibírselo, aunque ganas no le faltaban.

En realidad, no tenía ningún derecho a prohibir nada a nadie, pero con ella no podía evitar ser posesivo y protector. Solo quería protegerla y aprovechar el escaso tiempo libre del que disponían juntos, sin embargo, Martina no lo veía así y llevaba casi todo el mes de octubre saliendo una noche por semana, incluso algún fin de semana, con sus compañeros, y estaba a punto de acabar con su paciencia.

Para él esa no era la idea de una pareja adulta y normal, se lo había explicado por las buenas y por las malas, pero para ella, se lo había dicho ya treinta veces, tampoco lo era vivir como vecinos, casi a escondidas, sin compartir vida pública y separándose de madrugada día tras días tras el sexo.

Eso era lo peor que llevaba, que él dejara la cama después de acostarse juntos, pero él no quería que Edward no lo encontrara en su dormitorio por las mañanas, o lo pillara acompañado por ella en su cama, así que era lo que tocaba de momento, tener paciencia y disfrutar de lo que sí podían disfrutar juntos, que tampoco estaba mal, al contrario, era espectacular.

—Vaya sorpresa —sonó el teléfono, pulsó el manos libres al ver de quién se trataba y sonrió al oír su risa coqueta.

—Ya te digo ¿hace cuánto que no nos vemos, bomboncito?

—Un montón, desde la gala de Nueva York en Pascua, ¿casi seis meses?

—Exactamente y estoy en Boston, he visto tu calendario y sé que estás en casa, así que deja de hacer lo que estés haciendo y vente al Boston Harbor Hotel. Te estoy esperando en la bañera.

—Lo siento, guapa, pero no podrá ser.

—¡¿Qué?! de eso nada, machote, estoy muy cachonda y me apetece verte.

—Sharon...

—De Sharon nada, Bradley, ven a verme, te echo mucho de menos.

—No puedo, me esperan en casa.

—Llama a la niñera y dile que le doblas la paga, no me jodas.

—No es por Eddie, es por... ya no estoy solo...

—¿Una mujer? —gritó y él movió la cabeza— ¡No me lo puedo creer! ¿te han pillado?

—Y bien pillado, y yo no soy un tío infiel, así que lo siento mucho.

—Me cago en la puta ¿De quién se trata? ¿la conozco?

—La conoces, pero no creo que te acuerdes de ella. Es periodista, española, la viste...

—Claro que me acuerdo de ella, esa chica guapísima y súper joven amiga del Jake Romano. Os fuiste juntos de mi casa, yo me enrollé con Jake y estuve saliendo con él un par de meses después de esa noche. Un tío genial.

—Ya...

—Es preciosa y Jake decía que era súper lista, te pega un montón.

—Sí a todo.

—Bueno, si tú eres feliz, me alegro.

—Lo soy y gracias por llamar, pero...

—No te preocupes, eras mi primera opción, que lo sepas, pero ya que estás comprometido llamaré a Phil Taylor.

—¿Phil Taylor? ¿mi defensa?

—Sí, cariño, me van los futbolistas.

—Vale, genial... espera, tengo que dejarte, me llaman y es importante.

—Ok, bomboncito. Bye Bye.

—Hola —colgó a Sharon, contestó a la nueva llamada entrante y oyó la voz de Arthur Peel, gran jefe del Boston Globe, saludándolo tan contento.

—¡Bradley, campeón! Qué alegría saludarte ¿Me habías llamado?

—Sí, Arthur, en realidad te quería pedir otro favor personal, confidencialmente, por supuesto.

—Lo que quieras, dime.

—Se trata de Martina, ella...

—¿Hay algún problema con su trabajo?

—No, no, está encantada, no es eso. Lo que pasa es que sería muy importante para mí que pudiera disfrutar de las navidades en España con su familia, aunque sé que no tiene días libres aún y...

—¿Cuántos días necesita?

—Una semana, del 21 al 29 por ejemplo, no ha tenido vacaciones, está agotada y me gustaría que viera a sus padres. Sé que tú puedes arreglarlo.

—Cuenta con ello, le pediré a su redactora jefe que le libere esos días.

—Mil gracias, pero ella no debería saber que estoy intercediendo yo porque no quiere...

—Por supuesto, no te preocupes, esto queda entre tú y yo.

—Gracias, te debo otra.

—No, muchacho, con la noche que disfrutamos en el palco de honor y el encuentro contigo me basta. Mis nietos te adoran.

—Podemos repetirlo otro día si quieres, yo encantado.

—Genial, te tomaré la palabra, y no te preocupes, cuenta ya con esos días

para Martina.

—Gracias, Arthur, adiós.

Colgó viendo su casa y respiró hondo. Si ella llegaba a enterarse de eso, como lo de la solicitud de su puesto de trabajo, lo mataría, y después lo dejaría, pero en el amor y en la guerra todo valía y no se arrepentía de intervenir de vez en cuando para mejorar su bienestar.

No pensaba sentirse culpable por eso, ella era su mujer y su mujer se merecía lo mejor, y lo mejor era que se fuera a Madrid en navidades y las pasara con los suyos, así él no tendría que hacer malabares para no dejarla demasiado tiempo sola durante las fiestas.

—¡Hola! —gritó entrando en el dúplex y se asomó al salón donde apareció Eddie con un delantal de cocina—. Hola, enano ¿qué haces?

—Comida española, tortilla de patatas. Martina nos ha enseñado a Lupe y a mí a hacerla —saltó a sus brazos y él lo cogió para colgárselo del hombro.

—Qué suerte.

—¿Te gusta?

—Me encanta —se fue a la cocina y entró saludando a Lupe y a Martina que estaban metiendo los trastos sucios en el lavavajillas—. Señoras, buenas tardes.

—La cena ya está lista, voy a poner la mesa —comentó la asistenta y se fue al comedor—. Martina quiere que por una vez cenéis en la mesa y no delante de la tele.

—Vale, vosotras mandáis ¿Qué tal el entrenamiento, Edward?

—Bien, nos mojamos un montón y he tenido que llegar a darme una ducha caliente.

—Muy bien ¿Por qué no vas a ayudar a Lupe con la mesa? Venga... —lo dejó en el suelo y él corrió al comedor—. Hola, preciosa.

—Hola ¿qué tal el trapecio?

—Me ha visto el fisio y cree que tendrán que infiltrarme. Esperaremos una semana —se acercó y le dio un beso en la mejilla, ella suspiró y lo miró a los ojos— ¿Qué pasa? ¿estás bien?

—Claro, venga ayúdame a llevar la comida —le sonrió y él cogió las cosas que le indicó y la siguió a la mesa—. Lupe siéntate y prueba mi tortilla antes de irte, por favor.

—No me la perdería por nada del mundo. ¿Este pan es suficiente?

—Yo creo que sí, gracias. No falta nada, vamos a cenar antes de que se enfríe.

—¿Vas a salir Lupe?

—Sí, Rubén y yo nos vamos al cine, le he dicho a Martina que se venga con

nosotros.

—¿Vas a salir tú también? —buscó sus ojos y ella lo miró de soslayo sin decir nada.

—Va a salir con el padre de Cameron McGregor —comentó Eddie muerto de la risa y Bradley se atragantó con el agua.

—Venga, Eddie, prueba nuestra obra maestra ¿Te gusta? Ha quedado muy buena, aunque como la de mi madre ninguna, yo... —intervino Martina y él la interrumpió con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con padre de Cameron McGregor?

—Cameron me preguntó si Marti tenía novio, le dije que no y hoy después del entrenamiento su padre la invitó a cenar.

—¿Qué tú le dijiste qué?

—Bradley, por favor, déjalo, ¿quieres?

—Todos los padres del colegio la han invitado a salir, incluso los casados, Charly dice... —comentó Lupe sin pensar y al ver la cara de los dos se calló de golpe—. Esto con un vasito de vino estaría mejor, voy a buscarlo.

Se pasó el resto de la cena en silencio, oyendo como los tres se lo pasaban en grande, mientras él empezaba a hiperventilar con ganas de matar al padre de Cameron McGregor, que era un capullo estirado e impresentable al que pensaba poner en su sitio en cuanto volviera a verlo. También a Charly, que se suponía que cuidaba de Edward y de paso de ella, y que tenía que procurar mantener a los moscones alejados, no observar en silencio y encima contárselo a Lupe.

Cuando acabó su trozo de tortilla se levantó tirando la silla al suelo y se disculpó, pero no pudo disimular el cabreo, y se fue al salón a echarse encima de su butaca favorita para ver las noticias y calmar un poco los nervios.

—¿Jugamos un Fifa Player? —le preguntó Eddie al cabo de un rato y él lo miró distraído.

—No, campeón, estoy cansado, pero puedes jugar tú una partida. Solo una ¿ok?, aunque primero dile a Martina que venga, por favor...

—Se va al cine con Lupe y Rubén.

—Me cago en... —se puso de pie de un salto y se fue al office a buscarla, ella estaba allí cogiendo su abrigo y se lo quitó de un tirón mirando a Lupe de reojo— ¿Dónde te crees que vas? No te veo desde ayer.

—Al cine, solo serán un par de horas, es aquí al lado.

—No.

—¿Perdona?

—Buenas noches, Lupe y pasadlo bien. Martina de queda —acompañó a la

asistente a la puerta y la dejó salir antes de girarse y agarrar a Martina del brazo para llevársela a su dormitorio.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando en derredor y él respiró hondo con las manos en las caderas—. Hasta que acuestes a Eddie y puedas pasar un rato conmigo, yo puedo ir perfectamente a ver la peli de Tarantino que aún no he visto.

—¿Qué es eso del padre de McGregor y de los demás?

—Madre mía —se cruzó de brazos— ¿Por eso nos has dado la cena con tu cara de cabreo?

—¿Qué coño pasa con los capullos del cole?

—¿Qué va a pasar?, nada. Ellos creen que yo soy la Au Pair de Edward y, como a todas las demás niñeras y cuidadoras, me tiran los tejos continuamente. Parece que intentar ligar con las empleadas ajenas es deporte nacional por aquí.

—Pero el caso es que tú no eres mi empleada, ni la Au Pair de Edward.

—Bueno, eso lo tendrás que aclarar tú algún día, si lo aclaras, porque yo no voy a andar diciendo que me acuesto contigo y que vivo en tu edificio.

—Se acabó acompañar a Eddie a los entrenamientos y todos en paz.

—De eso nada, a él le encanta que vaya, a mí me gusta ir y lo puedo combinar sin problemas con mi horario.

—Acabaré matando a alguien, Martina.

—No seas bruto. Me largo, en serio, quiero salir un poco y distraerme.

—No, ven aquí —la detuvo por la cintura y la abrazó muy fuerte, cerró la puerta del dormitorio de una patada y le echó el pestillo—. Te quiero ¿eh? Mírame.

La obligó a mirarlo y se perdió en esos ojazos almendrados y enormes que tenía, subió la mano por debajo de su falda y le sujetó el trasero a la par que le lamía la boca y la inmovilizaba contra la pared.

La arrastró dentro del cuarto de baño, la levantó a pulso y se desabrochó los botones de los vaqueros ya completamente empalmado. Cerró esa puerta, la apoyó contra ella y la penetró con un golpe seco. Martina se quejó un poco, pero se dejó llevar y le sacó la camiseta para lamerle el pecho y el cuello mientras él la empotraba completamente fuera de sí, y le mordía la boca y la besaba con tanta urgencia que acabó corriéndose bastante antes de lo previsto.

—Sé que mis futuros hijos serán muy felices aquí —bromeó acurrucándose entre sus pechos y le lamió un pezón antes de devorarlo con la boca abierta, ella se puso tensa y trató de apartarse.

—Ya han pasado al menos veinte minutos, Eddie estará preguntándose dónde

estamos.

—Está hipnotizado con el dichoso videojuego de soccer. Si necesitara algo no dudes que llamaría a la puerta.

—Vale y entonces tú le explicarías que hacíamos aquí medio desnudos.

—Tengo un regalo para ti... —la tiró sobre la cama y la inmovilizó poniéndoselo encima, volvió a morderle esos pezones que lo traían loco y se frotó contra sus caderas sabiendo que en pocos minutos volvería a estar erecto y preparado—. Joder, sabes tan bien, podría vivir follándote, cielo.

—Qué romántico eres, Bradley Williams —lo besó con los ojos abiertos y se dio cuenta de que ella también estaba lista para otra sesión de sexo duro.

—Tienes a tu disposición un billete de avión para Madrid, para que puedas pasar la semana de navidad con tu familia.

—Gracias, pero no creo que tenga vacaciones y, en cualquier caso, no tienes que regalarme billetes de avión, cariño.

—Tengo un millón de puntos de vuelo... eh... ¿qué he hecho ahora? —se escurrió con mucha habilidad por debajo de él y se puso de pie arreglándose la ropa.

—Luego lo hablamos ¿vale?, me da apuro que Edward esté ahí fuera y nosotros aquí escondidos como si fuéramos culpables de algo.

—Acción de gracias lo pasaré con mis padres y las navidades...

—Ya, me lo imagino, cuento con ello —una sombra de tristeza en su cara le detuvo el pulso, así que estiró los brazos y la acercó agarrándola por las caderas—. Será la última vez, en cuanto tenga ocasión lo haremos oficial, empezando por Eddie, y luego le encargaremos un hermanito ¿quieres?

—No, no quiero.

—Martina... estoy de broma.

—Pues yo no, así que no vuelvas a decirlo ni en broma. Me voy abajo, pasa un rato con tu hijo hasta que vuelva Lupe, aún es pronto.

—Cariño.

—¿Qué? —se giró y lo miró con la mano en el pomo de la puerta.

—Te amo ¿lo sabes? —ella asintió— ¿Qué puedo hacer para que seas feliz?

—Estoy bien.

—No lo creo, pídemelo lo que quieras ¿Qué necesitas?

—Ya sabes lo que necesito, Bradley, te necesito a ti.

—Y me tienes, al cien por cien, lo sabes mejor que nadie.

—Al cien por cien será cuando esto que tenemos se haga real para los demás y no solo para mí, cuando seas mi pareja delante de la gente, cuando vivamos

con naturalidad y abiertamente, y cuando todos esos capullos del cole dejen de mirarme como a la niñera extranjera que seguro se tira a su jefe, y se abstengan de acosarme como si fuera el pavo de navidad.

—... —guardó silencio y ella cuadró los hombros y le sonrió.

—No quiero volver a hablar de esto, en serio, me resulta agotador. Tú has preguntado, pero no quiero discutirlo más, sigo aquí y seguiré hasta que todo se normalice, o hasta que no lo aguante más, pero de momento lo único que sé es que te quiero y que puedo seguir adelante ¿vale? No te preocupes por mí, estoy bien.

—Estas fiestas...

—Es igual, no quiero oírlo. Me bajo a mi cama, tengo que leer un libro nuevo y hacer una reseña. Hasta mañana.

—Martina...

—¡Hasta mañana, Eddie!

Oyó que gritaba hacia el salón y luego como cerraba la puerta de servicio para bajar en el ascensor interno a la segunda planta. Se sentó mejor en la cama y se tapó la cara con las dos manos.

No sabía cómo, ni en qué momento, se había convertido en un puto cobarde, no lo sabía, pero en momentos como ese se avergonzaba de sí mismo.

13

—Así que tú eres la famosa Martina...

Kimberly Hamilton se le acercó con la mano extendida y se la ofreció como la suele ofrecer la familia real británica, pensó, sin poder dejar de mirar el aspecto impecable de esa mujer que seguramente no se había subido al metro, hecho una cama o freído un huevo en toda su vida.

Parecía un figurín, nunca mejor dicho, imponía bastante porque era altísima y sumamente delgada, y la escrutó de arriba abajo antes de sonreír a Eddie, que observaba a su madre con los ojos brillantes.

—Encantada, señorita Hamilton.

—Señora Williams, querida, hasta que los polos se derritan.

—Claro... —miró a Tom, que la adoraba en silencio, y luego hacia la puerta. Se habían encontrado en el *hall* principal por casualidad y se tenía que ir a trabajar, así que se acercó a Eddie y le revolvió el pelo—. Disfruta del día, cariño, te veo por la noche.

—No volverá tarde, así que procura estar aquí antes de las cinco, luego tengo una cena y necesito quedarme en mi hotel con tiempo suficiente para vestirme —le soltó Kim con un tono muy autoritario y ella se detuvo y la miró a los ojos.

—No te preocupes por eso, Kim, Lupe estará en casa —intervino Tom un poco incómodo.

—Como queráis, solo sé que antes de las cinco os dejo al niño en la puerta.

—Ok, hasta luego, debo irme... —les dijo saliendo a la calle y la señora Williams la volvió a llamar.

—Martina ¿estarías dispuesta a viajar con nosotros cuando haga falta?

—¿Disculpa?

—El padre no está muy por la labor de que se mueva sin supervisión, así que, ya que están tan contentos contigo, tal vez puedas ser esa “supervisión” y acompañarnos a esquiar o...

—Querida, Martina no trabaja para nosotros, es amiga de Bradley, solo le hace el favor de pasar algún tiempo con Eddie cuando Lupe no puede quedarse con él —Tom se puso por en medio y Kim frunció el ceño completamente descolocada—. Gracias, Martina, qué pases un buen día.

—Adiós —salió y vio que Charly Tabares los estaba esperando con el coche, lo saludó con la mano y antes de pisar la acera pudo oír perfectamente como la

súper modelo soltaba delante de su hijo un impropio que la hizo mirar a Charly con los ojos abiertos como platos.

—Se la está tirando, seguro, es su tipo al cien por cien. Siempre le han gustado las frágiles y preciosas damitas en apuros, aunque al final a la que le jodió bien la vida fue a mí.

—Kim...

—No será su niñera, pero será su putita, por eso le cuida al crío. Vamos, estoy empezando a aburrirme. ¿Dónde demonios está el coche?

Martina quiso mirarla a la cara, arrebatarle a Edward y huir de ahí con él, pero no podía hacer nada de eso. En tres meses que llevaba en Boston era la primera vez que esa mujer aparecía con la intención de ver al pequeño y el niño estaba muy ilusionado con la visita, así que no podía meterse, además, no era su responsabilidad, así pues, se despidió de Charly, comprobó que Tom se subía al coche con ellos y se fue andando al periódico.

Era domingo, Bradley jugaba esta tarde en casa contra Baltimore, y se había ido muy temprano al estadio para ver al fisio y entrenar. Era muy disciplinado con las comidas, los entrenamientos, las concentraciones... era un deportista nato con mucho talento natural, pero también con mucho trabajo y sacrificio detrás, y lo admiraba por eso.

Cruzó la calle para ir andando al periódico y vio pasar el coche con Eddie y los demás camino de Dios sabía dónde, porque Kim no había dado ningún detalle de sus planes, aunque en teoría una sentencia la obligaba a hacerlo, como también la obligaba a anunciar sus visitas con tiempo, cosa que tampoco hacía.

El viernes había aparecido Tom en casa y les había dicho que la madre del niño podía verlo el domingo hasta la hora de la cena. Bradley había puesto el grito en el cielo porque tenía partido en Boston y quería que Edward asistiera, pero finalmente había cedido cuando Tom le dijo que pasaría el día con ellos y se llevarían a Charly Tabares para los desplazamientos. Todo solucionado, pero él se había estado subiendo por las paredes varias horas.

Era increíble como la sola mención del nombre de esa mujer lo sacaba completamente de quicio y se imaginó que la había llegado a querer muchísimo, porque solo si alguien te ha importado mucho puede afectarte tanto.

—¿No recuerdas nada bueno de tu relación con Kim? —se atrevió a preguntarle esa noche en su casa y él se pasó la mano por la cara—. Supongo que estuviste muy enamorado de ella si...

—Tenía veinticuatro años cuando la conocí, yo había vivido toda mi existencia dedicado al deporte y los estudios, saliendo y tirándome a las reinas

del baile y a las capitanas de las animadoras, y de repente llega esa mujer de mundo que aparecía en todas las revistas y se fija en mí. Me volví loco de alegría y estaba orgulloso de acostarme con la Top Model mejor pagada del país. Claro que hubo cosas buenas, al principio me hizo sentir poderoso, un hombre, un tío maduro, pero todo era mentira.

—¿Cómo os conocisteis?

—En un evento en Nueva York, una cena, ella era de la pandilla de la mujer de Tom, Tom Brady, me echó el ojo, le divirtió ligarse a un quarterback que empezaba a triunfar en Boston y lo demás es historia.

—Y se quedó embarazada.

—Sí, la cagamos bien.

—Pero...

—Yo no quería ser padre recién cumplidos los veintiséis años, ella estaba histérica porque iba a engordar y a sufrir por culpa del embarazo y el parto, fue un drama inconmensurable, pero le pedí que no abortara y le prometí que yo me haría cargo del bebé, que sería solo mío, y así ha sido.

—¿Por qué os casasteis?

—En medio del drama que montó se filtró la noticia y todo el mundo le empezó a preguntar por la boda, así que me exigió una grande y formal, y eso hicimos. Yo era un crío idiota, Martina, si me pilla hoy ni me caso, ni paso por todo aquello.

—Al menos te dio a Edward, que es un verdadero milagro.

—Porque es solo mío, una probeta hubiese sino una madre más cariñosa y digna para él.

Con eso había zanjado el tema y fin de la historia.

Se ponía enfermo por tener que compartir al niño con ella, porque sabía que a Kim no le interesaba estar con el pequeño, solo le interesaba fastidiarlo a él, decía Lupe, y al parecer era cierto después de lo que había presenciado en el portal del edificio. Una tragedia, solo esperaba que Eddie disfrutara del domingo y volviera sano y salvo a casa, donde ella iba a estar antes de las cinco por si acaso.

—Vaya, mujer trabajadora ¿qué haces aquí en domingo? —le preguntó un compañero al verla entrar en la redacción y ella lo saludó con la mano.

—Voy a cubrir a Brittany, anoche tenía la despedida de soltera de su hermana y necesitaba la mañana libre.

—¿No vas al partido de los Patriots?

—No, hoy no.

Lo miró, le sonrió y encendió el ordenador pensando en aprovechar bien la mañana porque aquello estaba muy tranquilo y sería el momento perfecto para adelantar algunas cosas. Abrió el correo interno y vio que tenía un mensaje de su jefa de redacción, la señora Miller, lo pinchó y se quedó con la boca abierta leyéndolo.

“La semana del 23 al 27 de diciembre la tienes liberada, Martina. Al fin se han ajustado los calendarios, aprovecha y disfruta de tus vacaciones”

Lo leyó un par de veces y revisó su agenda, si sumaba esa semana a los fines de semana, del 21 al 29, tenía exactamente nueve días de vacaciones, un verdadero lujo, y levantó la vista para comentarlo con alguien, pero el móvil le vibró sobre el escritorio y lo contestó en seguida.

—Hola, mi amor —dijo en español y oír la risa grave de Bradley le provocó un gustito delicioso en el vientre.

—Hola, preciosidad ¿qué haces?

—En la oficina y ¿tú? ¿qué tal el hombro?, ¿entras de titular?

—Sí, estoy bien y voy desde el principio, no te preocupes. Ahora estoy con un poco de hielo y no me duele nada, pero me infiltraré el martes.

—Vaya...

—Estoy bien, echándote de menos, sigo pensando en lo de anoche —susurró y Martina se echó a reír poniéndose de pie—. Hoy haré que me lo pagues despacio y sin concesiones.

—Eso espero.

Suspiró, pensando en que lo había atado a la cama y se lo había comido entero durante dos horas sin que él pudiera moverse ni tocarla, y sonrió saliendo a buscar un café.

Había sido muy erótico jugar con él así y someterlo un poco, porque era imposible controlarlo en medio del sexo. Siempre tomaba las riendas y la manejaba con el dedo meñique, pero la víspera ella había sido la que había jugado duro y había conseguido llevarlo a su ritmo, haciéndolo hasta suplicar por una tregua.

—¿Qué llevas puesto?

—Oye ¿tú no estás concentrado?, juegas dentro de tres horas.

—Ok, mátame si quieres.

—¿Sabes qué? Acabo de leer un email de mi jefa diciéndome que tengo vacaciones de navidad, desde el lunes 23 al viernes 27 de diciembre, si sumo eso a los fines de semana son nueve días enteros.

—Te lo mereces, trabajas mucho.

—¿Tú juegas... ?

—Juego el domingo 22 en Búfalo y ya luego el 29 en Miami.

—Podría acompañarte a Miami, no lo conozco y...

—No, tú deberías ir a Madrid a ver a tus padres, yo te invito y así estaré más tranquilo.

—No tienes que pasar la Navidad conmigo, no voy a pedirte que...

—Martina, relájate y acepta un regalo.

—No tienes que regalarme nada y, escucha, aunque tú pases las navidades con tu familia en medio tendríamos unos días libres y podríamos pasarlos tranquilamente en casita o...

—Cariño ¿quieres escucharme? Son días de locos y mi familia es muy grande, estaré liado. Eddie querrá estar con los primos, tengo varios compromisos benéficos y en fin... que estaré más tranquilo si tú estás con tu familia también, así todos en paz.

—Vale, por un momento pensé que podríamos... no pasa nada... pero no voy a ir a España, es carísimo y solo por una semana no vale la pena.

—Tengo un millón de puntos de vuelo que no usaré nunca, le diré a Paula que se ocupe y te compre los billetes ¿de acuerdo? Tampoco es que me esté gastando dinero continuamente contigo, es un regalo de navidad, por el amor de Dios.

—Vivo gratis en tu edificio.

—¿Qué?... ¿ahora me estás ofendiendo?

—No... pero ¿qué dices?

—Tú eres mi mujer, Martina, vives bajo mi techo y no es que vivas gratis, es como tiene que ser. No sueltes más ese tipo de chorradas que me cabreas.

—... —ella guardó silencio al oír eso de ser “su mujer” y tragó saliva—. Vale, muchas gracias.

—Genial... ahora dime ¿qué llevas puesto?

—Un vaquero y una camiseta ¿y tú?

—Solo una toalla.

—¿Ese culito perfecto solo cubierto por una toalla? Creo que me voy a desmayar —bromeó y él volvió a reírse con ese timbre tan bonito—. Me pasaría el día mordiéndolo.

—Y yo a ti. Pon el teléfono en video llamada, súbete la blusa y enséñame mis pezones...

—No son tuyos.

—Son míos, completa y enteramente míos, y necesito verlos ahora mismo.

—Madre mía, esto no lo he hecho por nadie...

Entró al cuarto de baño de señoras, colgó, lo llamó con videoconferencia y esperó a que respondiera para entrar en uno de los cubículos. Se subió la camiseta y le enseñó el sujetador de encaje, él se acercó al aparatito y frunció el ceño hasta que ella se abrió el sujetador, que tenía cierre delantero como a él tanto le gustaba, y soltó una risa cuando lo vio pegarse a la pared resoplando.

—Vale, voy a correrme y quiero que lo veas.

—¡Brad!

—Schhh, estoy solo y tú también, pero imagina que estoy dentro de ti y te estoy llenando y no puedes dejar que me vaya porque me deseas tanto como yo a ti... vamos, preciosa, vamos...

Observó como se tocaba y se corría con el pulso acelerado, jadeando y tan excitada que quiso masturbarse también, pero una lucecita la detuvo y pegó la frente en la puerta sin poder apartar los ojos de la pantalla del teléfono.

—Te amo, mi preciosa ninfa de pezones perfectos —le sonrió con los ojos brillantes y ella devolvió la sonrisa con las piernas temblorosas.

—Yo también te amo, mi amor.

—Escúchame, voy a intentar dejar a Eddie con mis padres hasta después del año nuevo ¿de acuerdo? y tú y yo pasaremos la Nochevieja en la cama y follando hasta que no podamos ni andar ¿Es un trato?

—Es un trato.

—Ok.

—Tengo que dejarte, he venido a trabajar y creo que necesito un vaso de agua fría con hielo.

—Bien, te llamo unos minutos antes del partido.

Le colgó y salió para lavarse la cara y peinarse, y tratar de recuperar la compostura. Ese hombre iba a volverla loca de pura lujuria, y se echó a reír comprendiendo que estaba viviendo un verdadero regalo del cielo, porque estaba enamorada hasta las trancas y él no podía ser más perfecto.

Pensó en llamar a su casa para contar que iba a ir a España en diciembre y en ese momento le volvió a vibrar el móvil, lo miró y contestó al ver que se trataba de Paula.

—Hola, Paula ¿qué tal?

—Hola, bien ¿y tú?

—Trabajando.

—¿No vas al partido?

—No, gracias.

—Sigues odiando el fútbol.

—No lo odio y me encanta ver a Brad, pero lo paso mal cuando lo placan, Eddie no iba a ir y... en fin... mejor me he venido a trabajar y a cubrir a una compañera que necesitaba la mañana libre.

—Vale, yo te llamo porque el gran jefe me ha pedido que te compre unos billetes a Madrid para la navidad y necesito saber las fechas exactas y tu número de pasaporte.

—¿Te lo ha pedido tan rápido?

—Me lo dijo el jueves, pero no he tenido tiempo hasta hoy para mirarlo, lo siento.

—¿El jueves? —preguntó un poco perpleja, pero Paula siguió hablando muy rápido.

—¿Qué harás en Acción de Gracias? Bradley y Eddie se marchan a Nueva York el miércoles 27, no queda nada. Es una suerte que este año los Patriots no jueguen esa jornada, aunque es un partido muy bonito, y muy entrañable para todo el mundo.

—Ya... no haré nada, aprovecharé de descansar un poco.

—No puedes pasar Acción de Gracias sola, vente a mi casa, será un placer que lo pases con mi familia.

—Muchas gracias. Lupe e incluso Charly también me han invitado a sus casas, pero prefiero no salir. Y no te preocupes, me parece una fiesta preciosa, pero para mí no tiene demasiado significado, no pasará nada si ceno sola en casa y veo la tele.

—De eso nada, ahora vives en los Estados Unidos y con un estadounidense, tienes que celebrar Acción de Gracias.

—Bueno, tal vez cuando ese estadounidense quiera celebrarlo conmigo, lo haré encantada.

—... —Paula se quedó callada y Martina lamentó de inmediato haber soltado eso, cerró los ojos y oyó como la ayudante de Brad carraspeaba antes de hablar—. Como quieras, cariño, en resumen, mándame las fechas y el número de pasaporte ahora y ya lo dejamos todo cerrado hoy ¿Te parece?

—Ahora te lo envío en un mensaje, mil gracias, Paula. Hasta luego.

Colgó con esa desazón extraña en el pecho, una sensación de tristeza y hasta de vergüenza por tener que andar justificando muchos comportamientos de Bradley, como el hecho de que se fuera a Nueva York con su familia para celebrar Acción de Gracias y no la incluyera a ella en sus planes, y se sentó en su escritorio un poco pesarosa.

La excitación y la felicidad que le había entrado con la llamada de Brad se

había disuelto tal como había llegado y encima, ahora tenía que resolver el misterio de por qué él le había pedido a su ayudante sus billetes el jueves, si ella acaba de contarle lo de sus vacaciones y él había dicho que iba a hablar con Paula para solucionarlo.

Era todo muy extraño, pero no tuvo tiempo de investigarlo porque de pronto aparecieron dos fotógrafos con material recién hecho y se tuvo que poner manos a la obra para escribirlo.

14

Lunes 23 de diciembre y todo bajo control.

Entró en su casa, que parecía unos grandes almacenes con tanto adorno navideño, y saludó a Eddie y a su madre, que corrieron para abrazarlo, miró a su padre y a Chris, que estaban intentando encender la chimenea eléctrica con un vaso de ponche en la mano, y miró la hora comprobando que eran las cuatro de la tarde, las diez de la noche en Madrid, sacó el móvil y marcó el número de Martina, pero le dio apagado o fuera de cobertura.

Sonrió a todo el mundo y se fue hacia su dormitorio para dejar la maleta y darse una ducha. Estaba agotado y solo le apetecía dormir una siesta en silencio, pero sabía que sería imposible con todos los Williams llegando en tromba para pasar las navidades en su casa.

Se desnudó y se metió debajo de la ducha dando gracias a Dios por haber logrado salir de Dallas tras el partido del domingo. El mal tiempo en Massachusetts casi los deja en tierra, pero al fin esa mañana, un poco antes de las once, habían permitido despegar al avión del club y ahí estaba, en casa y con los planes resueltos, aunque echando mucho de menos a su ninfa, que se había marchado a España el viernes 20 por la noche.

Le encantaba llegar a casa y saber que la vería, sobre todo tras un partido, y se hizo la promesa de que esa sería la última navidad que pasarían separados. La última navidad, el último Acción de Gracias, el último cumpleaños y todo lo demás. Quería contarle a la familia durante las vacaciones que tenía novia y que se trataba de la famosa Martina de la que Edward hablaba tanto. Quería decirles que estaba enamorado y que iban a vivir juntos, así, cuando ella volviera, empezarían de cero, o de cero+1, porque lo suyo no hacía más que sumar.

Ya había tanteado el terreno con Eddie y él parecía más que receptivo ante de idea de que ella pasara a formar parte oficial de la familia, incluso le había dicho que sabía que le gustaba Marti, que se había dado cuenta de que a ella le gustaba él y que debería pedirle matrimonio.

—¿Matrimonio?

—En las pelis es lo que hacen.

—Primero tenemos que ser novios.

—Vale.

—¿Qué piensas al respecto?

—Me gusta Marti, papá, y tú te enfadas cuándo no está, seguro que es mejor que viva para siempre con nosotros.

Esa había sido su respuesta, lo había mirado de reojo sin mucha emoción, y había seguido jugando al videojuego que tenía delante como si tal cosa. Eso había pasado el fin de semana de Acción de Gracias, a finales de noviembre en Hempstead, pero no había querido hablarlo con Martina hasta que ella volviera de Madrid y entonces, en lugar de dejar que bajara a su casa, le daría las llaves de la suya y la invitaría a quedarse para siempre en su dormitorio.

—Bradley, tengo que hablar contigo. Es importante —Paula llamó a la puerta y él le abrió cerrándose el albornoz.

—¿Qué pasa?

—¿No les has dicho a Martina que toda tu familia venía a Boston a celebrar la Navidad? —frunció el ceño y ella respiró hondo— ¿Has sido capaz incluso de ocultarle que Mark y su familia iban a alojarse en su piso?

—¿Ocultar?

—Da igual como lo llames, el caso es que tu novia llamó a su casa para comprobar los mensajes del teléfono fijo y tu sobrino Micky contestó antes de que saltara el contestador. Se puso Mark y habló con ella, ninguno entendía nada. Tu hermano acaba de contármelo en la cocina y... —lo empujó dentro del dormitorio—. Ella ha llamado hace dos minutos aquí y ha hablado con Lupe, por lo visto estaba convencida de que estabais todos en Nueva York celebrando las navidades. ¿También le pediste a Lupe que no le dijera nada?

—No exactamente.

—Lupe dice que sí, que le pediste que no comentara con nadie tus planes familiares aquí.

—¿Qué más da?. Ella se iba a Madrid, no le molestará que Mark ocupe su piso, pasado mañana viene una compañía de limpieza y lo dejará todo impoluto.

—No se trata de eso, Brad —bufó y lo miró con ojos inquisidores—. Ya bastante traga con todo, pero esto me parece pasarse mucho y seguro que a ella también le parece fatal. La has cagado bien, es lo único que te digo.

—¿Qué?

—Piensa un poco, hombre... te la has quitado de en medio para estar tranquilamente con tu familia, es obvio. Si de verdad esa chica te importa algo, llámala e intenta darle una explicación.

Se giró y salió aireada de la habitación. Él respiró hondo y trató de ponerse en los zapatos de Martina. Desde luego que aquello le podía sentar muy mal, pero lo había hecho por su bien, por el bien de todos.

No podía invitarla a pasar la navidad en su dúplex, con toda su familia presente, ni podía dejarla sola en el segundo piso. Las dos opciones habían quedado descartadas de antemano, así que lo mejor había sido invitarla a España. Tampoco era para tanto, a veces había que tomar decisiones complicadas para conseguir la felicidad de todo el mundo.

—Cariño... —susurró cuando ella contestó al móvil y se quedó en silencio esperando una palabra, pero ella no dijo nada—. Ok, parece que ha habido una pequeña confusión y...

—¿Pensabas decirme alguna vez que las navidades las pasabais en tu casa y no en la de tus padres? ¿o es de esas cosas que alguien como yo no tiene ningún derecho a saber?

—¿Alguien como tú?. Martina, por favor, solo ha sido una falta de comunicación...

—Mira, me parece de lo peor que me sigas ocultando tu vida y manteniendo al margen de ella. Ya vivo como una apestada oculta en la segunda planta de tu edificio, no es necesario que también me pagues un billete de avión para quitarme de en medio. Solo hubiese bastado con que me pidieras que desapareciera y hubiese desaparecido para siempre, que es lo que al parecer intentas provocar.

—¿Qué? ¿tú estás loca?

—¿Loca yo?... bueno, igual tienes razón, debo estar muy loca para llevar ocho meses con un individuo que hace todo lo posible por impedir que me relacionen con él.

—No se trata de eso, no quería que estuvieras sola en navidades, ya pasó en Acción de Gracias y yo, pues... solo quiero lo mejor para ti.

—¿Para mí o para ti?

—Martina...

—No, ya es suficiente. No sé ni por qué te cojo el teléfono, no quiero saber nada, no quiero escuchar explicaciones que solo me confirman lo egoísta que eres, lo poco que me respetas y lo idiota que he sido enamorándome de ti. Feliz navidad, Bradley, espero que disfrutes mucho con la gente que de verdad de importa.

27 de diciembre, viernes, medio mundo de vacaciones navideñas y celebrando las fiestas, pero, afortunadamente, en el mundo de la prensa las cosas no funcionaban así y había mucha gente trabajando después de la Nochebuena.

Se detuvo y miró el edificio dónde la estaban esperando, entró y entregó su DNI en la recepción, la invitaron a esperar allí a su contacto, así que se sentó en unos sillones mirándose en un espejo que cubría la pared entera. No tenía muy buen aspecto, debía haber bajado un par de kilos en los últimos cuatro días, y había llorado tanto, que las bolsas no se las quitaba ni con pomada antihemorroidal, como solía hacer su tía Pili.

Sonrió un poco por la gracia y luego miró el móvil: cuarenta llamadas perdidas del gran Bradley Williams, doce de Paula, otras tantas de Lupe, de Tom y hasta de Charly Tabares. Suponía que los había obligado a llamar a todos, pero ella no había respondido a ninguno, no era tan idiota, y de verdad no quería volver a saber nada de él, ni de nadie de su entorno.

Pensó en Eddie y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero debía ser fuerte, porque no iba a permitir que Brad la manipulara con el niño, de eso nada. Adoraba al pequeñajo, lo quería un montón y nunca se iba a olvidar de él, pero ese amor sincero y limpio no le iba a impedir ver la cruda realidad, y la cruda realidad era que llevaba ocho meses con un hombre que nunca había estado de verdad a su alcance, y que nunca la iba a querer y a respetar como ella lo quería y respetaba a él. Fin de la historia.

Hacía una semana había salido de Boston pensando que tenía el mejor novio que podía existir, y había llegado a Madrid en una nube, hablándole a todo el mundo de su chico, que además de ser un hombretón guapo y exitoso, era un ser humano adorable, buen padre y que la quería a su mismo nivel. MENTIRA.

Todo era una vil mentira y se moriría sin entender por qué Bradley Williams se habían encaprichado con ella pudiendo tener a cualquier mujer a su alcance.

Él era una estrella del deporte, un hombre famoso y con dinero, además, estaba tocado por el encanto y la belleza, porque no podía ser más atractivo y varonil. Desde la voz, pasando por ese cuerpazo, esa cara, esos ojos, esas manos y esa forma de hacer el amor que te ponía del revés... lo tenía todo, no la necesitaba a ella, que era una chica española anónima, sin fama, ni fortuna, ni

belleza sin par. Una pobre pringada que podía haberse ahorrado la molestia de mirar.

Hablándolo con su madre y su hermana había concluido que tal vez, en ese momento de su vida, él andaba cansado de las reinas de belleza y había buscado un perfil bajo que lo ayudara con su hijo. Tal vez solo buscaba a esa Au pair que al final había acabado siendo, y eso lo había empujado a arrastrarla a su casa y, lo peor de todo, lo había llevado a manipular a su alrededor de una forma inaceptable y que no le podría perdonar jamás.

Solo pensar en lo que había descubierto le provocó un escalofrío y se puso de pie para beber un poco de agua.

El martes, después de enterarse de que la había despachado a Madrid, no para que descansara y estuviera con los suyos, sino para que él pudiera disfrutar tranquilamente de las vacaciones navideñas con su familia en Boston, sin ella de por medio, y sin tener ni la cortesía de contárselo, su amigo Jake Romano la había llamado para saludar las fiestas y para contarle que se marchaba a trabajar a Boston.

Una noticia que había desatado el cataclismo definitivo.

—Me voy al Globe, Martina, te veré en enero.

—Genial, me alegro mucho por ti, ¿tienes ya dónde vivir?

—Sí, como tú me voy por amor, me he comprometido con Catherine Peel ¿Te acuerdas de ella? Estaba en moda, en el New York Times, y es de Boston.

—No la conozco, pero me suena muchísimo su apellido.

—Claro, su padre, Arthur Peel, es consejero delegado de tu periódico, es uno de tus jefazos.

—Ah, claro, o sea que te vas enchufadísimo, canalla, me alegro mucho.

—¿Enchufadísimo yo? Esa serás tú.

—¿Yo?

—Mi futuro suegro me contó que tu chico le había pedido directamente y sin paños calientes que te metiera en Sociedad y Cultura, y no había podido negarse, claro. Bradley Williams es una especie de dios en Boston ¿eh?

—¿Qué Bradley le pidió qué...?

—Un trabajo para ti ¿no lo sabías?

—No, a mí me contó otra cosa, él sabe que yo no quería privilegios, ni favores y menos entre tíos, él sabe... —de repente se le iluminó la bombilla y se le bajó la tensión al suelo— ¿Estás seguro?

—Te lo juro por Dios, a cambio nos invitó al palco del presidente de los Patriots. Yo estaba en Boston y fuimos toda la familia a ver el partido, después

Arthur bajó con los nietos al vestuario y estuvieron hablando mucho rato con él. ¿Martina?

—No puede ser, no creo que sea capaz de eso...

—¿Ah no? ¿Y por qué crees que estás de vacaciones en España en plena temporada de eventos y llevando solo cuatro meses en el Globe? ¿por qué? Porque fue otro favorcito personal que tu hombre le pidió a mi suegro. Fue una de las anécdotas de la cena de Nochebuena, a Arthur le encanta fardar de que le hace favores al quarterback de los New England Patriots.

—La madre que lo parió...

—Vaya, no sabía que tú no...

—Da igual, Jake, prefiero saberlo. Muchas gracias.

Aquello ya había sido la puñalada definitiva. Inmediatamente llamó al periódico, habló con varias personas y comprobó rápido que jamás había habido una vacante en su sección y que su puesto se había creado desde arriba, desde dirección y de la nada. También que su repentina semana de vacaciones navideñas había molestado a más de un compañero porque ni estaba prevista, ni era lo justo y, por lo tanto, había sido favorecida de forma arbitraria y completamente anómala, colocando a media redacción en su contra.

Comprobar aquello había zanjado para siempre su relación con Bradley Williams. Lo que tuvieran o dejaran de tener perdió de pronto todo su valor y la hizo tomar decisiones urgentes. Varias, aunque a él aún no se las había comunicado porque no podía ni llamarlo, ni oír su voz. De hecho, estaba pensando en despedirse de él por email, aunque en el fondo de su corazón sabía que debía enfrentarlo y decírselo todo a la cara, o se arrepentiría toda la vida si no lo hacía.

—¿Martina Fernández? —un chico joven se acercó con la mano extendida y ella lo saludó forzando una sonrisa—. Andrés Goicoechea, pasemos a mi despacho, por favor.

—Gracias por recibirme tan pronto, pero es que, cómo le comenté a Sandra, necesito trabajo.

—Claro, no te preocupes. He visto que has trabajado dieciocho meses en los Estados Unidos.

—Sí.

—Perfecto, porque necesito un nivel óptimo de inglés.

—Aquí lo tienes.

Se le sentó enfrente y pasó a contarle su trabajo en el Daily News y en el Boston Globe, también todo lo que había hecho en España antes de marcharse a

los Estados Unidos y le desgranó el sueño americano que había acabado abruptamente y que no estaba dispuesta a continuar, porque pensaba quedarse definitivamente en Madrid.

Andrés Goicoechea la escuchó con atención, luego pasó a explicarle lo que andaban buscando y le dijo que en realidad querían a alguien con movilidad, capaz de viajar a zonas de conflicto o a Sudamérica para cubrir algún desastre natural, y que en Madrid se hiciera cargo del blog del periódico y de todo lo que le mandaran. Ella dijo que sí a todo, le dejó el curriculum y salió de allí sintiéndose bastante mejor.

Tenía el corazón roto, pero no la vida, y pensaba empezar a remontar de inmediato y sin mirar atrás.

Como le había dicho su madre cuando había oído todo el relato de sus últimos meses en Boston: “¿Sabes lo que conseguirás cuando dejes de conformarte con lo que te dan? Conseguirás lo que te mereces, Martina. No te rindas”.

Y eso pretendía, conseguir mucho más y no rendirse.

Agarró el teléfono móvil y marcó el número de Bradley Williams sin pensar en la diferencia horaria, ni en nada, no tenía ánimo para andarse con delicadezas y necesitaba hablarle ya y en ese momento y no en otro. Esperó con paciencia y él respondió al tercer tono de llamada.

—Preciosa...

—Voy a quedarme en España, le pediré a alguien que vaya a empaquetar mis cosas y me las envíe, aunque tampoco hay mucho que empaquetar. Muchas gracias por dejarme tu casa y por el billete a Madrid. Adiós.

—¡Eh! ¡No! ¿qué demonios te pasa? ¡Martina!

—¿Estás dormido?, si quieres luego te mando un email con los detalles.

—No, no, a ver, ¿en qué estás pensando?

—Estoy pensando en mí y en que necesito mucho más. Necesito un trabajo que consiga por mis méritos, una casa que pague con mi dinero y tal vez un hombre al que no le cause problemas tenerme a su lado.

—Le he hablado a mis padres y a mis hermanos de ti.

—Enhorabuena, al fin has crecido y te has hecho un hombre, Bradley.

—¡¿Qué?!

—Vale, no más discusiones. Han sido en total ocho meses con muchas cosas buenas y no pienso matarme contigo, solo llamo por cortesía, porque no quiero...

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿estás loca? Yo te quiero, nos queremos,

podemos arreglar lo que sea ¿Quieres que vaya a buscarte? ¿es eso? Porque no puedo, es imposible, estamos a mes y medio de la Súper Bowl y no puedo...

—No quiero que vengas a buscarme, al contrario, estoy diciendo que no quiero volver a verte.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Ok, la he cagado muchas veces y te pido disculpas de rodillas, pero no hay nada tan grave que no podamos solucionar, cielo. Venga, activa la videoconferencia y mírame a los ojos, vamos.

—¿Nada tan grave? ¿te parece poco mentirme y decirme que te habían ofrecido un trabajo para mí en Boston cuando en realidad tú se lo pediste directamente a Arthur Peel? ¿Sigo? Porque tengo una lista de cosas tan graves que no sé ni cómo puedo estar dirigiéndote la palabra.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Te acuerdas de Jake Romano? Pues resulta que se va a casar con una hija de Peel, Catherine, y su suegro suele divertir a su familia contándole los favores que te hace, como estas vacaciones que me regaló para venir a España o mi puesto en Sociedad y Cultura, que tuvo que sacarse de la manga para tenerte contento y que lo invitaras a un palco de tu equipo.

—Martina...

—Me duele, me ofende, me destroza que me manipularas y utilizaras así. Yo nunca te he hecho nada salvo quererte, adorarte en realidad. Sé que debería darme con un canto en los dientes, dar gracias al cielo de rodillas porque alguien como tú bajara de su pedestal y se fijara en mí, pero se acabó. Se acabó que me escondas de los demás, que ocultes lo nuestro, que no podamos salir a la calle juntos, que hagas malabares para mantenerme bajo control, en definitiva, se acabó vivir así. No quiero volver a verte, no vuelvas a llamarme, ni trates de localizarme, no hace falta.

—Martina, cielo, no existe nada en este mundo que tú y yo, juntos, no podamos solucionar.

—Y eso es lo que hago, poner una solución a esto que no nos conviene a ninguno de los dos. Yo no puedo seguir viviendo así, pero tú tampoco.

—Yo te quiero, somos adultos, no puedes dejarme por teléfono, al menos ven aquí y dímelo a la cara.

—No, no puedo verte, ni tocarte, ni hablar más contigo, porque si lo hago volveré a caer y no es lo que quiero. Necesito empezar de nuevo y recuperar mi vida.

—Ok... tranquila... escúchame...

—No. Adiós, Bradley.

Colgó llorando a mares, pero satisfecha de haber llegado a ese punto. Lo que toca fondo solo puede subir y ella aún estaba a tiempo de sobrevivir y salir adelante.

16

—¿Directo a casa?

—¿Perdona? —miró a Charly Tabares de reojo y asintió, él puso el coche en marcha y abandonaron el estadio viendo como el resto de sus compañeros hacía lo mismo, pero acompañados por sus mujeres o sus familiares más cercanos.

—¿Qué tal?

—Todo bien.

—Ok.

Charly le hizo una pequeña venia y no siguió intentando mantener una charla, porque era bastante evidente que él no estaba para charlas, hacía semanas que no lo estaba, y no necesitaba hacer ningún esfuerzo por disimularlo.

Estiró las piernas y cerró los ojos.

Hacía más de un mes que Martina había roto con él por teléfono, se había quedado en España y lo había abandonado para siempre. Una decisión definitiva y sin marcha atrás, estaba claro, porque ya le había pedido a Lupe que embalara sus cosas y se las guardara en su casa, además, cómo no, de cambiar su número de teléfono e ignorar sus emails.

Había cerrado la puerta, después de darle con ella en las narices, y no podía hacer nada por volver atrás y solucionarlo, y eso lo estaba matando por dentro.

Estaban a punto de disputar la Súper Bowl, habían tenido una temporada cojonuda, todo iba de maravilla, le llovían los aplausos, las primas, las ofertas de publicidad, los patrocinadores, todo el mundo lo adoraba, sin embargo, la única persona que de verdad le importaba lo ignoraba, le daba la espalda y, lo que más le dolía, lo hacía tras juzgarlo y condenarlo sin la más mínima oportunidad de defenderse.

Todo el mundo tenía derecho a una defensa justa, pero a él se la habían negado y a ojos de Martina no era más que un egoísta manipulador y egocéntrico que le había destrozado la vida.

Cada vez que intentaba olvidarse de ella, mirar hacia adelante y pasar página, volvía a oír sus palabras en la cabeza: *“Necesito un trabajo que consiga por mis méritos, una casa que pague con mi dinero y tal vez un hombre al que no le cause problemas tenerme a su lado”*, y se venía abajo, se le partía el alma y era capaz de echarse a llorar sin consuelo.

Nunca antes había llorado por una mujer, por supuesto de crío había sufrido

por alguna niña que no le hacía caso y por Kim había llorado de rabia y frustración, pero nunca había sentido el dolor que le producía haber perdido a su ninfa, que era la mujer que había estado esperando toda su vida, la única que le había tocado el corazón, la única con la que quería formar un hogar en el que envejecer juntos.

Lamentablemente, no había sido capaz de transmitírselo a ella.

Ninguna mujer en su sano juicio habría aguantado ocho meses enteros de relación bajo sus parámetros de discreción y secretismo, ninguna, él lo sabía, y lo lógico es que acabara sintiéndose poco querida, poco valorada, incluso poco respetada, era consciente y quería solucionarlo, pero ya era demasiado tarde. Ella se había largado, lo había abandonado y con diez mil kilómetros de distancia entre los dos cualquier acercamiento, cualquier encuentro fortuito, era de todo punto de vista imposible.

También estaba lo de sus gestiones con el Boston Globe, que era lo que al parecer más le dolía a ella, y ya era tarde para explicar que lo había hecho por su bien, también por el suyo, no lo iba a negar, pero principalmente por el de la pareja, por la felicidad de los dos... eso Martina no quería ni oírlo y, aunque le había escrito varios emails y mensajes tratando de justificarlo, ella no había respondido.

El silencio era lo peor. Estaba preparado para los gritos y los reproches, estaba curtido en el arte de encajar bien los golpes, dentro y fuera del campo, sabía defenderse, pero ella no le había dado opción ni a eso. Después de tantas charlas y tantas buenas intenciones frustradas se había cerrado en banda y no lo quería escuchar, y seguramente tenía toda la razón.

Se había pasado muchos meses apaciguando las cosas y dejándolas correr, dando tiempo al tiempo, y con la distancia no lograba entender por qué lo había hecho así, por qué se la había jugado con ella, si ella no se lo merecía, y si desde el minuto uno había tenido claro que Martina Fernández no era como las demás, no era una más, no lo era, porque ella era única, especial, era la mujer de su vida... así que intentar que ella comprendiera lo que ni él mismo se podía explicar era tarea inútil y a esas alturas del partido tenía que aceptarlo.

En las semanas que llevaba solo había bajado varias veces a su piso, se había acostado en su cama y se había pasado horas con los ojos cerrados recordándola e imaginándosela a su lado. Horas viéndola correr para abrazarlo o sonreír mientras le contaba con tanto entusiasmo su día trabajo. Como lo miraba y lo calentaba solo con un guiño de ojos, como lo mantenía elegantemente a distancia delante de Eddie, como se desnudaba antes de entregarse a él con tanto amor y

con tanta pasión. Como le prestaba atención mientras él, boli y papel en mano, intentaba explicarle lo que era un Snap, una Línea de Scrimmage, un Intentional Grounding o un Clipping... como se había esforzado por entender su trabajo y su vida... como le había dado todo mientras él se había acomodado a recibir y a sentirse querido, enamorado, sin dar casi nada a cambio.

Ser consciente de todo eso lo hacía llorar y sentirse el peor de los hombres, el más cobarde, y se quedaba en la que había sido su cama, su nidito de amor, como decía ella, abrazado a la almohada, echándola de menos, intentando recuperar su aroma, a la par que el mundo entero de desplomaba sobre él.

Y lo más devastador es que ya no había nada que pudiera hacer, por primera vez en toda su vida no podía hacer nada, nada, ni un solo movimiento, ni una decisión, ni un avance, la había cagado y no podía redimirse.

La había perdido y solo le quedaba resignarse y aceptarlo, aunque se sintiera roto y destrozado, hundido, pero sobre todo muy solo, porque sin ella él se quedaba huérfano, incompleto y eso no había Dios que lo arreglara.

—Papá...

—¿Qué pasa, campeón?

Desvió los ojos de la tele y miró a Eddie que, con el pijama puesto, se acercó al salón dónde estaba intentando relajarse y poner la mente en blanco.

—¿Qué haces levantado a estas horas?

—Martina dice que si tú lo autorizas me puede llamar por teléfono.

—¿Qué? ¿te sigue escribiendo?

—Sí, tiene un nuevo trabajo de corresponsal, hoy me ha escrito desde Ucrania.

—Vaya... —imaginársela tan lejos, en otro mundo y con otra gente, le provocó un pequeño vértigo, pero carraspeó y miró la pantalla de la televisión intentando parecer indiferente—. Claro que puede llamarte, si es lo que tú quieres.

—Vale, ahora se lo digo.

—Ok, vuelve a la cama.

—¿La echas de menos?

—Sí.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque no quiere hablar conmigo, pero tú no te preocupes por eso, son cosas de mayores, Eddie. Vuelve a la cama, por favor, es tardísimo.

—Ella dice que nos echa mucho de menos, pero que su nuevo trabajo le encanta y la ayuda a pensar en otras cosas.

—Qué suerte tiene.

—¿Le digo que también la echas de menos?

—No, eso es cosa nuestra, tú no tienes que decirle nada.

—Prométeme que si te llama o vuelves a verla le dirás que la echas de menos.

—¿Qué?

Respiró hondo y lo miró a los ojos, el pequeñajo, que acababa de cumplir los nueve años, se cruzó de brazos muy serio, y entendió que también para él era evidente por lo que estaba pasando, y se sintió peor, así que se levantó del sofá para agarrarlo, subírselo al hombro y llevarlo a la cama quitando hierro al asunto.

—Vale, ahora a dormir, se acabó el ordenador por hoy.

—¿Todavía quieres a Martina, Papá?

—La querré siempre, cariño.

—Díselo.

—Algún día, cuando vuelva a verla. Venga, a dormir.

—¿Es una promesa? —se hizo la señar de la cruz en el corazón y él sonrió imitando el gesto.

—Es una promesa. Buenas noches.

Un año después

Nueva York a tres horas y estaba muy emocionada. Miró a Laura, su fotógrafa, amiga y compañera, su mejor y más leal colega de fatigas, y le sonrió entregándole un vaso de café. Ese iba a ser su último viaje juntas y se le partía el alma, pero había llegado el momento de volver a elegir y había elegido quedarse en Manhattan, como siempre había soñado, para trabajar en el digital del New York Times. Un puesto que había conseguido gracias a su último y fructífero año como fotoperiodista para Andrés Goicoechea y su maravilloso periódico digital.

Estaban en Miami procedentes de Brasil y ambas estaban muy cansadas, pero la excitación por regresar a Nueva York, buscar un pisito compartido e incorporarse nada menos que a un medio tan prestigioso como el New York Times no le permitía relajarse y se sentó al lado de Laura, en la sala de espera de este enorme aeropuerto, cerrando los ojos y respirando hondo.

A veces no sabía cómo había sobrevivido a los últimos doce meses, los primeros seis, los más duros de toda su vida, pero lo había conseguido y ahí estaba, entera y en pie, aunque aún no podía acordarse de Bradley Williams sin echarse a llorar.

Tras romper con él por teléfono mandó una carta de renuncia al Boston Globe, dejando claro que se marchaba porque acababa de ser consciente de la forma en la que había entrado a formar parte de la plantilla y eso la obligaba a dimitir, y luego había mandado un email a Eddie explicándole que no podría regresar a los Estados Unidos, que lo quería muchísimo y que esperaba que la perdonara y le permitiera seguir siendo su amiga.

Había llorado a mares escribiendo esa explicación para el niño, pero se la debía. No quería desaparecer sin más, no quería fallarle ella también, y él le había respondido, enfadado y triste, pero le había respondido, y desde entonces seguían manteniendo el contacto. Ella le impuso como norma que podían tratarse sólo con el consentimiento de su padre y Brad accedió, así que incluso lo llamaba una vez por semana al teléfono de Lupe y charlaban un rato sobre el cole, el deporte o sus amigos, mientras ella le contaba de su periplo haciendo reportajes por medio mundo como una corresponsal sin muchos recursos, porque

seguía sin tener un duro, pero sí con mucho entusiasmo.

Era un gran chico Edward, Bradley estaba haciendo un gran trabajo con él, y pensaba seguir cerca hasta que fuera creciendo y fuera olvidándose de ella. Eso iba a pasar, pero, de momento, lo tenía siempre presente y le había prometido llevarlo al Museo del Real Madrid cuando pudieran ir juntos a España.

De Bradley no sabía absolutamente nada. Una vez acabado lo suyo con una llamada, lo había borrado de su vida, nunca más volvió a ver nada relacionado con el fútbol americano y mucho menos con los Patriots, nunca más se preocupó de qué le pasaba o si era feliz. Con Lupe seguía manteniendo amistad (con la condición de que no le hablara de su jefe y viceversa) y Paula la había llamado alguna vez al principio, pero nada más.

Afortunada, o desgraciadamente, ella apenas había rozado a las personas de su entorno, así que no había tenido que despedirse casi de nadie, ni dar explicaciones a nadie. Ella había sido solo una anécdota pintoresca en la vida de esa gente, y hacía tiempo que lo había asumido con dignidad.

Curiosamente de la que sí había sabido, como medio planeta, era de Kimberly Hamilton, la eterna ex Top Model, que hacía seis meses se había casado en Montecarlo con un multimillonario ruso. La noticia había llenado portadas y horas de televisión porque ella había procurado que así fuera, y había dejado increíbles imágenes de una boda escandalosamente cara y de la vida escandalosamente ostentosa, y hortera, que llevaba desde entonces entre Moscú y el resto del mundo.

Saber de eso desde Colombia, en la selva y malviviendo sin apenas ducharse para conseguir un reportaje de la renacida guerrilla, le dio igual, incluso le costó reconocer a esa mujer como la ex de Bradley y la madre de Eddie, porque la verdad es que en las fotos era mucho más guapa que en persona, pero sí había pensado en Tom Williams, al que había utilizado y seguramente abandonado sin contemplaciones, tal como había augurado Brad. Una lástima, pero la vida era así de puñetera.

Sobre los amoríos de Bradley Williams tampoco sabía nada, pero daba por hecho que eran abundantes y sonados, y estaba preparada para que cualquier día la prensa de todo el mundo le contara que el famoso y guapo quarterback de los New England Patriots se había casado con una modelo, una actriz o una princesa europea. Eso iba a pasar tarde o temprano, e intentaba mentalizarse para asumirlo con deportividad. Solo esperaba que cuando eso ocurriera ella ya tuviera un novio o algo parecido que compensara el golpe que seguro iba a sufrir, porque lo iba a sufrir, y de alguna manera la ayudara a no hundirse en la

miseria.

En un año no había estado con nadie, ni podía, así que lo de tener novio estaba complicado, pero sabía que hoy le dolía menos que ayer y así sucesivamente y un buen día iba a volver a enamorarse y a confiar en alguien, e iba a conseguir ser feliz.

Respiró hondo y pensó en Brad y en sus ojos claros chispeantes, en cómo se nublaban cuando estaba excitado y en cómo los cerraba cuando llegaba al clímax y se vaciaba dentro de ella entregándose por completo. De repente volvió a sentir el tacto de su pelo suave y ondulado entre sus dedos, el sabor de su boca y su saliva, la suavidad de ese cuerpo enorme y fuerte, perfecto, delicioso, contra sus pechos... en como la besaba, la lamía y la devoraba... en esa forma suya de hacer el amor como si fuera el último día de su vida... y en su voz grave y cálida pegada a su oído.

Muchas veces se excitaba y llegaba al orgasmo pensando en él. No hacía falta mucho esfuerzo, solo bastaba con cerrar los ojos e imaginarlo a su lado, tan alto, tan grande, mirándola con sonrisa picarona y tocándola con tanta propiedad. Era posesivo y exigente, muy exigente, y aquello siempre la había puesto a cien. Había disfrutado estando a su disposición, siendo de vez en cuando su esclava sexual porque la volvía loca, la hacía sentir guapa y femenina, la había convertido en una mujer de verdad, y aquello no podría olvidarlo jamás, estaba segura, como también estaba segura de que nunca más volvería a querer a alguien como lo había querido a él. Eso era imposible.

Bradley Williams había sido su sueño americano, como una vez le había dicho Cindy, el gran sueño americano que, sin embargo, él nunca había llegado a incorporar a su vida. Desde el principio habían empezado con limitaciones, con restricciones, y eso no era sano, ni bueno para nadie, mucho menos para ella, que había sido la “tapada” en una historia que era, e iba a seguir siendo, la más extraordinaria y emocionante de toda su vida.

Esos hándicaps y esas limitaciones las había aceptado de buen grado al principio, y a lo mejor las habría seguido soportando durante años, pero, estaba ya segura, tarde o temprano iban a llevarlos a romper. Desde el comienzo había estado vendida porque Brad, lo veía ahora con mucha claridad y sin rencor, nunca había estado dispuesto a jugársela por ella, nunca, por lo tanto, romper con él había sido la mejor decisión que había tomado en sus veintiocho años de vida.

—¿Qué coño está pasando?

Soltó de repente Laura sacando de un tirón la cámara de fotos y Martina

volvió de sus cavilaciones prestando atención al pequeño revuelo que se estaba formando en la sala de espera del aeropuerto de Miami.

La gente empezó a levantar los teléfonos móviles y algunos niños a correr hacia el pasillo que había frente a zona de descanso. Las dos se pusieron de pie dispuestas a captar lo que se estuviera cociendo, y de repente vio a un grupo de policías abriendo paso a otro grupo abundante de personas, encabezadas por los típicos guardaespaldas con pinganillos en las orejas.

—¡Los Patriots! ¡los Patriots! —comenzó a chillar la gente muy entusiasmada por el sorprendente espectáculo de tenerlos tan cerca, y ella miró a su compañera con cara de pregunta.

Laura levantó la cámara y empezó a disparar a destajo mientras ella se movía hacia el revuelo, a tiempo de ver las típicas chaquetas azul marino de los New England Patriots entrando por una esquina del Duty Free. Sin querer pensó en las muchas veces que había recogido chaquetas como esa del tinte y antes de ser consciente de lo que estaba sucediendo, los jugadores del equipo de fútbol americano más famoso de los Estados Unidos empezaron a aparecer delante de sus ojos, uno detrás de otro, a la par que un público entregado coreaba sus nombres y los grababan con los teléfonos móviles.

Retrocedió sin poder dejar de mirarlos, hasta que vio a Bradley Williams, guapísimo, altísimo y tan elegante con el uniforme oficial de calle, andando sin mirar a nadie y con los cascos puestos.

El corazón se le contrajo, se le fue el aire de los pulmones y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se quedó literalmente congelada allí, con un montón de gente delante que hacía lo posible por llegar hasta ellos y que la separaban, por fortuna, de ese hombre que hasta hacía un año lo representaba absolutamente todo para ella.

Parpadeó, incapaz de apartar la vista de él y él, de pronto, paró el paso y giró la cabeza hacia ella sin titubear, como dirigido por una mano invisible, y le clavó los ojos claros. Ella le sostuvo la mirada y siguió quieta, sin mover un solo músculo de la cara, aguantando el tirón hasta que él amagó una sonrisa y le guiñó un ojo, nada más. Le guiñó un ojo, ladeó la cabeza y miró al suelo volviendo a ponerse en marcha.

A Martina se le doblaron las rodillas, empezó a hiperventilar y se desplomó en una silla temblando de arriba abajo.

—¿Era él? ¿tu sueño americano? —preguntó Laura sentándose a su lado y guardando la cámara, y ella se dobló, poniendo la cabeza entre las rodillas—. ¡Joder! Menudo espécimen masculino, impone mucho más en persona. Le he

hecho un montón de fotos, podrás forrar una pared entera si te apetece.

—No, gracias.

—¿Estás bien? ¿quieres agua?

—Vale, gracias... creo que se me va a salir el corazón del pecho.

—No me extraña, está buenísimo.

—Ojalá solo fuera eso. Acaba de pasar mi vida entera delante de mis ojos.

—Lo sé, tranquila.

—Hacía casi un año que no lo veía.

—Podrías haberte acercado a saludar.

—No, no hace falta. Tampoco creo que le apeteciera.

—Igual van a Nueva York en nuestro avión y...

—El equipo tiene avión propio, seguro que ya están embarcando, y si no, irán en primera clase, muy lejos de nosotras. No me preocuparía por eso.

—Lo que tú digas... ¡la madre que me parió!

—¿Qué?! ¿qué pasa?

Antes de levantar la cabeza vio unos pantalones azul marino, y detrás otros pantalones negros, muchos, acercándose a ella, y oyó a voces masculinas dando instrucciones. Subió los ojos y se encontró con Bradley Williams delante, a un palmo de distancia, rodeado de escoltas que apartaban a la gente con las manos en alto.

—Hola, Martina.

—Brad... —como una idiota se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó la cabeza.

—¿Podemos hablar un momento?. Hola, soy Bradley Williams —dijo saludando a Laura— ¿Nos puedes dejar un minuto a solas, por favor?

—Claro... —Laura se apartó y de repente el tiempo se paralizó. Martina se limpió las lágrimas con la manga del jersey, temblando como una hoja, y él respiró hondo y se le sentó al lado a la par que los escoltas formaban una especie de pantalla aislándolos de todo el mundo.

—Vaya sorpresa, me alegro mucho de verte.

—Lo mismo digo.

—¿Adónde vas?

—Nueva York.

—Sé por Eddie que has estado viajando mucho, imprime todos tus reportajes y los enseña en el colegio.

—Lo sé, es un cielo...

—¿No me vas a mirar a la cara?

—No.

—Martina...

—No tenías que venir a saludar, pero gracias, ya puedes irte o se va a montar una grande aquí con tus fans.

—Es igual... —suspiró—. Siento que no quieras ni mirarme a la cara porque yo solo... en fin... no puedo dejar de pensar en ti y solo quería saludarte y saber cómo estás, aunque Edward me mantiene algo informado, no sé realmente cómo te va y... ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—Ok... —se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas y ella no pudo evitar espiar de reojo sus manos enormes y tan bonitas, y oler de refilón ese aroma tan varonil que siempre desprendía—. Supongo que aún no me has perdonado, pero si algún día quieres hablar conmigo llámame, por favor. Sigo teniendo el mismo número.

—Yo ya te he perdonado, ha pasado mucho tiempo.

—¿Y por qué no me miras?

—No puedo... —ahogó un sollozo y él se movió un poco y le rozó los dedos con el dorso de la mano, ella sintió igual que una descarga eléctrica, pero no se movió.

—En realidad, nunca he podido pedirte perdón por todo lo que pasó, por todo lo que hice mal y de lo que me arrepiento. A tus ojos debí ser un maldito egoísta, pero todo lo hice pensando en que era lo mejor para ti, para nosotros. Solo quería lo mejor para nosotros, aunque mis circunstancias a veces te hicieran daño. Lo siento mucho, Martina. Llevo un año queriendo decírtelo.

—Muchas gracias y me gustaría decir lo mismo, siento si hice algo que te hiciera daño —al fin levantó la vista y lo miró a los ojos, él parpadeó y se quedaron prendados el uno del otro sin moverse.

—Sí que hiciste algo, hiciste lo peor —ella frunció el ceño y vio que a él también se le llenaban los ojos de lágrimas—. Te fuiste y me dejaste solo.

—Bradley...

—Merecía que me dejaras y no volvieras a casa, seguro que me merecía eso y mucho más, pero me rompiste el corazón y aun hoy sigo sin recuperarme, sigo echándote de menos y sigo sintiendo que estoy enamorado de ti. Necesito que lo sepas. Le prometí a Eddie que te lo diría si algún día volvía a verte y eso hago... Ahora... debería irme.

—... —guardó silencio incapaz de reaccionar y observó como él se ponía de pie y echaba a andar, hasta que un resorte que no pudo controlar la empujó a

levantarse y llamarlo—. Bradley.

—¿Qué?

—Lo mismo digo.

—Señor Williams, solo lo esperan a usted para despegar —soltó uno de los escoltas buscando sus ojos y él lo miró ceñudo—. Lo siento, pero debemos irnos.

—Un momento...

—No te preocupes, nosotras también tenemos que coger un avión. Gracias por venir a hablar conmigo y dale un abrazo a Eddie de mi parte.

—No.

—¿Perdona?

—¿Por qué no vienes tú a darle un abrazo, te quedas con nosotros unos días en Boston y hablamos?

—Me esperan en Nueva York.

—A la mierda Nueva York —intervino Laura muy seria y los miró a los dos indistintamente antes de ofrecer la mano a Brad—. Hola, me llamo Laura, soy su compañera y si nos llevas en tu avión a Boston iremos encantadas. Ella dirá que no, pero yo digo que sí y acabará haciéndome caso.

—¡Laura!

—Mira, Martina, somos colegas y compañeras de fatigas, pero sobre todo somos amigas, llevo meses viéndote penar por este hombre y no pienso dejar que desperdices una oportunidad como esta.

—¿Qué oportunidad?

—La oportunidad de venirte conmigo.

Intervino Bradley con decisión, dio un paso y la agarró de la mano, miró a uno de los escoltas y le indicó que recogiera su mochila y ayudara a Laura con sus cosas.

Ella quiso oponerse, pero ya era demasiado tarde. De pronto sintió sus dedos entrelazándose con los suyos e instantáneamente todo lo demás careció de importancia: el pasado, el dolor, la ruptura, los malos momentos, el aeropuerto lleno de gente, los fans gritando, los guardaespaldas escoltándolos a un inmenso avión privado dónde entró sin pensar con la cabeza, viendo como los famosos jugadores de los New England Patriots se ponían de pie para saludarla con una gran sonrisa.

Fin

EPÍLOGO

4 de julio y demasiado calor, al menos para ella, que llevaba unas semanas muy sofocada con las altas temperaturas y la humedad.

Salió de la ducha y miró la hora, las seis de la mañana, con algo de suerte podría seguir durmiendo un rato más. Se lavó los dientes y se miró en el espejo, tenía un poco de mala cara, pero en general no estaba tan mal para estar superando un primer trimestre devastador con náuseas y mareos matutinos. Se tocó la tripa aún lisa y se la acarició saludando a su bebé, Matthew, que acababa de cumplir los cinco meses de gestación.

Hola, pequeñajo, a ver si ya empiezas a hacerte notar, le susurró acariciándose el ombligo, y quiso imaginar que le había dado una patadita, aunque eso aún no lo sentía. De momento, lo que sí sentía era un débil y sinuoso movimiento que la doctora le había confirmado en la última ecografía que se trataba de Matthew empezando a ser más activo, y aquello la tenía muy feliz.

Regresó al dormitorio y contempló a Bradley completamente desnudo y dormido sobre la cama, boca arriba. Estaba agotado y esos días de parón le vendrían estupendamente. Ni entrenamientos, ni actos benéficos, ni entrevistas, ni campañas publicitarias, solo descanso familiar en Hempstead, en casa de sus padres y rodeados por la familia, que era lo que más le gustaba en el mundo.

Se puso una camiseta de los Patriots que estaba encima de la cómoda, se soltó el pelo y se metió en la cama, giró y le besó el brazo antes de acurrucarse sobre su pecho e intentar seguir durmiendo.

Tras su fortuito y milagroso encuentro en el aeropuerto de Miami había viajado con él a Boston y ya en el avión habían hablado muchísimo de lo que sentían y de lo que habían vivido durante su último año separados, y de los errores que habían cometido durante su relación.

Él le explicó los motivos por los que había tomado algunas decisiones por ella, los por qué de esas medidas arbitrarias que intentaban ayudarla y hacerla feliz, pero que habían acabado por alejarla, y ella lo había oído con paciencia, con la mente abierta y había intentado comprender.

Antes de aterrizar en Boston ya sabía que no podría volver a separarse de él.

Si algo tenía Bradley Williams, dentro y fuera del campo de fútbol, era capacidad de persuasión, seguridad, solidez de argumentos y mucha mano izquierda, y ella se había rendido a él sin mucha resistencia, porque además lo amaba, con toda su alma, casi había muerto de la pena lejos de él, y tras pasar unos días juntos en Boston habían pactado una reconciliación lenta, pero segura, que los ayudaría a curar las heridas y a empezar a construir de cero lo que de verdad querían los dos: estar juntos y formar una familia.

Por supuesto, ella hizo propósito de enmienda de sus propios errores, que pasaban por la rigidez, la falta de confianza en su relación, la resistencia a entregarse completamente por miedo a perderlo, y había empezado a relajarse, a confiar y a ser feliz. A eso contribuyó muchísimo que él hiciera oficial su relación, y no solo delante de Eddie, su familia y sus amigos, sino también delante de todo el mundo.

Quiso hablar por primera vez en una entrevista de su vida personal y contó que estaba enamorado y que vivía con su novia, empezó a nombrarla con naturalidad, a aparecer con ella en actos públicos y lo más increíble de todo, le pidió matrimonio en la final de la Súper Bowl delante de millones de personas, a través del video marcador como hacía el público de a pie, y le entregó un anillo en el palco, rodilla en tierra y aclamado por los miles de asistentes al estadio. Aquello había llenado las portadas de medio planeta y los había convertido en la pareja más famosa de los Estados Unidos.

Gestos públicos a parte que, por supuesto, ella agradecía con el alma y había vivido como un sueño, lo importante era que habían logrado retomar su historia, habían logrado superar un montón de esos obstáculos reales y ficticios que habían lastrado la primera etapa de su romance, y habían empezado de nuevo. Lo habían logrado, estaban juntos y se amaban con locura.

El reencuentro había sido a finales de diciembre, pasó con él y con Eddie las vacaciones hasta después de Nochevieja y se incorporó a su nuevo trabajo en el periódico digital del New York Times a principios de enero. Sus planes eran seguir adelante con sus compromisos profesionales en Manhattan y así lo hizo hasta mediados de febrero, hasta después de la petición de matrimonio en la Súper Bowl, cuando su propio jefe le ofreció trabajar desde Boston y acudir una vez al mes a Manhattan para las reuniones de redacción.

Objetivamente había sido un trato de favor, pero no le quedó más remedio que aceptarlo porque era, le gustara o no, como funcionaban las cosas cuando tu novio se llamaba Bradley Williams y era quarterback de los New England Patriots. Así se movía el mundo y en esa ocasión ni Brad, ni nadie, había

intermediado por ella para echarle una mano, así que había acabado agradeciendo la oportunidad y se había mudado definitivamente a Boston a primeros de marzo.

En Massachusetts retomó su apacible vida familiar en el dúplex de Brad y Eddie Williams. Los dos la cogieron maravillosamente y en seguida se integró otra vez en la ordenada y tranquila existencia de un deportista de élite, algo que ya había vivido y a lo que se había adaptado de inmediato porque era exactamente como le gustaba vivir, sin estridencias, ni lujos, ni caprichos absurdos. Solo querían vivir como una familia normal, y así lo estaban haciendo.

Nada más instalarse en Boston y empezar a trabajar desde casa, se quedó embarazada. No era algo planeado, pero sí muy deseado, Bradley se había vuelto loco de contento con la noticia y aprovechando su parón de partidos viajaron a España con Edward para conocer a su familia, ver los tres juntos el famoso Museo del Real Madrid y de paso, sin pensarlo, decidieron casarse sin previo aviso en Segovia y rodeados solo por los más allegados.

Los Patriots le cedieron su avión privado como regalo de bodas y así sus padres, sus hermanos, Paula, Lupe, Charly, su representante y casi todos sus compañeros de equipo llegaron desde los Estados Unidos para la improvisada boda y compartieron con sus familiares y amigos de Madrid el día más feliz y romántico de sus vidas, una preciosa ceremonia civil y una divertida fiesta en el Parador Nacional de La Granja, en Segovia.

Todo había sido secreto y sencillo, sin grandes preparativos ni lujos, pero aun así decidieron ceder algunas fotografías a la prensa y cedieron los derechos de la exclusiva a Laura, que hizo las fotos y las distribuyó al día siguiente a todo el mundo.

Una boda preciosa y llena de amor, otra decisión urgente, precipitada, como todo lo relacionado con ellos, pero que había resultado ser una idea perfecta. Se lo habían pasado en grande y habían regresado de sus vacaciones convertidos en el señor y la señora Williams, que era como la llamaba Bradley desde entonces.

—Preciosa...

Ronroneó Brad a su lado y ella se incorporó para mirarlo a la cara. No abrió los ojos, así que se acercó y le besó los párpados, la nariz, la boca, la barba y el cuello, acariciándole el pecho, hasta que se espabiló y la miró a los ojos.

—¿Qué hacías en el cuarto de baño? ¿estás bien?

—Sí, solo tenía calor y me di una ducha rápida.

—¿Sin mí?

—Es muy pronto, mi amor, sigue durmiendo.

—Tu padre quiere que lo lleve a alquilar un coche para salir a hacer turismo por su cuenta. Le dije que iríamos temprano.

—Genial, pero son las siete de la mañana, seguro que podéis ir un poco más tarde.

—¿Crees que se lo están pasando bien?

—Se lo están pasando genial, mi vida, están encantados con tu familia.

—Me llevaré a Eddie y a los chicos a recoger los fuegos artificiales y lo que le haga falta a mi madre para la barbacoa, siempre falta algo con tanta gente...

—Me parece estupendo, pero deberías dormir un poco más ¿vale?

—¿Cómo está mi bebé? —giró con ella, la puso boca arriba y bajó hasta su vientre para besárselo—. Hola, Matt, ¿qué tal estás, campeón? Es tu primer 4 de julio, ya verás el año que viene cuando puedas jugar con tu hermano y tus primos.

—Ya noto como si tuviera un pececillo en la tripa ¿sabes?, cualquier día empieza a dar patadas.

—Claro, es mi hijo, dará patadas en seguida.

—Ay, Brad —se echó a reír y él la miró sonriendo.

—Llevas un quarterback aquí dentro, señora Williams, prepárate para el espectáculo.

—Vale, me parece estupendo. Te quiero —estiró la mano y la enredó en su pelo suave y ondulado—. Te quiero muchísimo, cariño.

—Lo mismo digo.

Le subió la camiseta y abrió la boca para morderle los pechos, Martina se dobló de la risa y él le inmovilizó los brazos con una sola mano para entretenerse en sus pezones todo el tiempo que quiso, mucho rato, raspándoselos con la barba y succionando y lamiéndoselos hasta que ella levantó las caderas completamente excitada... entonces la movió y la acomodó a su antojo, le separó las piernas y la penetró sin decir nada.

Ella arqueó la espalda y se estremeció entera, de arriba abajo, teniendo un primer orgasmo que la metió de cabeza en el segundo y la dejó rendida a un tercero que llegó cuando él se le puso encima con todo el cuerpo y la miró a los ojos.

—Eres una mami muy sexy, señora Williams, no sé si podré soportarlo.

—¿Ah no?, creí que tú podías con todo.

—¿Me estás desafiando? —ella se echó a reír y él frunció el ceño— Porque no sabes dónde te estás metiendo.

—¿Ah no?

—Ok, tú te lo has buscado.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde más hace diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó con la Serie DIVAS, una serie romántica dedicada a unas mujeres fuertes, ricas y famosas, y ahora nos sigue deleitando con una nueva entrega, la Serie SUEÑO AMERICANO, de la que BRADLEY es su primer libro.